

De
Cupido
Nadie se
Enamora

Vanessa González Villar

Multiverso 

De Cúpido nadie se enamora

© Vanessa González Villar

© Grupo Editorial Omniverso

© Multiverso Editorial, 2017

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1548659738

Depósito legal: : CA 780-2017

Printed in Spain

Primera edición: julio, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento

A todas esas personas que alguna vez fueron en busca del amor: El amor no se busca, es él quien te encuentra. Si dos personas están destinadas a estar juntas, no importa el tiempo, la distancia, la situación personal, ni los convencionalismos sociales; simplemente... SUCEDERÁ.

AMIGOS LECTORES

Cada capítulo va acompañado de una canción. Os invito a que cuando la leáis, os pongáis los cascos y escuchéis el tema indicado. De este modo sentiréis las mismas sensaciones que tuve yo al escribirlo. Despertad vuestros sentidos con... DE CUPIDO NADIE SE ENAMORA.

Repertorio musical:

- «Lola soledad» Alejandro Sanz
- «Amores extraños» Laura Pausini
- «Amor en el aire» Rocío Dúrcal y Palito Ortega
- «Mi verdad» Maná y Shakira
- «Corazón partió» Alejandro Sanz
- «El roce de tu cuerpo» Platero y tú
- «Te quiero» La quinta estación
- «Dos amigos» Merche
- «Todos me miran» Gloria Trevi
- «No me vuelvo a enamorar» Rocío Dúrcal
- «Estabas ahí» Alejandro Fernández
- «Como una flor» Malú
- «Perdóname» Pablo Alborán
- «El regalo más grande» Tiziano Ferro y Amaia Montero

- «Mi amante amigo» Rocío Jurado
- «Cartas amarillas» Nino Bravo
- «Gracias a ti» Carlos Rivera
- «Hasta que te conocí» Marc Anthony
- «Eres todo en mí» Ana Gabriel
- «Bésame la boca» Ricardo Montaner
- «Sin saber por qué» Vanesa Martín
- «Desencuentro» Pablo Alborán y India Martínez
- «Tengo un amor» Maluma y Leslie Grace
- «Loca» Romeo Santos
- «Por amarte así» Cristian Castro y Ana Isabelle
- «Fabricando fantasías» Tito Nieves
- «Llegaste tú» Luis Fonsi y Juan Luis Guerra
- «Si me ves» Manuel Carrasco e India Martínez
- «Te sigo amando» Juan Gabriel
- «Las palabritas» Nuria Fergó
- «Todavía» Niña Pastori
- «Desde esa noche» Thalía y Maluma
- «Algo más» La quinta estación
- «Me quedé con las ganas» Tito el Bambino

- «Duele el corazón» Enrique Iglesias
- «Al diablo» Joel Santos
- «Si tú no vuelves» Alejandro Fernández
- «Uno por uno» Manuel Carrasco
- «Sobreviviré» Mónica Naranjo
- «A quién le importa» Thalía
- «Quiéreme» Johnny Sky
- «Escondidos» Chenoa y David Bisbal
- «Yo nací para amarte» Alejandro Fernández
- «A prueba de ti» Malú
- «A que no me dejas» Alejandro Sanz y Alejandro Fernández
- «Si a veces hablo de ti» Moncho y Niña Pastori
- «Camino de rosas» Alejandro Sanz
- «Te perdiste mi amor» Thalía y Prince Royce
- «Eres la persona correcta en el momento equivocado» Río Roma
- «Noventa minutos» India Martínez

DE CUPIDO NADIE SE ENAMORA

«Lola se ha sentido sola entre un millón
y murmura una canción, Lola Lailo.
Lola se quedó atrapada en su dolor.
Lola Lolailo sola sol».
(«Lola Soledad», Alejandro Sanz).

«Buenas noches queridos radioyentes. Soy Lola Cupido y estaré con todos vosotros hasta la media noche, atendiendo vuestras dedicatorias, compartiendo vuestras historias de amor y dándoos mi más humilde consejo. Bienvenidos a: EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE».

¡Lo sé! Es el peor programa de radio que puede existir, pero al menos tengo trabajo. No estudié periodismo para esto, pero no pierdo las esperanzas de que «alguien» de las altas esferas escuche mi patético programa y quiera contratarme como locutora de radio de verdad. ¿Lola Cupido? ¿En qué estaba pensando la directora del programa cuando me puso ese nombre? Me dan ganas de vomitar cada vez que lo pronuncio. Porque, para vuestra información, no puede existir persona con menos suerte en el amor que yo. ¿Y tengo que dar consejos de amor? Esto sí suena divertido. Me compadezco de los pobres radioyentes que llaman o escriben para escuchar mis penosos consejos. Y algunos hasta me envían detalles en agradecimiento. Por lo visto funcionan. ¿Y a mí no? ¿Estaré gafada en el amor?

Permitidme que me presente: ¡Hola, soy Lola! Lola Hermosilla, nada de Cupido y chorradas de esas que se inventa mi jefa. Mi madre me puso Dolores a secas porque nació un viernes de Dolores. Si al menos lo hubiese acompañado de María, mi nombre sería menos sufrido. Debe de tratarse de un estigma porque siempre acabo sufriendo por algún hombre. Mi familia me llama Lolita, pero mis amigos y vosotros también si queréis, podéis llamarme Lola. Respecto a mi apellido... Bueno, en el colegio se burlaban de mi porque: «Lola Hermosilla es apestosilla». Esa era la canción que me cantaban Javi el Gordo y su pandilla de gamberros. Por suerte, enseguida aparecían mis hermanos mayores y salían corriendo. Peor le fue a Carlitos Guarro que

todos acabaron llamándolo por su apellido incluso en la universidad. Y lo cierto es que un poco guarrete sí era. Pero no nos desviemos del tema. ¿Queréis saber por qué Lola Hermosilla, es decir, yo, tiene tan mala suerte en el amor? Todo empezó en el cumpleaños de Pablito Martínez. Vivo en un pueblo pequeño donde todo el mundo se conoce. Mi mejor amiga, Martina, es la prima de Pablito. Por eso desde pequeños siempre jugábamos los tres juntos en casa de Martina. Mi madre, una mujer de firmes principios: buena cristiana, buena vecina, buena esposa y buena madre; me obligaba a llevar la ropa heredada de mis hermanos. Solo tenía un par de vestidos y eran para los domingos ir a misa. De ahí que todos en el pueblo me conocieran como la Marimacho. Como iba diciendo, desde que tenía uso de razón, estaba enamorada de Pablito y, el día que cumplió nueve años, me propuse confesarle mi amor. Estábamos en su fiesta de cumpleaños y, cuando su madre partió la tarta, le dije a Pablito, delante de todos los presentes:

—Me gustas mucho. ¿Quieres que cuando tengamos quince años seamos novios?

Y él, rojo como un tomate, me contestó:

—Eres mi mejor amiga, pero... Yo quiero que mi novia sea una chica de verdad.

— ¡Marimacho! -Gritó Javi el Gordo.

Todo el mundo se rio de mí. No he vuelto a pasar más vergüenza en toda mi vida. Cogí mi plato de tarta y salí corriendo de allí. Me escondí detrás del corral de la señora Jacinta. Estuve llorando amargamente mientras me comía aquel pastel de yema y chocolate. Al terminarlo, me di cuenta de que nunca jamás volvería a ser amiga de Pablito porque se había burlado de mi amor y no me defendió de las burlas de sus amigos, especialmente de Javi el Gordo. Cogí el plato de la tarta, que no era de plástico sino de cristal (la madre de Pablito sacó la vajilla buena para la ocasión) y con todas mis fuerzas lo estampé contra el suelo. Se rompió en mil pedazos y sentí cierta satisfacción. Así es como puse punto y final a mi historia de amor. Ese fue el primer plato que rompí. Después le siguieron muchos otros, pero eso mejor os lo cuento otro día.

«Amores tan extraños que vienen y se van,
te hacen sonreír entre lágrimas,
cuántas páginas hipotéticas

para no escribir las auténticas.
Son amores que solo a nuestra edad
se confunden con nuestros espíritus.
Te interrogan y nunca te dejan ver
si serán amor o placer».
(«Amores extraños», Laura Pausini).

«Buenas noches queridos radioyentes. Entre las cientos de cartas recibidas todas las semanas, quiero destacar la recibida por parte de nuestro amigo anónimo Caballero Solitario. Por eso la canción que acabamos de escuchar iba dedicada para él. Espero que haya sido de su agrado».

No recibimos cientos de cartas obviamente, no soy tan popular. Pero sí tengo una correspondencia bastante fluida. La primera vez que leí Caballero Solitario pensé: se trata de un pirado. Pero lo cierto es que, como su sobrenombre indica, es todo un caballero. Todos los viernes puntualmente recibo una carta suya acompañada de una rosa roja. Debo reconocer que espero los viernes con ilusión, demás está decir que nadie, nunca jamás, me ha regalado flores. Es un hombre (no sabemos de qué edad) que está total y absolutamente enamorado de una mujer para la cual él ni tan siquiera existe. Es una historia de amor muy triste al más puro estilo de Jane Austen. Hay una frase en especial en la que me gustaría creer porque, de no ser así, dejaría de creer en el amor y entonces tendría un serio problema porque mi trabajo principalmente consiste en dar consejos de amor (que a mí de más está decir: nunca me funcionan).

«Cuando dos personas están destinadas a estar juntas, no importa dónde estén o con quién estén, tarde o temprano se encontrarán».

Pero a veces siento que ese momento nunca va a llegar. Hubo un tiempo, hace muchos años que yo creía en el amor al cien por cien, que todo era tan sencillo como: me gusta un chico, yo le gusto a él, nos besamos y juntos para toda la vida. Lamentablemente no es así siempre. Todo lo contrario, es muy, muy, muy complicado. Os voy a contar cómo fue mi primer beso de amor. Bueno, de amor por parte mía, claro está. Y cómo, nuevamente, me rompieron el corazón. Martina y yo empezamos el instituto a la vez. Fue la época dorada, dejábamos de ser unas crías para convertirnos en unas adolescentes con gran potencial. El instituto estaba en otro pueblo y todos los

días teníamos que coger el autobús para desplazarnos, eso nos concedía cierta libertad. A espaldas de mis padres (por supuesto), descubrí mi feminidad. Lo poco que ahorraba de mi paga se lo daba a Martina para que me comprara ropa a escondidas y maquillaje. Ropa sexy (faldas muy cortas y camisetas hiperajustadas), todo lo contrario a lo que estaba acostumbrada (recordad que siempre heredaba la ropa de mis hermanos). Lo metía todo en mi mochila junto a los libros y lo primero que hacía al llegar al instituto era encerrarme en el baño y dar el cambiazo: la Marimacho se convertía en la Chica Sexy. Luego, antes de volver a casa, tenía que hacer la misma operación pero a la inversa y asegurarme de que no quedaran restos de maquillaje. Mis hermanos, gracias a Dios, me guardaban bien el secreto, entendían que mi madre siempre fue excesivamente estricta. Pero por muy distinta que fuera, por dentro seguía siendo la misma: la Lolita insegura con poca autoestima que, gracias a Pablito Martínez, le costaba creer que algún chico pudiera fijarse en ella. Y cuando menos lo esperaba, ocurrió. Raúl Olmos, el chico más popular del instituto, se había fijado en mí. Siempre se acercaba a nosotras en la hora del almuerzo y me dedicaba más de un piropo. Pero poco podíamos hacer así. Yo me moría por besarlo. Aunque nunca había besado a ningún chico y no sabía cómo dar el paso. Esperaba que él tuviera la iniciativa, pero para eso teníamos que encontrarnos en el lugar adecuado. Martina consiguió convencer a mis padres de que nos dejaran ir a la discoteca en la sesión de tarde, pero siempre custodiadas por mi hermano Fran. Me puse una falda vaquera que no media más de un palmo y un top que dejaba toda la espalda al aire. Si mi padre me hubiera visto así, de una bofetada me habría cruzado la cara. Afortunadamente no fue así. No tardamos en encontrar a Raúl cerca de la barra. Me invitó a una copa. Era la primera vez en mi vida que probaba el alcohol y en seguida empecé a sentirme mareada. No me acuerdo exactamente qué música sonaba en esos momentos porque yo era más de Laura Pausini y ese tipo de baladas románticas, no del electro. Pero seguro que sonara lo que sonara fue la más bella canción de amor porque, cuando Raúl se acercó a mí y sus labios rozaron los míos, yo creí subir al cielo y morir de amor en ese preciso momento. Fue un beso muy dulce. Pero poco a poco fue cobrando fuerza y se volvió más pasional. Cuando noté su lengua rozando la mía, el primer momento me pareció algo extraño, pero en seguida me acompasé a su ritmo y resultó excitante. Justo cuando sus manos empezaron a acariciarme por partes más inferiores de mi cuerpo, exactamente en mis glúteos, mi hermano Fran vino a separarnos. Le

amenazó con que no se pasara ni un pelo con su hermana. Así que ya no hubieron más besos ese día. Toda la semana estuve como loca, subida en una nube de irrealidad. Cuando me cruzaba con Raúl, se comportaba como siempre y eso me descentraba porque yo esperaba algo más. No sé, que me acompañara a clase tomados de la mano, que me dijera que estaba deseando volver a besarme o cosas de esas. Había pasado algo especial entre nosotros, ¿no? Yo esperaba un mayor acercamiento. Con la excusa del cumpleaños de Martina, conseguimos que dos semanas más tarde mis padres me volvieran a dar permiso para ir a la discoteca. Estaba deseando ver a Raúl y que me volviera a besar. Lo que sucedió en realidad estaba muy alejado de mis sueños románticos de amor. Nunca lo olvidaré por mucho que viva porque mi corazón por segunda vez hacía crac. Pablito Martínez había roto mi corazón de niña, Raúl Olmos se había encargado de destrozar el corazón de una Lolita adolescente. Lo vi junto a los aseos y, con la excusa de ir al lavabo, me acerqué a él. Justo cuando me disponía a saludarlo, una rubia se abalanzó sobre él y se comieron literalmente los morros. Estúpida de mí, salí corriendo de la discoteca para que nadie me viera llorar. Fran, siempre pendiente de mí, se dio cuenta de lo sucedido y me llevó de vuelta a casa junto a Martina que, por mucho que intentó consolarme, no lo consiguió. Lo primero que hice al llegar a casa fue comerme un buen trozo de bizcocho con virutas de limón y un ligero toque de canela de los que hace mi madre. Estuve reflexionando mientras me comía el bizcocho y Raúl no se merecía ni una sola lágrima más de las mías. Definitivamente él no sería el hombre de mi vida. Al terminar, rompí el plato y sí, me sentí más a gusto. Punto final a esta historia.

«Amor en el aire,
que nació del aire,
que vive en el aire,
no puedo olvidarlo.
Amor en el aire,
amor en el aire,
amor, amor...».

(«Amor en el aire», Rocío Durcal y Palito Ortega).

«Con la sintonía de nuestro programa, nos despedimos por hoy. Buenas noches queridos radioyentes. Gracias por acompañarnos a lo largo del

programa. Se despide de todos vosotros: Lola Cupido. Que tengáis dulces sueños».

Tras estas últimas palabras dejo de estar en el aire. ¡Gracias a Dios! Y por fin viernes. Aunque el fin de semana que me espera me gusta y me repele a partes iguales.

— ¡Uuum! Qué voz más sexy, Lolita. No sabes cómo me pones... —Dice Dani mordiéndose el labio.

— ¡Cállate, payaso!

Dani es mi técnico de sonido, mi mejor amigo y el único hombre en el que jamás me fijaría. Es alto, moreno, ojos color chocolate... hasta ahí bien. Lleva barba estilo hipster (según él), a mí me parece más estilo vagabundo. No sabe lo que es una plancha, prueba de ello son todas sus camisetas siempre arrugadas y descoloridas (tampoco creo que sepa poner una lavadora en condiciones), y con las mujeres es... dejémoslo en poco caballeroso. Aun así, en cierta ocasión, Martina tuvo más que palabras con él. Fue un desquite por un desengaño amoroso, nada más. Aunque ella siempre dice que estuvo bien y lo debería probar, como si de un trozo de pastel se tratara.

—Sois muy buenos amigos, un polvo eventual no destruirá vuestra relación.

— ¡Oh, Martina! ¿Por qué no me haces el favor y te callas?

Pero esta conversación se ha repetido en más de una ocasión. Resulta del todo imposible que eso alguna vez ocurra porque a Dani lo veo como uno más de mis hermanos. Lo conocí en una entrevista de trabajo hace ya muchos años. Era para una pequeña radio y, aunque no nos cogieron a ninguno de los dos, empezamos a ir juntos a un montón de entrevistas hasta que al final acabamos trabajando en la misma emisora de radio. La única condición que puse cuando me ofrecieron presentar *El amor está en el aire* fue que Dani fuera mi técnico de sonido.

Salimos de la radio y Dani me acerca hasta casa en su coche. Tengo carnet de conducir, pero no tengo vehículo, principalmente porque no tengo ninguna intención de conducirlo. Nada más sacarme el carnet tuve un accidente que me dejó traumatizada y creedme: el mundo está más seguro si yo no me encuentro al volante. Llegamos a mi pequeño piso y me apeo del coche.

—Que tengas un buen fin de semana.

—Que tengas dulces sueños —Dice Dani imitándome—. ¿No me vas a dar un beso de despedida?

—Me pinchas con las barbas.

—Tú siempre tan dulce...

Le voy a echar de menos este fin de semana. Martina sigue siendo mi mejor amiga, pero se ha perdido cierta complicidad entre nosotras. Encima, desde que empezó con el tema de su boda, ya no sabe hablar de otra cosa. Mis penas y glorias no son tema de interés para ella.

El sábado por la mañana, como casi todos los fines de semana, preparo mi bolsa de viaje y cojo el autobús hasta el pueblo. Allí paso el fin de semana hasta que llega el lunes y debo volver a ocupar mi puesto de trabajo. Este fin de semana son las fiestas patronales. Mi madre está como loca preparando bizcochos y más bizcochos. Esta noche todos saldremos a cenar a la calle y es tradición que las mujeres repartan bizcochos y mistela. Después hacen la verbena. Me junto allí con mis hermanos y amigos. Como los cubatas están a buen precio, acabo perdiendo la cuenta de lo consumido. He de reconocer que voy un poco piripi, pero no tanto como para volverme a liar con Javi el Gordo. Todos los años religiosamente lo intenta y yo todos los años le rechazo, excepto una vez. Todos cometemos errores.

—Volverás a caer rendida a mis encantos —Me dice Javi con un guiño de ojos que resulta de todo menos sexy.

Lo cierto es que Javi no está nada mal. De gordo tiene más bien poco. Es entrenador personal. Pero su personalidad me repele. No puedo olvidar sus constantes acosos en mi infancia. Más de una vez lloré por su culpa.

—Sí, sí, Javi... Perdona, pero tengo que ir al baño.

Es un plasta. Ahora me acosa en otro sentido y no sé qué es peor: el Javi asqueroso o el Javi baboso.

Hoy es domingo de procesión. Mi madre me despierta temprano (solo he dormido cuatro horas) para que me arregle porque nos vamos a misa, como todos los santos domingos de mi vida. Rigurosamente sigo llevando vestidos los domingos; al menos ahora los elijo yo y son de mi estilo. Me gusta mucho la moda de los cincuenta y sesenta. Velvet ha hecho mucho daño a mi vestuario, al menos eso dice Dani.

Después del tostón de homilía, salimos en procesión detrás de la imagen de la Virgen de la Caridad. Cuando pasamos por el pórtico, Martina me hace detenerme.

—¿Has visto las amonestaciones?

Está obsesionada con la boda. Claro que las he visto, llevan puestas dos semanas. La boda ya es inminente. Quiero mucho a Martina, de verdad. Pero no sé en qué momento dejó de lado su papel de amiga para meterse de lleno

en el de cuñada. Por cierto, no os lo había dicho: Martina y mi hermano Fran
¡se casan!

«Tú eres la luz de mi vida,
tú eres la voz que me calma,
tú eres la lluvia de mi alma,
eres toda mi verdad».

(«**Mi verdad**», Maná y Shakira).

«Tenemos una petición de Piscis que quiere dedicar la siguiente canción al amor de su vida con estas palabras: siempre estaremos juntos, pase lo que pase».

¡Qué bonito! (Debe sonar irónico). ¿Por qué la gente se hace juramentos de amor que no saben si podrán cumplir? ¿Y qué es eso de Piscis? ¿Acaso se ha convertido mi programa en un espacio esotérico? Mientras suena la canción que nos ha pedido «nuestra amiga Piscis», leo los veinte WhatsApp que me ha enviado Martina. Son acerca de la despedida de soltera que estoy organizando yo. ¿Por qué si la organizo yo me tiene que decir constantemente lo que tengo que hacer? Empieza a irritarme esa faceta suya tan mandona. Pero no siempre fue así. Tras el instituto, nos fuimos juntas a estudiar a la ciudad. Yo quería hacer Periodismo y ella... Bueno ella solo quería salir del pueblo y, desde bien pequeñas, habíamos soñado con compartir piso; así es que hicimos nuestros sueños realidad. Ella se matriculó en Magisterio, pero como no le gustaba nada, a los tres meses lo dejó y se matriculó en una escuela de peluquería. Sus padres jamás lo supieron hasta que se presentó de vuelta en el pueblo con su título de peluquera bajo el brazo. Primeramente, buscó trabajo en la ciudad, pero tras varios intentos frustrados y, en complicidad con su tía, tomó la decisión de regresar a su hogar. Sus padres pusieron el grito en el cielo y hasta la echaron de casa. Pero el enfado solo les duró tres días. Finalmente, aceptaron la decisión de Martina y desde entonces trabaja en la peluquería de su tía. Y yo me quedé sola en nuestro piso y aquí sigo.

Siempre supe de la estupenda relación que mantenían mi hermano y Martina. Pese a llevarnos cinco años, con Fran siempre he tenido cierta complicidad y hacíamos muchas cosas juntos. Él era quien nos llevaba de fiesta, quien velaba por nosotras, quien mentía por nosotras... Y, sin embargo, jamás de los jamases me imaginé que mi mejor amiga amaba en secreto a mi hermano. Pero lo más gracioso de todo esto es que a mi hermano le pasaba igual. ¿Y

ninguno de los dos fue capaz de confesarme sus sentimientos? Me tuve que enterar de la peor forma. Martina había regresado al pueblo y ya llevaba cinco meses trabajando junto a su tía. Yo por aquel entonces trabajaba de camarera mientras seguía asistiendo a la universidad. Era el fin de semana de las fiestas patronales. Como siempre, nos reunimos los mismos y yo... bueno, ya sabéis el problema que tengo con los cubatas. Estaba saltando feliz al ritmo de una canción de Maná, cuando vi cómo mi hermano y Martina se besaban. Lo primero que pensé fue: «estoy muy borracha, esto no está pasando». Pero siguieron y siguieron hasta que acabaron por desaparecer del baile. ¿Por qué me sentó tan mal? ¿Desde cuándo Martina y mi hermano se gustaban? O, ¿acaso se trataba solo del rollo de una noche? Entonces Fran acabaría haciendo daño a mi mejor amiga y eso jamás se lo perdonaría. Sentí tal mezcla de emociones contradictorias que cuando Javi el Gordo vino a darme la brasa una vez más, no me lo pensé dos veces y lo besé. No besaba mal, pero no me hizo sentir nada. Después de unos cuantos besos, que a algún gilipollas se le ocurrió inmortalizar con una foto, le dije a Javi que olvidara lo ocurrido. De más está decir que nunca lo hizo. Al día siguiente, cuando se me pasó la resaca, enfrenté a Martina y a mi hermano. Cuál no fue mi sorpresa que llevaban dos semanas saliendo juntos.

— ¿Teníais pensado decírmelo alguna vez?

—Lola, lo siento —Me dijo Martina—. No quería que te sintieras mal si Fran no correspondía a mis sentimientos. Pensé que sería mejor para nuestra amistad mantener al margen...

—Soy tu mejor amiga, Martina, y me mantienes al margen de tu vida —No la dejé acabar.

Salí corriendo de la habitación y regresé antes de tiempo a la ciudad. Estuve sin hablar con mi hermano y Martina más de dos meses. Pero un día los dos se presentaron en mi piso por sorpresa y juraron que no se moverían de allí hasta que no les escuchara. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Y quién era yo para oponerme a su amor? Fran ha sido el único hombre en la vida de Martina, eso de sobras lo sé, y después de diez años juntos van a casarse. Siempre estarán juntos, pase lo que pase, porque no existe mejor mujer para mi hermano y no existe mejor hombre para mi mejor amiga.

«¿Quién me va entregar sus emociones?»

¿Quién me va a pedir que nunca le abandone?
¿Quién me abrigará esta noche si hace frío?
¿Quién me va a curar el corazón partío?
Dime si tú no estás, dime cariño mío,
¿quién me va a curar el corazón partío?». **(«Corazón partío», Alejandro Sanz).**

«Esta canción iba dedicada a todas las personas que sufren por un amor imposible».

Dani pone la música, yo tomo la rosa que descansa sobre mi mesa y vuelvo a inspirar su olor. Releo una vez más las palabras que me ha escrito el Caballero Solitario.

«Si es que ofende a vuestro ser,
entender que por vos muero,
confórmese con saber,
que ya que quiero,
quiero lo que no ha de ser».

Después, acaba diciendo que las palabras se las ha robado a un poeta del cuál no logra recordar su nombre.

—No pongas esa cara —Interrumpe Dani mis ensoñaciones.

— ¿Qué cara? No pongo ninguna cara.

—Pones cara de tonta enamorada.

—Yo no estoy enamorada, ¡y no pongo ninguna cara!

Nuestra conversación queda interrumpida porque vuelvo a estar en el aire. Acaba el programa y recojo mis cosas. Me he traído la maleta a la radio porque hoy Martina pasa a recogerme. Mañana es su despedida de soltera, pero esta noche quiere que la pasemos juntas nosotras solas. Hemos alquilado una casa rural, pero hasta mañana no llegarán el resto de las chicas. Antes de irme, Dani me entrega el CD que le pedí que me grabara con diferentes mezclas de música para la fiesta de mañana por la noche.

— ¿De verdad que no puedo ir? —Me dice poniendo cara de chico bueno—. Tendréis al mejor DJ a vuestro servicio.

—Dani, sabes que por mí estaría encantada, pero mañana saldríamos en los periódicos. Si te acercas a Martina a menos de cinco kilómetros, mi hermano te mata. Lo ha jurado.

— ¡Vale! Mensaje captado.

Aunque resulta del todo incomprensible porque recordemos que la que tenía novio era Martina, no Dani, mi hermano jamás le perdonó que tuviera una historia con ella. Tuvieron una pequeña crisis que Martina aprovechó para desquitarse con Dani. Bueno, eso ya os lo había contado. Lo que no os había dicho fue que cuando Fran se enteró que el tío con el que Martina se había desquitado era mi amigo Dani, juró pegarle un tiro con su arma reglamentaria si se volvía a acercarse a Martina a menos de cinco kilómetros. Mi hermano es guardia civil y cuando se enfada... Bueno, mejor no hacerlo enfadar.

Llegamos a la casa rural ya bien entrada la noche (teniendo en cuenta que mi programa de radio acaba a media noche, ya os podéis hacer una idea). Estoy muerta de sueño, pero Martina insiste en que nos quedemos despiertas hablando. Prepara unos cubatas que lo único que consiguen es que mi somnolencia vaya en aumento.

—Lola, todavía no me creo que vaya a casarme. Durante años pensé que mi amor por Fran era un imposible. Lola, ¿estás despierta?

—Sí, solo he cerrado un poquito los ojos. Sé a lo que te refieres, yo también tuve un amor imposible.

Por un momento se queda pensando; tampoco han desfilado tantos hombres en mi vida como para que no se acuerde.

— ¡Oh! ¡Ya me acuerdo! —Grita emocionada—. Martín Ríos, tu fisioterapeuta.

Si os acordáis, tuve un accidente de coche nada más estrenar mi carnet de conducir. Estuve seis meses andando con ayuda de muletas y damos gracias a Dios por ello porque a punto estuve de quedarme inválida. Tres veces por semana iba al fisio para mi rehabilitación. Era, calculo, que unos diez años mayor que yo y su sonrisa me tenía hechizada. Nunca ocurrió nada salvo en mis ensoñaciones. Martín nunca me vio como otra cosa que no fuera su paciente, pero yo sufría en silencio mi amor por él. Han pasado muchos años pero, cada vez que recuerdo su sonrisa, siento por dentro algo muy bonito. Hace un par de años me pudo la curiosidad y lo busqué por Facebook. Ni siquiera llegué a enviarle una solicitud de amistad. Su foto de perfil estaba mucho del chico que yo recordaba. Totalmente calvo, cuarentón y encima tenía una relación... con otro hombre. Solo por pura tradición me comí un trozo de tarta de queso con arándanos y después rompí el plato. Todo esto lo deseché de mi mente; prefiero guardar el recuerdo de aquel Martín Ríos del que estaba profundamente enamorada.

—No pongas esa cara, Lolita.

—Hoy a todo el mundo le ha dado por decir lo mismo. No pongo ninguna cara.

—Has fruncido el ceño y te has puesto triste. Te propongo un brindis.

Levanto mi vaso sin mucho entusiasmo, seguro que ahora brindaremos una vez más por la radiante novia.

—Brindemos por el amor de tu vida, para que se abran los caminos y os encontréis porque es vuestro destino estar juntos.

—Muy profundo, Martina. Me lo anotaré para utilizarlo en la radio.

Brindo con ella aunque a estas alturas de la vida no creo que ese hombre exista. Todos alguna vez nos enamoramos de la persona equivocada; el problema es que yo absolutamente siempre me enamoro de la persona equivocada.

«Y creo que muero si no siento el roce de tu cuerpo junto a mí.

Recuerdo tus labios y esos ojos que al mirar casi hacen daño».

(«El roce de tu cuerpo», Platero y tú).

«Querida amiga Elvira, no sufras más por ese hombre. Quédate con esta frase: “Cuando encuentres al hombre adecuado te darás cuenta por qué nunca tu relación funcionó con ningún otro”».

Todas mis frases las saco del Facebook, debo reconocerlo. Algunas me dan la risa, no me las creo ni yo, pero al parecer a mis radioyentes les gustan porque cada vez tengo más audiencia. Pego un largo trago a mi café mientras suena otra canción.

—Cada día te superas a ti misma —Dice Dani en tono burlón emergiendo de la cabina.

—No sé a qué te refieres.

—Tus frases son vomitivas.

—Aunque me cueste creerlo, un día te enamorarás y todas mis frases vomitivas te parecerán hermosas frases de amor que expresarán lo más profundo de tu alma.

—En serio Lolita, dedícate a escribir alguna porquería de esas de novela romántica; se te daría muy bien.

—Todas mis frases las saco de internet.

—Eso es plagio.

—Se te va a salir el pajarito.

— ¿De qué estamos hablando?

Dani lleva la cremallera abierta; siempre tan descuidado...

— ¡Ah! Se me ha roto. ¿Conoces algún zapatero que pueda arreglármela?

Lo cierto es que sí; pero no creo que se alegre de volver a verme.

La universidad me generaba más gastos de los previstos. Bueno, la universidad y el nuevo giro que había tomado mi vida social. Salía mucho: cine, discoteca, bares, compras... Y el dinero que me daban mis padres no cubría todos mis gastos, así que tuve que buscarme un trabajo de camarera. Lo curioso es que trabajando ya no tenía tantos gastos como antes porque no me quedaba tiempo para todo lo demás, salvo las compras. Mi vestuario dio un giro de ciento ochenta grados. Cambié las lentillas por unas gafas de pasta que me daban un look intelectual más acorde a mi etapa universitaria. Cambié las minifaldas por los vaqueros y las camisetas ajustadas por blusas más elegantes, chaquetas de punto y americanas. Junto a la cafetería en la que trabajaba, había una pequeña zapatería. Un día salió el zapatero a la puerta dispuesto a fumarse un cigarrillo tranquilamente. A mí casi se me cae la bandeja al suelo cuando lo vi. Alto, pelo rubio oscuro (un poco largo para mi gusto), mandíbula cuadrada... en conjunto muy varonil. Llevaba puesta una camiseta negra de los Rolling Stones. Parecía más un cantante de rock que un zapatero. A partir de ese día, mi curiosidad fue en aumento. Intentaba a toda costa servir en la terraza a las horas que sabía que él saldría a fumar. Mi corazón latía aceleradamente cada vez que lo veía y esas mariposas del estómago de las que tanto hablan, acamparon a sus anchas dentro de mí. Tenía que hacer algo para conocerlo. Y no se me ocurrió nada mejor que romper los tacones de mis zapatos para tener una excusa y visitar su zapatería. Martina pensaba que estaba loca, pero una tarde vino a la cafetería y, al ver al hombre de mis ensoñaciones parado en la puerta de su zapatería, no tuvo más remedio que darme la razón. Martina me ayudó a romper los tacones de todos mis zapatos. Nunca imaginé que resultara tan complicado. Hasta cinco veces visité la zapatería y ni siquiera sabía su nombre. Estaba resultando una misión imposible, pues no despertaba mayor interés en el zapatero.

—Se te rompen mucho los tacones —Dijo con una sonrisa—. ¿Has probado a llevar menos tacón? Así corres el riesgo de provocarte un esguince.

—Seguiré tus consejos —Contesté forzando una sonrisa.

A esas alturas debía pensar que era tonta. Entonces se oyó de fondo la

canción de El roce de tu cuerpo y se me ocurrió decir:

— ¡Me encanta Fito!

—La canción es de cuando era componente de Platero y tú.

Definitivamente debía pensar que estaba tonta. Pero siguió diciendo:

—Si te gusta Fito puedes venir mañana por la noche a La fábrica; mi grupo da un concierto tributo a Fito y los Fitipaldis.

— ¿Estás en un grupo? ¡Guau! — ¿¡Guau!?! Lolita, cierra la boca si solo vas a decir tonterías.

—Soy guitarrista. Por cierto, no nos hemos presentado. Yo soy Elías.

—Lola. Estaré encantada de ir a ese concierto.

Tuve que chantajear a Martina para que no fuera ese fin de semana al pueblo y me acompañara al concierto. Y como en mi destino estaba escrito que Elías fuera «el primero», esa noche acabé entre sus brazos. No pasó nada más; ese día claro. Empezamos a salir y yo me convertí en una de las groupie de su banda. La primera vez que estuve con él fue en su piso. Diría que fue muy romántico y en su momento me lo pareció, pero ahora que lo miro con perspectiva, no lo fue tanto; ni siquiera se quitó los calcetines. Tenía miedo porque mis amigas contaban que dolía mucho, pero lo cierto es que yo lo disfruté bastante. Estaba muy enamorada de Elías y entre sus brazos nada malo me podía pasar, ¿o sí? Estuvimos casi un año juntos. Justo el día de nuestro aniversario, descubrí de la peor manera que yo no era la única. Tenía que ir al pueblo más de lo que me gustaba porque mis padres no sabían que tenía una relación con Elías. Era diez años mayor que yo y temía que mis padres pusieran el grito en el cielo. Como era nuestro aniversario, quise darle una sorpresa y regresé del pueblo antes de lo previsto. La sorpresa me la llevé yo. Al llegar a su piso, llamé a la puerta y me abrió él, completamente desnudo.

— ¿Me estabas esperando? —Dije con una sonrisa picarona—. Mejor, así no perdemos el tiempo.

Lo besé y, sumida en mi momento de pasión, percibí movimiento por el rabillo del ojo. Tirada en el sofá había una chica completamente desnuda.

—Lolita, esto... —No sabía ni qué decir.

— ¡Cabrón!

Le crucé la cara de un bofetón y salí de allí corriendo. Llamé al trabajo y alegué que estaba enferma porque no quería tener que enfrentarlo. Lo bloqueé en el móvil para que no me siguiera molestando y me fui una semana al pueblo. Lamentablemente, tarde o temprano tenía que dar la cara porque mis

estudios y mi trabajo me reclamaban. Justo el primer día de trabajo volví a verlo. Elías se acercó a mí cuando estaba atendiendo en la terraza.

—Lola, tenemos que hablar.

— ¡No te acerques a mí! —Dije más alto de lo normal. Los clientes se giraron— Temo que me contagies alguna enfermedad.

Elías se cabreó de verdad; lo supe por su cara.

— ¡Está bien! Tú lo has querido así.

Entré a la cafetería dejando a mis clientes sin atender. Tomé un buen trozo de pastel de selva negra y lo devoré con ansias mientras lloraba escondida en el almacén. ¿Acaso que estuviera tirándose a otra en el sofá justo el día de nuestro aniversario tenía una explicación plausible? ¡No! No la tenía. Tiré el plato con todas mis fuerzas y se rompió en mil pedazos, como estaba mi corazón en esos momentos.

«Te quiero y creo que este mundo es muy pequeño,
no cabe en él todo lo que yo siento,
no te miento si te vuelvo a recordar,
que te quiero, es grande, muy cierto, te adoro,
eres mi risa, mi llanto y mi tesoro,
nunca, nunca, te me vayas a escapar».
(«Te quiero», La quinta estación).

«Con vuestro permiso, queridos radioyentes, quiero dedicar la próxima canción a mi mejor amiga Martina y a mi hermano Fran que mañana unirán sus vidas para siempre. Os deseo de todo corazón que seáis muy felices».

No lo puedo evitar, se me saltan las lágrimas al escuchar el estribillo de la canción.

—Lolita, ¿estás llorando? —Pregunta Dani alucinando.

—Hoy estoy sensible. No me gustan las bodas y mañana se casan Martina y Fran; nada volverá a ser como antes.

Me recompongo porque Dani vuelve a abrir el micro.

Mi peluquera habitual es Martina, pero claro no me iba a peinar el mismo día de su boda, así es que me decanto por la peluquería que hay debajo de la emisora de radio. La peluquera alucina nada más ver mi pelo. Según ella es precioso y virgen (debe ser lo único inmaculado que me queda). Tengo el pelo largo, rizado, negro y excesivamente abundante. Nunca he sabido domarlo; por las mañanas parezco uno de los leones de la Moncloa.

—Recógelo todo. No quiero que se me vengán los pelos a la cara durante la ceremonia.

Me compré un vestido largo de corte romano en tonos marrones y dorados. El peinado va en la misma dirección, pasando una trenza a modo de diadema. Un peinado perfecto. También me maquillan y me hacen la manicura; lista para el gran día. ¡Maldición! Es súper tarde. Pido un taxi, pero de sobras sé que cuando llegue a la estación habré perdido el autobús irremediablemente. Mi madre me va a matar, Martina me va a matar, Fran me va a matar... De hecho, si no llego a esa boda antes de la sesión fotográfica, estaré muerta de cualquier manera. En mi desesperación, llamo a Dani; es lo único que se me ocurre. ¿Qué otra opción tengo, gastarme medio sueldo en un taxi? Dani me sacará de esta; siempre lo hace.

—Dani, me tienes que hacer un favor —Le digo nada más descolgar el teléfono—. ¡He perdido el autobús! ¡No llego a la boda y me van a matar todos y cada uno de los miembros de mi familia!

—Me sabe muy mal, Lolita, pero si aparezco en esa boda, el muerto seré yo.

—Por favor, por favor, por favor... Te prometo que Fran ni se dará cuenta de que estás en su boda. Por cierto, ¿tienes un traje decente?

—Algo parecido...

Media hora después, pasa a recogerme. Nada más verlo, el alma se me cae a los pies; no sé si esta, de verdad, es la mejor opción.

— ¿No tienes plancha ni máquina de afeitar ni corbata?

—Me he puesto perfume... y del caro.

¡En fin! Me resignaré... Dani es así, ¿qué esperaba?

— ¿No vamos a comer nada? Mira la hora que es...

— ¡Arranca! No llegamos a la boda. Ya pillaremos algo en el McAuto.

Llegamos al pueblo un poquito tarde. Entro corriendo en casa y ya están todos en medio de una sesión fotográfica. Dani se queda esperándome en el coche; intenta por todos los medios no cruzarse con mi hermano.

— ¿Dónde te habías metido? Si hubieras venido anoche...

Ignoro a mi madre que ya está echándome la bronca y acabo de llegar... Felicito a mi hermano y le digo lo guapísimo que está. Absolutamente irresistible. El novio más guapo que he visto en mi vida. Pero claro, qué voy a decir yo, que soy su hermana... Fran se parece mucho a mí (bueno, técnicamente yo a él porque llegué después a este mundo). Es alto y corpulento (no es que yo sea alta y corpulenta jjjjj). Es moreno y de pelo rizado, aunque siempre lo lleva tan corto que no se aprecia. Nuestros rasgos faciales son bastante parecidos: la misma nariz y el mismo grosor de labios. Antonio, por el contrario, no se parece nada a nosotros. No es tan alto como Fran y de complexión menos atlética. Pelo rubio y ojos verdes. De pequeño nos gustaba torturarlo diciéndole que era adoptado (no es adoptado, obviamente... es el vivo retrato de mi abuelo Juan, que en paz descanse).

— ¿Quién te ha traído? —Me pregunta Antonio en voz baja; aunque creo que ya lo sabe.

—Dani.

— ¡Es hombre muerto!

—Muy gracioso... Me acaba de salvar el culo. Prométeme que no vas a dejar que Fran se acerque a él.

Veo a Martina por primera vez cuando baja del coche ayudada por su padre.

Vive justo detrás de la iglesia, no era necesario venir en coche, pero, como lleva una cola tan larga, no quería que se estropeará antes de la ceremonia. Está espectacular. Martina nunca ha sido rubia. Bueno, ha sido muchas cosas... Siendo peluquera ha probado todo tipo de looks, pero ahora luce unas mechas rubias que le sientan francamente bien; le hacen parecer más angelical si cabe. Instintivamente me acerco a ella y nos abrazamos, aún a riesgo de estropearnos el maquillaje.

—Te quiero, Martina.

—Te quiero, Lolita.

Lloramos un poco y las campanas empiezan a repicar. Se oye al coro cantar; es el momento de que cruce ese pasillo y lo cubra de flores. Mi madre se puso de acuerdo con Martina para que leyera un pasaje bíblico. ¡Menudo bochorno! No leía en misa desde mi confirmación. Siento los calores de la muerte. Puedo ver cómo Fran y Antonio se están riendo disimuladamente. Al fondo de la iglesia, Dani lo hace a mandíbula batiente, provocando que se gire la última fila.

«El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no es presumido ni se envanece; no es grosero ni egoísta; no se irrita ni guarda rencor; no se alegra con la injusticia, sino que goza con la verdad. El amor disculpa sin límites, confía sin límites, espera sin límites, soporta sin límites. El amor dura por siempre».

Entonces sucede el momento que Martina y yo tanto habíamos soñado de niñas cuando cantábamos en el coro. Ella y Fran se dan el «Sí, quiero» y con un beso de amor sellan su juramento.

En el banquete coloco a Dani en la mesa de los músicos y fotógrafos. La idea ha sido de Antonio; no me siento bien por ello porque debería estar sentado a mi lado, pero es que justo estoy delante de los novios y antes del primer plato Fran ya habría montado el espectáculo. En frente de mí se sienta Pablito Martínez, mi primer amor frustrado. Hace unos tres años aproximadamente que no viene al pueblo o al menos que no coincidimos. Va muy repeinado; se le ha ido la mano con la gomina. Debo reconocer que resulta atractivo, algo que me fastidia enormemente porque hubiera preferido que fuera gordo y feo.

—Estás muy guapa, Lola —Dice llenando mi copa de vino.

—Gracias. Pero deja que se ocupen los camareros de...

—Para mí es un placer servirte.

Lo dice tan suavemente y con una voz tan sensual que, ¿cómo decirlo finamente? Me pongo tonta, esa es la palabra menos soez.

—He escuchado tu programa de radio.

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué? Ahora seguro que piensa que sigo siendo patética.

— ¡Me encanta! —Confiesa en el mismo tono casi lascivo.

— ¡Ah!, ¿sí?

¿Y ahora qué digo? Esta no era la idea, ¿vale? Pablito tenía que ser asquerosamente feo, con una vida patética y yo estar casada con un hombre sacado de catálogo, increíblemente pastoso. Pero no, yo sigo siendo soltera, con un trabajo patético, él es concejal y por lo visto gana un dineral. La vida sigue siendo muy injusta conmigo. Seguimos hablando durante toda la cena y la verdad es que lo estoy pasando tan bien que me olvido por completo de Dani. De hecho, parezco una gata en celo durante toda la cena. Después de la tarta y de repartir todos los regalitos entre los invitados (¡qué rollo!), empieza la verbena. Javi me está buscando para bailar conmigo y yo no hago otra cosa que evitarlo.

—Por fin te encuentro a solas —Me dice abordándome en la barra.

— ¡Sí! Veo que eres muy persistente.

— ¿Bailamos una bachata? Soy un excelente bailarín —Dice con una sonrisa sensual que le hace parecer el Ecce Homo.

—No lo dudo, pero es que le prometí a mi novio que bailaríamos con él todas las bachatas. Es muy celoso, ¿sabes?

— ¿Tienes novio? No te creo. ¿Desde cuándo? ¿Y dónde está ese tío? ¿Es invisible? No lo he visto en toda la noche.

—Está allí.

¡Mierda! Señalo a Dani, no se me ocurre nada mejor. Dani me sonrío confirmando así mi coartada sin tan siquiera sospecharlo. Por lo visto se está aburriendo y mucho.

— ¿He oído bien? ¿Ese payaso es tu novio? —Dice Fran apareciendo a mis espaldas.

¡Mierda otra vez! Esto no puede estar saliendo peor, ¿o sí?

—Pensé que tenías mejor gusto, Lola —Dice Fran con cara de asco.

Se acerca a Dani en dos zancadas y yo lo sigo porque me temo lo peor.

— ¿Eres el novio de mi hermana?

Dani mira a Fran con espanto; casi se atraganta con la bebida.

— ¡¿Yo?! ¡Noooo!

—No le hagas caso, Fran —Sonrío forzosamente—. Es muy bromista. ¿A que sí, cariño?

Cojo a Dani de las solapas de la americana y aprieto mis labios fuertemente

contra los suyos. Él abre los ojos desorbitadamente y temo que en cualquier momento me aparte de un empujón. Por el contrario, se abre paso entre mis labios profundizando más el beso. ¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo? Cierro los ojos y me dejo llevar por ese beso que me está devorando. Dani acaba de despertar en mí a la gata en celo y me aprieto contra su cuerpo buscando sus caricias. ¡Un momento! ¡Un momento! Lolita, ¡para, para, paraaaa! Pero yo no paro, es Dani quien reacciona y se aparta de mí. Estoy literalmente temblando.

— ¿Qué está pasando? —Dice Antonio saliendo de la nada.

—Que Lola ha perdido la cabeza definitivamente —Dice Fran visiblemente cabreado.

Martina muy sonriente abraza a su marido y proclama a los cuatro vientos:

— ¡Lo sabía!

Luego se acerca a mí y, dándome un beso en la mejilla, me susurra discretamente:

—Ya te dije que si lo probabas no te arrepentirías.

¡Ya estoy arrepentida!, ¿vale? Ahora ni siquiera soy capaz de mirar a Dani a la cara. Voy a por una copa para acabar con este ejército de mariposas que revolotean en mi estómago a sus anchas.

«Que somos nada más que dos amigos solos,
con eso no me basta yo lo quiero todo,
yo quiero que me deje poco a poco quererle.
Y dile que me muero con imaginarlo,
que siempre me estremezco solo con rozarnos,
que sueño cada noche con que quiera quererme.

Quererme...»

(«Dos amigos», Merche).

«Querida Isabel, tienes que tomar las riendas de tu vida. Nada se pierde por intentarlo, el NO ya lo tienes. Dile lo que sientes y descubrirás cuáles son sus sentimientos hacia ti. No temas. Solo pierde el que no lo intenta».

¡Qué fácil resulta dar consejos cuando no se está en la misma situación...!

— ¿Me vas a volver a besar? —Pregunta Dani rompiendo el hilo de mis pensamientos.

— ¿Qué dices? ¡No!

—Tenía que intentarlo —Dice sonriendo—. Estoy siguiendo tus consejos.

Dani se tomó lo del beso como un chiste y está muy agradecido de que mi hermano no le partiera la cara. Yo estuve dos días dándole vueltas al mismo tema: las mariposas que sentí con el beso. Pero finalmente llegué a la conclusión de que todo fue a causa de un cúmulo de emociones. Un beso sin importancia; una anécdota más que Martina me estará recordando hasta la saciedad... y por lo visto Dani también.

Antonio me manda un WhatsApp para que comamos juntos. Ha venido a la ciudad a realizar unos trámites. Empieza la comida elogiando mi programa. Lo conozco, cuando se pone así es que algo quiero de mí.

—Dispara.

— ¿El qué?

—Lo que me vas a pedir. Si se trata de dinero...

—Lolita, te recuerdo que soy tu banquero; serías la última persona a la que le pediría dinero.

—Lo sé, no tengo un duro. ¿Entonces qué es lo que quieres?

—Tus valiosísimos consejos. Estoy enamorado de una persona que... no sabe nada acerca de mis sentimientos.

Ha dicho «una persona», no se ha referido a una chica ni a una mujer, luego... ¡Dios mío! Mis sospechas eran ciertas: Antonio es gay. Fran y yo siempre lo sospechamos. Antonio no era como nosotros: siempre delicado, introvertido, prefería quedarse en su ordenador antes que jugar al fútbol con Fran y sus amigos. Además, su círculo de amistades se compone casi por completo de chicas. Su mejor amiga es una mujer: Patricia. Nunca se le ha conocido novia así como a Fran, que siempre estaba tonteando con alguna que otra chica hasta que empezó a salir con Martina. Antonio no nos acompañaba a las discotecas y en las fiestas del pueblo jamás lo he visto bailar o entablar amistad con alguna chica fuera del círculo de Patricia y sus amigas.

—Pues... Eso tiene que cambiar. Tienes que decirle a «esa persona» lo que sientes.

— ¿Y si me rechaza?

—Es un riesgo que debes correr.

—¿Alguna vez te ha pasado algo igual?

—Sí —Reconozco con dolor.

— ¿Y qué pasó?

—Que me rechazó.

—Lo siento.

Se acaba de destapar la caja de Pandora. Mi primer trabajo en la radio fue en un programa matutino. Mi intervención se limitaba a leer noticias curiosas que encontraba en internet. Dani era el técnico de sonido. El programa era conducido por un locutor de radio al que me referiré por el sobrenombre que le pusimos Dani y yo, ya que actualmente es un personaje muy conocido en las ondas. No sé cómo ocurrió, pero dos meses después de estar trabajando juntos, me enamoré como una tonta del Búho. Lo sé, no es un sobrenombre muy atrayente, pero cuando hablaba de un tema que le entusiasmaba, abría los ojos desorbitadamente. Por eso Dani decía que parecía un búho. A mí sus ojos me encantaban; no me hubiera importado mirarme en ellos si no fuera porque cuando estaba delante de él me ponía tan nerviosa que era incapaz de mirarle a la cara. El director del programa pensaba que yo tenía buenas aptitudes para la radio y quiso ampliar mi espacio. Para ello tuve que ponerme al día y fue el Búho quien me ayudó. Cada día me gustaba más y llegué a pensar que yo también le interesaba.

—Es un capullo, Lola. ¿No te das cuenta?

No hice caso a los consejos de Dani y me lancé a la piscina. Un día que estábamos a solas en mi piso, le dije al Búho:

—Me gustas... creo que mucho.

—Lola, yo... Me halaga mucho lo que me acabas de decir, pero... soy gay.

Saqué un trozo de brownie de la nevera y le puse dos bolas de helado bien grandes. Después nos lo comimos juntos compartiendo el mismo plato. Al acabar, en vez de dejar el plato en el fregadero, lo tiré al suelo, partiéndose en dos trozos. El Búho sorprendido vino a la cocina a ver qué me sucedía. Yo con una sonrisa le dije que se trataba de un pequeño accidente doméstico. No es un capullo como decía Dani. No nos vemos con mucha frecuencia, pero siempre que necesito un buen consejo no duda en dármelo y sospecho que si soy la locutora de El amor está en el aire, fue gracias a él.

«Tú me hiciste sentir que no valía,
mis lágrimas cayeron a tus pies,
me miraba en el espejo y no me hallaba,
yo era solo lo que tú querías ver».
(«Todos me miran», Gloria Trevi).

«Quédate con un hombre que te ame tal y como tú eres. Si te intenta cambiar, si te critica constantemente, es que no te ama, pues cuando un hombre te ama de verdad, te hace feliz, no desgraciada».

— ¿Sabes a quién me recuerda ese tipo? —Dice Dani refiriéndose a la pareja de nuestra oyente.

—Sí, lo sé —Digo tristemente.

—Ese pijo no te merecía, Lolita.

«Ya, pero sigo sola. En algo tenía razón: no voy a encontrar a ningún tío que me soporte», pienso para mis adentros.

—No lo hagas —Me advierte Dani.

— ¿El qué?

—Te conozco, Lola. Sé lo que estás pensando. Pongo otra canción y voy a por los cafés; en estos momentos necesitas un buen chute de cafeína.

El «pijo» al que se refiere Dani, se llama Carlos. Lo conocí en la misma radio, poco después de que el Búho me rechazara. Quizás por eso estaba vulnerable y le costó tan poco bajarme las bragas (suena vulgar, lo sé, pero no por ello deja de ser cierto). Carlos es fotógrafo y vino a la radio a realizar una sesión fotográfica para la nueva campaña publicitaria de la emisora. Mientras me hacía las fotos, no paraba de insinuarse descaradamente. Y cuando acabó me dijo:

—Cenas conmigo esta noche.

—Tengo que consultar mi agenda —Intenté parecer graciosa.

—No es una pregunta. Vas a cenar conmigo esta noche. Te recojo a las diez. ¿Dónde vives?

Su descarado me conquistó casi al instante. Debí intuir que era una persona posesiva, dominante, presuntuosa, arrogante y todos esos adjetivos que hacen atractivo a un hombre según las novelas tipo Cincuenta sombras de Grey; pero que realmente no es así. Hombres de ese tipo absorben tu vida y te reducen a la nada. Consiguen que estés tan pendiente de gustarle a ellos que te olvidas de ti misma, que es lo más importante. Aquella noche cenamos y una cosa llevó a la otra... Resumiendo: al mes ya se había instalado en mi piso. Era la primera vez que vivía en pareja y estaba superemocionada. Por eso pasaba por alto sus constantes críticas. Bueno, no siempre... Pero intentaba creerme que las hacía porque me quería. No se cortaba ni un pelo en decirme que estaba «un poco rellenita» y sin ningún miramiento tiraba a la

basura los bizcochos que me hacía mi madre y yo me traía cada vez que iba de visita.

—Ese tío es un gilipollas —Me decía Dani constantemente.

Pero yo seguía enamorada de él porque en la cama... Bueno, con decir que ha sido mi mejor amante es suficiente. En otra ocasión insinuó que no me arreglaba lo suficiente y parecía más vieja que él. Acabé guardando mis gafas de pasta en un cajón y no me quitaba las lentillas ni para dormir, pese a que me salió una úlcera en el ojo. Dani no se molestaba en ocultar su animadversión hacia él y Carlos me dio a elegir entre él y el Perroflauta; así es como llamaba a Dani. Me avergüenza reconocerlo, pero lo elegí a él.

—Lolita —me dijo Dani muy enfadado cuando se lo expliqué—, cuando vuelvas a tener cerebro me llamas; recuerda que siempre, pase lo que pase, voy a ser tu amigo.

Afortunadamente, solo tardé dos semanas en reaccionar. Justo la noche que Carlos me levantó la mano y me asusté. No lo reconocía. Lo había idealizado tanto que me perdí en un mundo de irrealidad y, la verdad, estaba a punto de abofetearme en la cara. Lo eché de mi piso y llamé a Dani.

—¿Me perdonas? —Dije nada más abrir la puerta.

—Te quiero, Lolita. Y no sabes lo feliz que me hace ver que has despertado de esa pesadilla.

Nos abrazamos y juntos dimos buen fin a una tarta de manzana (quemada) que intenté cocinar sin mucho éxito. Luego, juntos acabamos con parte de la vajilla que Carlos compró en rebajas. ¡Adiós al Pijo para siempre!

«No me vuelvo a enamorar, totalmente para qué
si la primera vez que entregué mi corazón
me equivoqué.
Ya jamás tropezaré,
en nadie me fijaré,
no me vuelvo a enamorar».
(«No me vuelvo a enamorar», Rocío Dúrcal).

«Todos alguna vez sentimos que el amor se ha terminado para nosotros porque nos han hecho mucho daño y, ese miedo a volver a sufrir, nos crea una coraza que aleja también las cosas buenas. No tengáis miedo, no le cerréis las puertas al amor porque no siempre sale mal».

¡Y una mierda! Mi experiencia precisamente me indica todo lo contrario. Hace cuatro años que dejé de creer en el amor y, por consiguiente, asumí que el hombre de mi vida simplemente NO EXISTE. He tenido muchas historias de fin de semana (bueno, quizás haya exagerado un poco...), pero porque la carne es débil y no pienso llevar vida de monja. Lo que está claro es que me niego rotundamente a empezar ninguna relación que me lleve de nuevo a otro plato roto o lo que viene a ser lo mismo: mi corazón roto. Y la verdad es que no lo echo de menos; me refiero a tener pareja, ya que Dani cumple mis necesidades básicas a ese respecto. Sin sexo, por supuesto. Solo somos amigos (el beso de la boda no cuenta y las mariposas en el estómago tampoco). Si me apetece ir al cine, voy con Dani; si quiero una cena divertida, quedo con Dani; si quiero irme de viaje, pues también lo hago con Dani. En definitiva, es como tener un novio guay, pero sin discusiones, sin tener que estar siempre pendiente de impresionarle, de si le gusto, de si me sigue queriendo igual, etc. y sin necesidad de echar un polvo cuando a ti no te apetece por miedo a decepcionarlo. El único inconveniente que le veo a todo esto es que lo de ligar cada vez se me da peor... Vamos, que últimamente el único que me «explora» es el ginecólogo. Pero voy a desechar esos pensamientos de mi mente porque no quiero deprimirme, hoy estoy de buen humor. ¿A que no sabéis quién me ha enviado un WhatsApp? Pablito Martínez, el primo de Martina. Bueno, ha sido ella quien le ha facilitado mi número de teléfono. Por lo visto se lo pasó tan bien conmigo en la boda que quiere que quedemos a tomar café.

— ¿Le vas a contestar? —Pregunta Dani (porque me ha pillado por enésima vez mirando el móvil).

— ¡No!

— ¿Por qué? Y no me vuelvas a contar la historia de su cumpleaños.

—Es que me sentí humillada...

—Era un crío... Por Dios, Lolita, ya va siendo hora de que le perdones. Es solo un café. Además, a esa edad todos los críos pensamos que sois unas pesadas. Bueno, de mayores seguimos pensando igual, pero fingimos porque es la única manera de conseguir que acabéis en nuestras camas.

Le lanzo un boli con muy mala puntería, pues rebota en el marco de la puerta.

—Me acabas de convencer...

Martina también me manda un mensaje un tanto «extraño»:

«Cómo vas, Lolita? Tienes novedades que contarme? (emoticono guiño sacando la lengua)».

Lo sabe todo la muy bruja. Seguro que ha sido ella la que le ha insistido a Pablito para que me escribiera. Quiere saber si voy a quedar con él. Pues... será la última en enterarse, eso le pasa por andar haciendo de Celestina a mis espaldas.

Salgo del programa muy tarde (bueno, a la misma hora de siempre), pero no creo oportuno contestar a estas horas, así que me espero al día siguiente. Pablito se alegra mucho de que acepte su invitación y quedamos esa misma tarde antes de que yo entre a trabajar (cualquiera diría que se muere de ganas por verme). De hecho, se ofrece a acercarme a la emisora en su coche. Tiene un coche de pijos como el que tenía Carlos. Eso en un primer momento me repele, no quiero nada que me recuerde a ese tipo. Pero las comparaciones son odiosas y Pablo (no creo que sea conveniente que lo siga llamando Pablito a sus treinta años), por desgracia, es también un pijo. Es concejal (mierda doble porque somos de ideologías políticas muy distintas). Solo es un café y rápido; piensa en eso Lolita. Los pros de Pablo, que también los tiene, es que es guapo a rabiar, sonríe con facilidad, no fuma y le gusta mi programa de radio (o al menos eso dice). ¡Ah! Y conoce a mi familia y, a pesar de ello, son de su agrado. Bueno, Fran lo estuvo amenazando durante todo un curso escolar por ridiculizarme en su fiesta de cumpleaños. Pero claro, ahora son familia política, así que todo ha quedado en una anécdota divertida.

Después de todo, la cita no ha ido tan mal. Llego a la radio y Dani ya me está esperando para formular su interrogatorio.

— ¿Vais a volver a quedar?

—Si me lo pide... puede que sí. Además, ¿por qué tienes tanto interés en que conozca a alguien?

—Porque te quiero y me gustaría verte feliz.

—Ya soy feliz. Y preocúpate tú por buscarte novia, que te recuerdo...

— ¡No mientes al diablo!

La última novia que tuvo Dani era una impresora marca HP (sabéis leer entre líneas, ¿no?). Creo que es la única vez que lo he visto llorar. ¿Y sabéis por qué? Porque la «impresora» lo dejó para irse con su padre (con el padre de Dani me refiero). ¿Ahora entendéis lo que digo? Esa tía es una «impresora multifunciones de alta calidad».

Bueno y creo que ya va siendo hora de que me ponga a trabajar. Dejaré a Martina sufriendo un poquito más y contestaré a sus veinte mensajes cuando termine el programa.

«Estabas ahí por donde tantas veces he pasado,
cuando te vi sentí que Dios me dio la mano,
eres tan simplemente bella,
eres mi luna, mi doncella...

Estabas ahí, cuando la vida se me estaba derrumbando,
vi tu mirada acariciándome los labios,
fue derribando las fronteras de mi corazón».

(«Estabas ahí», **Alejandro Fernández**).

«Esta canción iba dedicada a Silvia, de parte de Rubén. ¿Puede haber una confesión de amor más bonita? Seguimos recibiendo miles de cartas de nuestros oyentes y, como no podemos leerlas todas, hemos hecho una pequeña selección para hoy».

¿Miles de cartas? Vale, puede que me haya pasado... Recibo más correspondencia de la que me da tiempo a gestionar, pero de ahí a que se cuente por millares... Hace ya dos semanas que no tengo noticias del Caballero Solitario y siento cierta decepción. Encima hoy no está siendo un buen día. Antes de empezar el programa nos reunimos con la directora, Elena, y nos organizamos. Es una cincuentona amargada, alérgica al maquillaje y a todo lo que pueda resultar mínimamente femenino. Vamos, es como hubiera sido yo de haber seguido heredando la ropa de mis hermanos;

un marimacho de la cabeza a los pies. Y hoy está más amargada que nunca porque me acaba de echar la bronca. Según ella, no empatizo con los oyentes. Debería contar un poco de mi vida privada para parecer más humana.

—Invéntate los novios; pero haz que la gente te quiera.

¿Perdona? ¿Qué me invente los novios? No me tengo que inventar nada, ¿vale? Si no tengo novio es porque yo no quiero, si quisiera me saldrían a patadas. Bueno, puede que haya exagerado un poco... Pero ahí tengo a Pablo que está loquito por mí y si todavía no estamos saliendo es porque yo quiero ir despacio, conociéndonos poco a poco. El sábado, sin ir más lejos, Pablo se presentó en mi casa del pueblo, con un ramo de flores. Fue un momento de lo más cómico.

— ¿Qué haces aquí?

Es lo primero que le solté. ¡Vale! Hubiera estado bien darle las gracias por las flores o algo de eso. Soné totalmente borde y, para acabar de arreglarlo, salió Fran detrás de mí y le soltó:

—No te esfuerces, Pablo, mi hermana ya tiene pareja.

Quise morirme en ese instante. Bueno, quise matar primero a Fran y después morirme. Pero no sucedió nada de eso. Pablo, más rojo que un tomate pese al frío que hacía en la calle, contestó:

—No sabía que tuvieras novio, Lolita.

—Sí, era el payaso ese que vino a la boda. Quizás lo confundiste con algún músico de la orquesta.

— ¡Fran, vale ya! No tengo novio.

— ¿Cómo que no tienes novio? —Gritó Fran—. ¡¿Y entonces por qué te besaste con ese gilipollas?!

— ¡Vámonos, Pablo!

Entré a por mi chaqueta y salí huyendo de Fran y su interrogatorio, llevándome a Pablo casi a rastras.

— ¿Te apetece pasear?

Bajamos hasta el río, como cuando éramos críos, y siguiendo su cauce le fui contando todo. La presencia de Dani en la boda, el motivo por el que mi hermano lo odiaba tanto, el acoso de Javi, la locura de besar a Dani para que todo fuera más creíble...

—Pero un beso con Dani no cuenta; es mi mejor amigo. Para mí es como si fuera gay.

Por la cara que puso Pablo, no se lo tragó del todo. Y tenía razones para sospechar. Ya he soñado dos veces que me besaba con Dani y, para ser un

beso sin importancia, me está dando muchos quebraderos de cabeza.

— ¿Entonces no hay nadie en tu vida? —Me preguntó.

— ¡No! Hace ya mucho tiempo que dejé de creer en los hombres.

—Perdóname, Lolita, quizás en parte es culpa mía que pienses así.

— ¿Por qué dices eso?

—Por lo que te dije en la fiesta de mi cumpleaños.

— ¡Eran cosa de críos! Ya quién se acuerda de eso...

Yo, por ejemplo, Lolita no mientas, siempre te ha dolido que te rechazara delante de todos y de esa manera...

—Tú también me gustabas, ¿sabes? De hecho... siempre me has gustado. Pero Javi y sus amigos me llamaban Nenaza y no quería que además se metieran conmigo por...

—Lo puedes decir: por ser amigo de la Marimacho.

—Por lo visto Javi tiene su merecido por todo lo que te hizo sufrir: está loco por ti y tú jamás vas a fijarte en él.

Mejor que nunca se entere que me lié con él en unas fiestas...

— ¿Me vas a dejar que siga paseándome con un ramo de flores en la mano? Me siento ridículo.

Los dos nos reímos y tomé las flores de la paz. Lo perdoné por las heridas del pasado y dejé que me besara. Ese beso con el que tantas veces había soñado de niña, se hizo realidad. No fue mágico, pero me gustó. Ahora mismo no me planteo nada, él me escribe todos los días, nos contamos cosas y... mañana vamos a cenar juntos, así es que... lo que tenga que ser será. Como dice Dani, sería bueno que levantara las barreras de mi corazón. Y con Pablo es fácil porque todavía lo veo como mi amigo de la infancia. Aparte de que no puedo negar que cuando lo tengo cerca mi cuerpo reacciona. Quiero más que un simple beso.

«El viento va peinándote,
sé que es posible que esconda su amor
bajo un rincón sin dejarse ver.

Si por un beso pones la vida,
que importa tu sexo si pones el alma
en cada gesto de amor que le dabas».

(«Como una flor», Malú).

«Amiga oyente, sigue mi consejo: Queda con él a tomar un café y dile realmente lo que sientes. Por todo lo que me cuentas, te digo con total seguridad, que él no te va a rechazar».

Me encanta esta frase: «con total seguridad». Se la he copiado a una tarotista. La mala suerte me persigue... Tenía una cita con Pablo y cogí la gripe. Estuve todo el fin de semana encerrada en casa sin salir. Dani se solidarizó conmigo y estuvimos viendo la tele y dándonos un atracón a palomitas, nachos y gominolas.

—Quita esa peli —Le dije a Dani —. Es lo peor.

—Dices lo mismo de todas.

—Es que lo son.

Al final dejamos el canal de las brujas; por lo menos era entretenido y me sirvió para copiar muchas frases para el programa.

—Cuando él le diga que solo la quiere como amiga, «nuestra querida oyente» se va a acordar de ti —Dice Dani cuando dejo de estar en el aire.

—Él la quiere, estoy segura de ello.

—Lolita, tanto ver programas de brujas te has venido arriba y ahora te crees vidente.

Le saco la lengua y lo ignoro. Fran acaba de mandarme un WhatsApp, está muy preocupado por mi hermano Antonio; parece que está atravesando una depresión. Yo sé realmente lo que le está pasando, seguramente su «amor secreto» lo ha rechazado. Dicen que un clavo saca a otro clavo y ahora mismo estoy maquinando un gran plan.

—Dani, ¿tienes algo que hacer el jueves por la noche?

—Ver la segunda temporada de Forever.

Cuando le digo que vamos a ir a la discoteca que inaugura el Búho en el centro de la ciudad, Dani me dice de todo menos bonita. Pero al final lo convengo de que me acompañe cuando le cuento mi fantástico plan. La discoteca principalmente está concebida para clientela gay. Sé que Antonio al principio se sentirá inseguro y cohibido, pero con la ayuda del Búho, lograremos que se anime a salir del armario. ¿A que es una fantástica idea?

¡Pues no! ¡Es la peor idea que he tenido en mi vida! Antonio ha dejado de hablarme y creo que he hecho algo de lo que estoy segura me arrepentiré el resto de mi vida. Mejor empiezo a contar la noche desde el principio. Nos hemos ido a cenar a un bar Dani, Antonio y yo. La cena fue bien porque

Antonio no piensa que Dani sea un payaso ni un gilipollas; de hecho, cuando le he explicado que Dani no es realmente mi novio, le ha dicho:

—Pues es una pena porque no me hubiera importado tenerte de cuñado.

Después en la discoteca el asunto se ha empezado a torcer. Nos han llevado a la zona VIP donde estaba el Búho y un montón de amigos suyos, todos gays. Era la única mujer en ese pequeño habitáculo. Antonio ha empezado a sentirse incómodo tal y como me imaginaba y me ha dicho que se iba a casa.

—Espera, vamos a tomarnos un par de copas más.

El Búho casi no nos ha prestado atención en toda la noche y eso que yo necesitaba su ayuda. Total, que Dani y yo no hemos parado de pedirnos copas ya que eran gratis y mi hermano se ha sentado en un rincón a mirar su móvil. Yo debería haber ido a buscarlo, pero la verdad es que me estaba divirtiendo mucho y no paraba de bailar con Dani.

—Es la primera vez que estoy en una discoteca y ningún tío intenta tocarme el culo. Para que les deje pasar me rozan el hombro suavemente y me piden permiso. Me siento... Un bicho raro. Podría pasearme desnuda y todos me ignorarían.

—Créeme, todos no —Dice Dani con una sonrisa picarona—. Yo no te ignoraría.

Y se ha atrevido a rozarme el culo.

—¿Qué haces?

—No quiero que te sientas un bicho raro.

Dani ha acabado rodeándome con sus brazos y, vale, debo reconocer que me faltaba la respiración.

—Somos amigos; no está bien que me toques el culo.

—No estoy tocándote el culo, acaricio tu glúteo, que es diferente.

Reconozco que al menos me ha hecho reír.

—Creo que mi plan no está funcionando; Antonio no se quiere abrir, se está aburriendo.

He ido a buscar a mi hermano y me he sentado a hablar con él, aunque no sé si ha sido buena idea hacerlo con una copa de más porque he hablado más de la cuenta.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el sitio?

—No demasiado... Lola, me has traído a una discoteca gay.

—Bueno... Quería que te sintieras cómodo, que te abrieras... Intenta conocer a otra persona, hay más hombres por el mundo.

—¿Lola, qué dices?!

—Conmigo no tienes que fingir, Antonio —He dicho tomándole de la mano —. Sé que eres gay.

— ¡¿Cómo?! ¿De dónde has sacado esa gilipollez?

—Tú dijiste que estabas enamorado de «una persona», no dijiste una mujer... Y siempre has sido... ya sabes... un poco afeminado.

— ¡Qué fuerte me parece, Lola! No esperaba esto de mi propia hermana.

Se ha levantado tirando mi copa al suelo al tropezar con la mesa y casi a gritos me ha dicho:

—Y para tu información, la persona de la que estoy enamorado es Patricia. Lamento decepcionarte, pero ¡no soy gay!

Lo ha dicho tan fuerte que todo el mundo se ha girado y nos han mirado como si estuviéramos locos.

—Antonio, espera...

—Déjalo Lola, necesita estar solo —Me ha dicho Dani.

Entonces ha llegado el Búho para saber qué ha pasado y por qué mi hermano se ha ido dando gritos. Le cuento todo y, para mi sorpresa, me dice:

—Podías haberme contado tu fantástico plan desde el principio, se nota a la legua que tu hermano no es gay.

Tengo ganas de llorar. Le he hecho daño a Antonio y encima he hecho el ridículo.

—Vámonos Dani, quiero irme a casa.

Cogemos un taxi y Dani me acompaña hasta casa. Durante el trayecto no puedo evitar que se me escape alguna que otra lágrima.

—No llores Lolita, verás que se le pasará. Dale tiempo...

— ¡La he cagado!

—Solo querías ayudarle, eso es todo.

—Pero la he cagado...

Dani me ha abrazado y me ha dicho que no le gusta verme llorar.

—Tampoco lo hemos pasado tan mal esta noche, ¿no?

—Me has tocado el culo —Le he dicho intentado sonreír.

—Te he acariciado el glúteo, que es distinto.

—Eres un perverso.

— ¿De verdad lo crees? Te vas a enterar...

Ha empezado a hacerme cosquillas y encima sabe en qué zonas de mi cuerpo tengo más. No podía parar de reírme y el taxista nos observaba por el retrovisor. Podíamos haber tenido un accidente.

—Para Dani, ¡para! —Le he dicho entre carcajadas.

Entonces, no sé cómo ha pasado, pero sus labios han acabado sobre los míos y nos hemos aferrado a ese beso con un deseo desesperado. Sus labios han acariciado los míos con pasión desenfrenada. Ha despertado en mí tal ansia y tal pasión que me he agarrado a su cuello y he profundizado ese beso con el que llevaba soñando varias noches. Así hemos estado más tiempo del que recuerdo porque, si no fuera porque el taxi ha parado en mi puerta, seguiríamos besándonos.

—Que tengas dulces sueños, Lolita.

¡Y una mierda! No he pegado ojo en toda la noche pensando en Antonio y en ese beso. Ha sido un grave error. Dicen que cuando algo pasa una vez, puede que jamás se repita, pero si pasa una segunda vez, ten por seguro que habrá una tercera; y eso realmente me asusta porque Dani es mi mejor amigo y todos los hombres con los que he tenido una relación han acabado decepcionándome. No quiero que con él me pase lo mismo, no lo soportaría. Definitivamente, no puede haber un tercer beso.

«Si alguna vez preguntas el por qué,
sabré decirte la razón, yo no la sé,
por eso y más... perdóname.
Si alguna vez maldicen nuestro amor,
comprenderé tu corazón,
tú no me entenderás,
por eso y más... perdóname».
(«Perdóname», Pablo Alborán).

«Hace una semana, hice daño a la persona que más quiero: mi hermano. A veces intentando ayudar a las personas, las herimos en lo más profundo. Lo siento Antonio, nunca quise hacerte daño y esta es mi manera de pedirte perdón».

—No te mortifiques, Lolita —Me dice Dani— Sabes que te perdonaré...

Pero el programa de radio se acaba y sigo sin tener noticias de Antonio; se niega a responder a mis llamadas y mensajes. Ha pasado una semana, la peor de mi vida, y no consigo que Antonio me perdone por mi estupidez. Dentro de todo lo malo, una buena noticia: Elena me felicita por el programa; dice que a última hora hemos subido los índices de audiencia. Vamos, que para

tener más oyentes debo hacer público que mi vida es una basura y que hago daño a las personas que más quiero.

Dani me lleva hasta casa, como todas las noches. En la radio solo ponen canciones melancólicas con inspiración navideña que lo único que consiguen es que se me salten las lágrimas.

—Lolita, te prohíbo que llores. Mañana vas a cenar con toda la familia y Antonio ya te ha perdonado.

—Yo no estoy tan segura...

—Fíjate en mí; mis navidades sí que son para echarse a llorar.

—Lo siento, Dani. ¿Y dónde vas a pasar Nochebuena?

—En mi piso. Solo. Pediré una pizza y veré la tercera temporada de Forever entera.

— ¿No te ha llamado tu padre?

—Sí, lo ha hecho... pero no quiero saber nada de ese señor.

—Lo siento, Dani.

Me pongo otra vez a llorar; esta vez pensando en lo desgraciado que es Dani por culpa de una impresora multifunciones.

— ¿Estás con la regla? Deja de llorar por todo...

— ¡Vente conmigo!

— ¿A dónde?

—Al pueblo. Pasa conmigo la Navidad, por favor.

— ¿Estás loca?! Yo no pinto nada con tu familia. Además, ¿quieres que Fran me mate?

— ¿Cómo que no pintas nada? Eres una de las personas más importantes de mi vida y quiero que mañana me acompañes. ¡Es una orden! Te prometo que Fran no te hará nada.

— ¿Y si me pone sal en la bebida? Tú misma me contaste que se lo hacía a Antonio cuando se enfadaban.

— Te prometo que no tocará la sal...

Llegamos a mi portal y le amenazo con no bajarme del coche hasta que me prometa que mañana se vendrá conmigo.

—Está bien... puedo dejar Forever para Nochevieja.

— ¡Síííí!

En mi momento de euforia, le doy un beso fugaz en los labios. De inmediato me doy cuenta de que acabo de incumplir mi promesa de: «no habrá una tercera vez». Pero Dani no parece darle importancia. Yo disimulo.

—Pasa a recogerme mañana a las diez. ¡Qué bien! Me ahorro un billete de

autobús. ¡Te requetequiero!

Entonces es él quien me besa y me pilla totalmente desprevenida. Un beso corto y fugaz, como el mío. Vuelvo a disimular porque no quiero que se note que me acaba de dejar absolutamente descolocada.

—Y yo a ti, Lolita.

Subo corriendo al piso porque hace frío y porque no quiero que Dani vea cómo me sonrojo. ¿Por qué me gusta tanto que me bese? Se está convirtiendo en algo adictivo. De pronto tropiezo con un sobre. Alguien debió meterlo por debajo de la puerta. ¡Es una carta del Caballero Solitario! Reconozco inmediatamente el sobre. Es una preciosa felicitación navideña de un nacimiento. La abro y dentro me ha dedicado una poesía, firmada por el Caballero Solitario.

«Cuando miro sus ojos, señora,
en ellos veo reflejados mi alma.
Cuando miro sus labios, señora,
ardo de deseos por besarla.
Cuando rozo sus manos, señora,
sueño con poder amarla.
Porque toda usted, señora,
se ha adueñado de mi alma.

Con toda mi admiración, le deseo que pase una FELIZ NAVIDAD».

Debería asustarme que una persona anónima, totalmente desconocida para mí, haya averiguado mi domicilio personal y me esté dejando sobres por debajo de la puerta. Pero, en lugar de ello, me siento terriblemente halagada y, esa misma noche incluso, sueño con mi caballero misterioso. Solo que en mis sueños tiene la cara de Dani y yo muero de deseo porque me robe otro beso. Pero eso solo es un sueño que a nadie más voy a contar. No quiero que piensen que he perdido la cordura. Y si Fran se entera que un oyente me envía correspondencia a mi domicilio personal, es capaz de movilizar a todos los cuerpos de seguridad del estado.

«Yo quiero que me regales
un sueño escondido
o nunca entregado.
De esos que no puedo abrir
delante de mucha gente
porque el regalo más grande
es lo nuestro para siempre».

(«El regalo más grande», Tiziano Ferro y Amaia Montero).

«Queridos oyentes, ¿ya tenéis vuestra lista de propósitos para el 2016? Tienen que ser realistas, cosas que realmente podéis conseguir. Además, tenéis que creéroslo. Y recordad: que nunca os falte una sonrisa».

Escuchar esta canción hace que se me salten las lágrimas. Recuerdo los

últimos días y estas, sin duda, son las peores navidades de toda mi vida desde que faltaron mis abuelos. Fran fue de lo más borde con Dani; el pobre estuvo superincómodo toda la noche. Encima Fran le amenazó diciendo que si volvía a besar a su hermana, o sea a mí, le saltarían los dientes. Si Fran supiera... Al final discutí con él porque me harté y le dije que yo era libre de besar a quien me diera la gana. Al final mi padre dio un golpe sobre la mesa (no lo hacía desde que tenía quince años), y sentenció: «¡Aquí se acaba la discusión! Ahora mismo me vais a decir por qué estáis enfadados los tres». Pero esto último lo dijo solo mirando a Antonio. Y mi hermano saltó enseguida.

—Me gustaría saber cuántas personas en esta mesa piensan que soy gay, además de mi «adorable hermanita».

Se hizo el silencio sepulcral hasta que el tonto de Fran preguntó:

— ¡Ah! ¿No lo eres?

Antonio se levantó de golpe y, lanzando su servilleta sobre la mesa, nos gritó a todos:

— ¡Qué asco de familia!

Salió del comedor como alma que lleva el diablo. Mi madre fue tras él inútilmente porque Antonio abandonó la casa en menos de cinco segundos. Dani me dijo: «Dejádmelo a mí». Y fue tras él. Es la única persona con la que ha consentido hablar esta semana. Antonio no quiere saber nada de mí ni del resto de mi familia. Creo que tengo suficientes motivos para llorar.

—No te pongas así —Me dice Dani interrumpiendo mis recuerdos—. Verás que muy pronto todo se solucionará.

— ¿Me prometes que vas a cuidar de él?

—Igual que lo he hecho siempre contigo, Lolita.

Dani me abraza y hace que me sienta mucho mejor. Antonio va a pasar la Nochevieja con Dani; al menos sé que va a estar con alguien de mi absoluta confianza, que cuidará de él. Pero por otro lado temo a la cena familiar. ¡Pobre mi madre! Lleva un disgusto encima... ¡Vaya forma de recibir el nuevo año!

Después de la cena, nos vamos a comernos las uvas a la verbena que hacen en el salón de baile. Me he puesto unos vaqueros y un suéter plateado; con el frío que hace sería absurdo ponerse mona para luego pasarme cuatro días en cama. Total, no tengo a nadie a quien conquistar. O... tal vez sí... Aparece por la puerta Pablo, todo trajeado con chaquetón negro y bufanda blanca; parece el protagonista de Forever. Inmediatamente me pongo nerviosa, no sé por

qué... Y más cuando Martina me susurra al oído: «Esta es tu noche». Pablo viene directo hasta mí. Me da dos besos y yo me ruborizo.

—Esta noche estás preciosa —Me dice.

Cuesta creerlo, pero me encanta que piense que es así.

— ¿Te puedo invitar a una copa?

—Por supuesto.

Ya que la cena finalmente no pudo ser... Por lo menos una copa... y lo que surja. ¡Esta noche voy a por todas! En la barra nos encontramos a Patricia y me pregunta por Antonio.

—Le felicité la Navidad, pero ya no he sabido nada más de él. Es muy raro que no esté aquí.

—Está en una fiesta con un amigo de la radio.

— ¡Ah!

Suena entre decepcionada y sorprendida, no sabría definirlo. Pero para sorpresa la mía cuando me presenta a su novio. Entonces empiezo a comprender muchas cosas. ¡Pobre Antonio! Por lo que dijo, está enamorado de Patricia y ahora ella se va a casar con otro. Nos despedimos de ella y su acompañante, y pedimos nuestras bebidas.

—Por cierto —me dice Pablo—, ya tengo mi lista de propósitos tal cual sugeriste en la radio.

—No me digas que escuchaste mi programa...

—Sí, me encanta oír tu voz antes de acostarme —Esto lo dice apenas en un susurro, tan cerca de mi oído que hasta me tiemblan las piernas.

El concejal de fiestas anuncia por el micrófono que ya podemos preparar nuestras uvas porque en diez minutos darán las campanadas. Salimos todos a la plaza en donde hace un frío que te pelas. Pablo me rodea con su brazo y siento un hormigueo por todo mi cuerpo. Sé perfectamente lo que es... Pablo me gusta muchísimo y, como no me bese esta noche, te juro que lo mato.

—Como te iba diciendo... Ya tengo mis propósitos por el 2016. ¿Quieres saber cuáles son?

—Sí, claro.

—Enamorarte.

Me deja totalmente sin palabras. ¡Vale, sí! Pablo me gusta mucho, pero hablar de amor... Es una palabra muy grande que comprende muchas cosas. La última vez que me enamoré, me destrozaron el corazón. Definitivamente no estoy preparada para volver a enamorarme. Entonces todo el mundo empieza a gritar y nos giramos instintivamente a mirar el reloj del

campanario. Ya son las doce. Suenan las campanadas y nos comemos las uvas; todo con tal de retrasar el momento de tener que darle una contestación a Pablo.

— ¡Feliz año nuevo, Lolita!

Sin darme tiempo a responder, Pablo me cierra la boca con un beso. Un beso que me encanta. Voy a dejarme llevar y que sea lo que Dios quiera.

«Mi amante amigo,
me he enamorado como nunca te había dicho,
y ya no puedo compartir nada contigo.
Perdóname, perdóname.
Mi amante amigo,
mi viejo profesor de tantas cosas,
tan bellas, tan distintas, tan hermosas.
Perdóname, perdóname... mi loco amor».
(«Mi amante amigo», Rocío Jurado).

«Hoy es la noche de la ilusión, de regalar amor, esperanza, sonrisas... Todos esperamos abrir algún regalo, pero recordad: lo importante del regalo no está en el interior, sino en las manos que te lo han entregado».

Antes de que me lo digáis, sí, he copiado la frase de Facebook; pero no por ello deja de ser verdad. Sobre mi mesa descansa un pequeño paquete. No puedo dejar de mirarlo y sonreír tontamente. Hoy ese regalo, en apariencia tan insignificante, me ha hecho la mujer más feliz del mundo. Es de mi hermano Antonio.

—Creí que Antonio era el único cuerdo de los tres hermanos, pero veo que me equivoqué. ¿Quién regala un dedo de escayola? —Dice Dani trayendo mi café.

—Es el dedo de santa Bárbara. Mil gracias.

Dani no lo entiende, sin embargo, para mí es muy significativo. Cuando tenía aproximadamente ocho años, al párroco de la iglesia se le ocurrió organizar un belén viviente. Mi papel era el de pastorcilla porque mi madre se emperró en que así fuera, pero yo estaba muy disgustada porque quería ser lavandera como Martina. Así que iba muy enfadada a los ensayos en la parroquia y, un día (sin querer obviamente), le metí un balonazo a la imagen de santa

Bárbara. Nos habían prohibido que entráramos con cualquier tipo de esférico a la iglesia, pero yo en mi rebeldía, me salté esa norma a la torera. Escapé de allí como alma que lleva el diablo. Cuando el párroco descubrió que a la imagen de santa Bárbara le faltaba un dedo, quiso saber quién había sido el hereje que cometió tal atrocidad. Yo, por supuesto, no confesé mi culpa (antes muerta), y el padre Javier nos tuvo a todos castigados en la sacristía hasta que vinieron a buscarnos nuestros padres. Ahora sé que Antonio lo sabía todo desde el principio y pagó el castigo por protegerme. Dentro de la cajita no solo viene el dedo amputado de santa Bárbara, también lo acompaña una carta en la que Antonio me pide disculpas y me dice que soy muy importante en su vida, aunque todavía tiene deseos de matarme cada vez que recuerda el momento tan bochornoso que le hice pasar en la fiesta gay.

—De nada. Ahora te toca a ti invitarme a churros con chocolate.

— ¡Eso está hecho! Pero no te daba las gracias por el café. No sé lo que le hayas dicho a Antonio, pero... Me alegro de que seáis amigos, le has devuelto la sonrisa.

—Ha sido mi obra benéfica del nuevo año; criarse junto a una loca como tú y un energúmeno como Fran, debió de ser muy duro —Dice sacándome la lengua.

—Te estás jugando un chocolate con churros...

Después de que acabe el programa, nos vamos a dar una vuelta por el mercado de navidad, aunque ya tengo todos mis regalos guardados en la maleta (mañana temprano cojo el autobús porque me esperan en casa para comer). Dani desaparece misteriosamente y me pide que mientras vaya buscando mesa en la cafetería. Suena mi móvil. Es Pablo. No esperaba una llamada suya a las dos de la madrugada; además, hasta el sábado no íbamos a vernos.

— ¿Dónde estás? Te echo de menos.

Se me dibuja una sonrisa tonta en la cara. ¿A qué chica no le gusta que un hombre de anuncio le diga esas cosas? Le cuento que estoy con Dani en el mercado navideño y me dice que en quince minutos pasa a buscarme. Cuando termino mi conversación con Pablo, regresa Dani. Trae un paquete y lo deposita sobre la mesa.

—No te emociones, Lolita, no es ningún miembro amputado de un santo.

— ¡Tonto! No me tenías que regalar nada...

Dani no es nada detallista y lo de hacernos regalos no va con nosotros. Sea lo que sea, me ha llegado al corazón.

—Son unos guantes táctiles —me dice antes de que pueda abrirlo- para que puedas escribir en el móvil sin tener que quitártelos.

— ¡Gracias! Sabía que en el fondo eres todo un caballero. Además, ese nuevo look te sienta muy bien; ya no pareces recién salido de Supervivientes.

Dani se ha cortado el pelo y, aunque sigue llevando barba, ya es solo de tres días. Está absolutamente irresistible. Vale, que eso no debería decirlo yo... pero las chicas se van a volver locas cuando lo vean. ¡Oh, ooooh! Esta parte es la que menos gracia me hace... Lolita, deja de pensar tonterías, tú tienes novio (o algo parecido).

—Ha sido idea de tu hermano; él también sabe dar buenos consejos.

— ¿Hay algo que no me has contado? —Digo con sonrisa picarona—. ¿Una chica tal vez?

Intento parecer entusiasta, pero en el fondo no sabéis lo que me fastidia. ¿Dani se ha fijado en una chica? ¡¿Qué chica?! Porque eso a mí me relega a un segundo plano y definitivamente no me gusta. En mi momento de «amiga celosa» me olvido por completo de que Pablo viene de camino; hasta que vuelve a sonar mi móvil.

—Es Pablo —Le digo a Dani—. Viene a buscarme.

— ¿Estás saliendo con él?

—No lo sé... supongo...

—Me alegro por ti, Lolita.

Nos abrazamos muy fuerte; como si se tratara de una despedida muy larga.

—Gracias —Le susurro al oído—. Te prometo que te pagaré el chocolate con churros otro día. Ojalá esa chica se fije en ti; no sabe la suerte que tiene de haber encontrado un chico como tú.

No puedo decírselo mirándole a la cara. Así que me vuelvo a abrazar a su cuello y contengo estas estúpidas ganas que tengo de llorar. A veces los sentimientos son muy extraños porque en verdad quiero alegrarme por Dani, pero siento que acabo de perderlo y eso duele. Vuelve a sonar mi móvil; Pablo ya me está esperando. Él es mi destino; al menos el que he elegido y debo ser consecuente.

«Y busqué entre tus cartas amarillas
mil te quiero, mil caricias,
y una flor que entre dos hojas se durmió.

Y mis brazos vacíos se cerraban
aferrándose a la nada
intentado detener mi juventud». **(«Cartas amarillas», Nino Bravo).**

«Esta última canción nos la pedía el Caballero Solitario. Iba dedicada a la mujer que se ha adueñado de su corazón. Queridos oyentes, aquí finaliza nuestro espacio EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE. Se despide de todos vosotros Lola Cupido. Os espero mañana a la misma hora. Buenas noches».

Hoy el Caballero Solitario ha vuelto a enviarme una rosa roja con una simple nota en la que pedía la dedicatoria del tema de Nino Bravo. Es una canción triste; habla del pasado. Así me siento respecto a Dani, como si ese lazo especial que nos unía ya fuera cosa del pasado. Esta semana prácticamente me ha ignorado. Solo hablamos de cosas intrascendentales y, cuando subimos al coche, enciende la radio y hacemos el camino en silencio. No sé por qué está tan raro conmigo... Pablo me manda un WhatsApp; esta noche pasará a recogerme. Se lo digo a Dani y parece que le dé igual; básicamente me ignora. Un buen rato después, sin venir a cuento, me pregunta:

— ¿Qué tal te va con Pablo?

—Bien...

—Me alegro.

Ha sonado tan convincente como yo. Eso de que con Pablo me va bien... bueno, solo espero que mejore. Esa cena que tanto había esperado fue penosa. Primero porque Pablo habla demasiado de política y yo me tengo que morder la lengua para que no acabemos discutiendo. Me llevó al restaurante más caro en el que he estado en toda mi vida. ¡Pagó doscientos euros por la cena! Y creedme si os digo que en el bufé libre del wok se come tres veces más. Me puse el vestido más caro y elegante que tengo y, aun así, me sentía la protagonista de Pretty Woman la primera vez que entra en la boutique y la echan a patadas. Todas las miradas se centraban en mí. Señoras con pelos cardados, bótox hasta en las cejas y pedruscos en cada dedo de sus manos, se atrevían a juzgarme y crucificarme con solo una mirada.

— ¿Te gusta el restaurante? —Me preguntó Pablo—. Es el mejor de toda la ciudad; no sabes lo que me costó reservar mesa.

¡Noooo! No me gusta nada.

—Sí, es muy bonito. Muy fino, pero... me siento observada —Le dije en voz

baja.

—Eso es porque se mueren de envidia. Eres la mujer más hermosa de todo el restaurante.

—Por lo menos la más joven —Intenté bromear.

Los dos nos reímos y Pablo pidió vino para que me relajara. Un vino carísimo, pero debo ser una mujer con poco gusto porque me sabía a vino de sacristía. Me consolé pensando que después de la cena iríamos a tomar una copa a otro lugar más cómodo. Pero la realidad fue que el vino se me subió a la cabeza y me dolía horrores. Pablo acabó llevándome de regreso a casa y ni si quiera lo invité a subir a mi piso porque estaba deseando tomarme un ibuprofeno y cerrar los ojos. Y sí, puedo decir oficialmente que la cita fue un completo desastre. Pero Pablo es tan atento conmigo... Además, me gusta mucho. Quiero pensar que lo nuestro sí puede funcionar. Solo es cuestión de tiempo y no precipitarnos.

—Oye, ¿y tú con la chica esa cómo te va? —Le pregunto a Dani.

— ¿Qué chica?

—Bueno, este cambio repentino en tu persona se debe a una chica, yo creí...

—No hay ninguna chica.

Me dan ganas de saltar y de bailar la Macarena. Vale que esto no es de ser muy buena amiga, pero... es lo que siento.

—No me lo puedo creer... Seguro que hay alguna chica por ahí a la que le has echado el ojo.

Dani se queda pensativo. ¡Mierda! Sí que la hay, ¿para qué narices pregunto?

—Bueno... Tengo vecinita nueva. Es estudiante.

— ¡Una cría!

—Pero no está nada mal... Igual el sábado la invito a cenar y a ver una película en mi cómodo sofá.

— ¡Oh! Me parece una fantástica idea.

Espero no haber sonado tan irónica como lo estoy siendo. Dani y yo recogemos y me acompaña hasta la puerta en donde ya me está esperando Pablo. Me recibe con un beso y un ramo de flores y se queda un poco parado al ver que ya llevo una rosa roja.

—Creo que alguien se me ha adelantado.

—Es de un oyente; me las envía muy a menudo.

— ¿Entonces debo sentirme celoso?

—Lola Cupido rompe muchos corazones —Dice Dani tras de mí.

Entonces reparo en su presencia y me da un poco de corte que nos haya visto

besarnos. No es que sea nada malo, pero... hace un par de semanas lo besé a él. Es un poco raro... aunque solo seamos amigos. Los presento y Pablo insiste en que Dani se venga con nosotros a tomar una copa. No sé si esto será una buena idea, pero... ¡qué remedio! Dani acepta, así que ya veremos cómo acaba la noche...

«Me devolviste la ilusión,
la emoción de vivir,
de volver a soñar despierto
y sentir que puedo tocar el cielo
si estás aquí.
Gracias a ti por existir,
gracias a ti podré seguir
y valió la pena hacerlo».
(«Gracias a ti», Carlos Rivera).

«La canción que acabamos de escuchar se la dedicaba Pablo a su novia Lola. Porque la mejor decisión de su vida fue pedirle que le dejara entrar de nuevo en ella».

¡Qué vergüenza! Menos mal que esto no es la televisión, porque entonces el público vería los colores en mi cara ardiente. Tengo hasta sudores fríos. De reojo puedo ver a Dani detrás de la cabina cómo se está muriendo de la risa. Ahora ya sé lo que sienten mis oyentes cuando alguien les dedica una canción. Ha sido superromántico; debo reconocerlo. Y el gesto me ha hecho sentir mariposillas en el estómago, pero por otro lado pienso: «¡Dios mío! Que nadie más aparte de Dani sepa que esa Lola soy yo. ¡Qué vergüenza!». Pego un sorbo a mi café para que se me pase este mal trago. ¡Está asqueroso! — ¡Qué le has hecho a mi café? — Casi le grito a Dani.

Él sigue riéndose y me señala la mesa sobre la que descansa un sobre de azúcar intacto. No puedo dejarme llevar así por mis sentimientos. Y menos en mi puesto de trabajo, ahora que están subiendo las audiencias. Debo centrarme. Me llega un WhatsApp de Pablo: «¿Te ha gustado la canción? (emoticono ojos con corazones)».

«¡Sí! Es preciosa (emoticono ojos con corazones). ¡Me encanta Carlos Rivera!».

«La letra lo dice todo. Te quiero (emoticono besucón)».

¡Mierda! ¿Por qué me ha escrito eso? Hay personas a las que les encanta regalar «te quiero». Como por ejemplo esas amigas que suben al Facebook una foto de su noche de borrachera y ponen: «Amigas forever...TE QUIERO». Y al mes dejan de hablarse. O esas otras que finalizan todos sus mensajes con un: «te quiero». «¿Vamos a la playa? Te quiero». «¿Compro el pan? Te quiero». «¿Has sacado a pasear al perro? Te quiero». «Me tienes asfixiada, necesito espacio; es mejor que lo dejemos. Te quiero». ¿Por qué la gente banaliza la palabra «te quiero»? Porque un «te quiero» suena a posesión, ¿no? O a necesidad... Me gusta mucho más cómo suena en italiano: «Io ti voglio molto bene». Porque estás diciendo: «Yo te quiero bien, deseo lo mejor para ti». Y con esto llego a la conclusión de que es imposible que Pablo me quiera. ¡Vale, sí! Es mi novio... obvio. Pero si lo analizamos, no nos hemos visto más de diez veces y nuestra primera y única cena romántica fue un auténtico desastre (por no hablar de... bueno... de eso... vamos que no hemos intimado por el momento). ¡Y va y me suelta «te quiero»! Tengo que contestarle... ¿Qué le digo?

«"La letra es preciosa (emoticono sonriente). Por cierto, Dani se viene con nosotros en el coche (emoticono sonrisa forzada). Mi hermano Antonio lo ha invitado a las fiestas este fin de semana».

«¿Y por qué no se va con él? (Emoticono cara de susto)».

«Porque Antonio ya está en el pueblo; hoy no trabajaba».

«Me cobraré este favor especial... (emoticono sacando la lengua). Te quiero (emoticono besucón)».

¡Otra vez!

«Estoy en el aire (emoticono besucón)».

Así corto la conversación. Lo peor de que Martina sea la prima de Pablo, es que no me puedo desahogar con ella y a Dani tampoco le puedo hablar de mi novio porque, definitivamente, no se soportan. Las copas de la otra noche no fueron el acercamiento que yo esperaba. Dani se refiere a Pablo como el Meapilas. Le he dicho mil veces que no lo llame así y él siempre se defiende diciendo que no lo dice con maldad.

—Y para tu información, ese mote se lo pusieron tus hermanos.

No sé por qué no me sorprende... Tras la humillación pública que sufrí en el cumpleaños de Pablito, mis hermanos querían vengarse. Un domingo en misa, cuando a Fran le tocó hacer de monaguillo junto a Pablo, no sé qué le haría o qué le diría, pero corrieron ciertos rumores de que Pablito se hizo pis

encima en mitad de la homilía.

—No pienso subirme en el coche de tu novio. No puedo estar tanto tiempo escuchando gilipolleces.

—Sé que tiene la fea costumbre de hablar de política; te entiendo, Dani. Yo también me tengo que morder la lengua muchas veces. Pero Pablo también tiene muchas cosas buenas.

—Lo quieres, ¿verdad?

—Estoy saliendo con él.

—Eso no responde a mi pregunta.

Miro a Dani a los ojos y de repente me encuentro perdida. Veo tristeza; la misma que siento yo... no sé por qué. Hace que me tiemblen las piernas y tengo que apartar la mirada.

—Bueno, entonces te vienes con nosotros y no se hable más.

Abro el micrófono y entro en el aire. Dani, no te puedo dar una respuesta porque ni yo misma lo sé.

«Hasta que te conocí vi la vida con dolor,
no te miento fui feliz pero con muy poco amor.
Y muy tarde comprendí que no te debía amar
porque ahora pienso en ti, más que ayer, y mucho más».
(«**Hasta que te conocí**», **Marc Anthony**).

«Acabamos de escuchar este gran éxito del rey de la salsa. Se lo dedicaba Dani a su amiga Elsa; por el inicio de una hermosa amistad».

¡Por Dios, voy a vomitar! Cuando Dani me ha pedido que le dedicara una canción de Marc Anthony a su «amiguita» porque es fan incondicional del cantante, pensaba que no hablaba en serio. Pero por lo visto sí. Me ha pasado un post-it con la frasecita cursi que tenía que decir. ¿De dónde la habrá sacado? Dani jamás diría «hermosa amistad»; esto seguro que es cosa de mi hermano Antonio, pues pasan demasiado tiempo juntos últimamente. ¿Y qué nombre es ese? ¿Elsa? ¿Quién es, la reina de hielo? Cuanto más me habla de ella, peor me cae; lo siento, pero no lo puedo evitar. Es estudiante de danza contemporánea, arte dramático o algo de eso. Tiene veinte años... vamos, que hace relativamente poco que tomó su primera comunión. Yo creo que está arrimándose a Dani porque, como trabaja en la radio, espera que la enchufe en algún casting o algo parecido. ¡Pues lo lleva claro! Pero vamos... que esto solo es una de mis teorías (aunque el tiempo acabará dándome la razón). Ligarse a Frozen fue bastante fácil, según alardea Dani (otra vez ganas de vomitar). Porque la niña no tiene tele y Dani se ofreció a que vieran su serie favorita desde el cómodo sofá de su casa, y ya de paso la invitó a cenar. ¿Dani viendo Velvet? Además, ¿a esas horas las niñas de su edad no tendrían que estar en la cama? No lo digo yo, lo decía la familia Telerín.

— ¿Estáis saliendo juntos?

Aunque me fastidia hacerle tal pregunta, se la hago, quiero saber exactamente qué pinta Frozen en la vida de mi amigo.

—Estamos trabajando en ello —Me contesta con una sonrisa socarrona.

¡Vale! No tengo por qué mosquearme... Dani tiene derecho a ser feliz, ¿no? Es tu amigo, Lolita, ¡alégrate! ¿Pero de verdad que no ha podido encontrar otra chica mejor que Frozen? Después de la Impresora multifunciones... esto va de mal en peor... Recibo un WhatsApp de Patricia. ¡Qué bien! Ha aceptado comer mañana conmigo. ¡Perfecto! Mi plan marcha sobre ruedas.

Pero, mejor os cuento lo que pasó en las hogueras de San Antón y así sabréis en qué consiste mi plan y podréis entenderme un poquito mejor.

Cenamos en casa de Patricia porque la imagen del patrón pasaba precisamente por su calle y así pudimos encender una hoguera. Su novio no estaba porque se había ido a esquiar con unos amigos. Por el tono de voz en el cual lo dijo, deduzco que muy contenta no es que estuviera con la decisión de su novio. El que sí estaba pletórico de felicidad era mi hermano Antonio. ¿Cómo pude siquiera llegar a pensar que era gay? Si no hay más que ver la forma en que mira a Patricia... con cada gesto, cada palabra, cada pequeño contacto, cada furtiva mirada, le está diciendo a gritos: «te amo». Y ya sabéis cómo soy yo... Después de tres mistelas, Patricia empezó a largar de su novio y yo por supuesto le sonsaqué toda la información necesaria para poner en marcha mi plan. ¡Sí! Se me encendió una lucecita que me anunciaba que Patricia y su novio no llegaban a primavera porque él es tonto de remate y Patricia, aunque todavía no lo sabe, está enamoradísima de Antonio. ¿Que por qué lo sé? Pues porque ella también con cada gesto, cada palabra, cada contacto, cada furtiva mirada, le está gritando: «te amo». ¿A que es genial? Y bueno, además, en su momento de embriaguez absoluta se abalanzó sobre mi hermano y, abrazándolo en plan hermano oso, le dijo:

—Te he echado tanto de menos... Ya casi no pasas tiempo conmigo y no me escribes a diario. Yo quiero que todo vuelva a ser como antes. ¿Por qué ahora lo prefieres a él? —Dijo señalando a Dani.

—Le doy mucho amor —Bromeó este e, imitando a Patricia, le dio a mi hermano otro efusivo abrazo.

Antonio se rio, aunque parecía un poco incómodo. Pero no debía estarlo mucho porque les siguió la broma.

— ¡Para! Que se van a pensar que soy gay.

—El segundo Hermosilla que me ligo —Proclamó Dani—. ¡Soy un crack! Solo me faltas tú, Fran.

Mi hermano, que sigue sin tragar a Dani, puso cara de pocos amigos y le contestó:

— ¡Vete a la mierda!

Y mi novio, sin mucha gracia, aunque pretendió sonar gracioso, amenazó a Dani con cortarle el miembro viril si volvía a besarme. Me llevé a Pablo de allí antes de que empezara a correr la sangre.

— ¿Dónde vamos?

Ese no era el camino de mi casa. Puede que se me hubiera subido un poco la

mistela a la cabeza, pero no tanto como para no acordarme...

—Te he preparado una sorpresa.

Acabamos en su casa. Bueno, concretamente en el jardín de su casa. Sus padres no estaban porque seguían en las hogueras. ¡Mejor! Todavía no habíamos hecho las presentaciones formales (aunque los conozco de toda la vida) y no estaba en mi mejor estado para que les dijera a sus padres: «Mamá, papá, ¿os acordáis de Lolita la Marimacho? ¡Ahora es mi novia!». Ya veía a su madre desmayándose... Odia a todos los Hermosilla desde que Pablo se meó encima en mitad de la homilía por culpa de mis hermanos. Bueno, a todos no los odia, a Fran lo soporta porque es el marido de Martina, su sobrina, que si no... Lo acompañé hasta la parte trasera de la casa y entramos en el garaje. Cuando encendió las luces, no podía creer lo que veían mis ojos. Había velas por todas partes y una cama improvisada ocupaba todo el espacio. Estaba perfumada con un montón de flores que la cubrían. Pensaba que este tipo de cosas solo pasaban en las películas. Me quedé sin palabras.

—Lola, esta noche quiero que seas mía.

Pablo me aprisionó entre sus brazos y, con caricias y besos, fui deshaciéndome por dentro. Yo también estaba deseando perderme en su cuerpo y morir de placer mientras devoraba con besos cada rincón de mi cuerpo. Por fin las cosas empezaban a funcionar entre nosotros. Había algo con lo que conectábamos plenamente. Salvo por un pequeño detalle (un detalle sin importancia), que no puedo sacarme de la cabeza. ¿Por qué no se quitó los calcetines? Un hombre desnudo en calcetines es... un poco... no sé... ¡No se quitó los calcetines! ¿Vosotros me entendéis, no? Esa es otra de las razones por las que voy a quedar con Patricia: necesito alguien con quien hablar de mi relación y que sepa aconsejarme. Definitivamente con Dani y Martina no puedo contar por motivos obvios.

«Eres todo en mí
y llevo entre mis labios
todo tu sabor.
Eres todo en mí,
por siempre y para siempre
desde que te vi.
Nunca más tendré

temor pues con tu amor
volví a sentir y a renacer».
(«Eres todo en mí», Ana Gabriel).

«La canción que acabamos de escuchar forma parte de la banda sonora de la película Baila conmigo, seguro que las mujeres la recuerdan por su intérprete masculino: Chayanne. Esta última canción se la dedicaba Antonio a su amiga Patricia, por cada uno de los buenos momentos vividos a su lado».

—Lolita, mira que te gusta arriesgar... —Me dice Dani mientras recojo los papeles de mi mesa.

El programa ha finalizado por hoy. De acuerdo, era un riesgo que tenía que correr, pero el fin justifica la causa. Y así se lo hago saber a Dani.

—Tu rol de Lola Cupido se te está yendo de las manos. Deja a Patricia y a Antonio que resuelvan sus asuntos amorosos ellos solos.

—No; porque entonces están predestinados a ser los eternos amigos.

Iba a añadir: como nosotros. Pero me callo porque no sé ni por qué he tenido ese pensamiento.

—Además —sigo diciendo—, Antonio no escucha mi programa y menos a estas horas; por el contrario, Patricia sí, que es lo que realmente me interesa.

— ¡Tú misma! Vas a acabar mal y lo sabes.

— ¡Va! Recoge y vámonos ya que estoy muerta y necesito dormir.

Pero no pego ojo en toda la noche. Me imagino las distintas formas en las que Antonio puede castigarme si se entera de lo que he hecho y, sinceramente, ¡ya estoy arrepentida! No tengo derecho a meterme en su vida de esa manera. Dani al final va a tener razón; ¿quién me he creído que soy, la maldita Lola Cupido? Porque Lola Hermosilla no tiene ni puñetera idea del amor. Estoy hecha un lío y todo por unos simples calcetines. Pero entonces me acuerdo de Patricia, de la conversación que tuvimos y pienso: «¡Qué leches! Es mi hermano, aunque después probablemente me odie, voy a hacer todo lo que esté en mi mano por verlo feliz con la chica que él ama»; que, por otra parte, ella corresponde totalmente a esos sentimientos aunque se haga de rogar. Entre ellos solo se interpone un pequeño detalle sin importancia: el novio de Patricia. Pero vamos, que eso en un par de semanas (un mes a lo sumo) lo soluciono. Finalmente me quedo dormida recordando momentos de la conversación tan profunda que tuve con Patricia.

— ¿Alguna vez ha pasado algo entre tú y mi hermano?

Se sonrió y se sonrojó, todo al mismo tiempo.

—Hace tantos años ya, que seguramente él no lo recuerde... Fue un día de San Valentín, de esos asquerosos que todas nuestras amigas felizmente emparejadas tenían con quién celebrarlo, y yo me iba a quedar en casa sola, viendo películas patéticas de enamorados, lamentándome por mi mala suerte en el amor, mientras devoraba un brownie de chocolate.

Me fue inevitable pensar: «Esta es de las mías, loca por las tartas».

—Entonces Antonio me llamó y me propuso que hiciéramos algo divertido esa tarde. Acabamos en un bar en el que organizaban citas para singles con motivo de San Valentín. Pensamos en probar porque al menos nos reiríamos un rato. Antes de la cena teníamos que contestar un test para que las organizadoras determinaran nuestro perfil. Cenamos todos juntos; éramos unas treinta personas. Después nos fuimos reuniendo en un privado para conocernos mejor. Teníamos quince minutos cada uno para conocernos y puntuarnos. Al final de la noche acabamos todos bailando juntos y riéndonos, pues nadie se tomó en serio el juego. Las organizadoras dieron los resultados cuando ya todos estábamos eufóricos a causa de la barra libre y, para nuestra sorpresa, Antonio y yo éramos la pareja ganadora. Según esos benditos test, nuestra compatibilidad era del 100%. Nos regalaron un fin de semana en un spa. La gente empezó a aplaudir y vitorearnos: «¡Que se besen! ¡Que se besen!». Y, claro, no nos hicimos de rogar. Nunca olvidaré ese beso porque, Lolita, no te voy a mentir, lo llevaba esperando mucho tiempo. Pero, después de eso, Antonio hizo como si nunca hubiera pasado; muy a mi pesar... A veces pienso que esa noche nunca existió y fue solo un sueño.

¡Oh, Dios mío! Todo eso me sonaba de algo... Son tan parecidos a Dani y a mí... Lolita, ¡tienes novio! Se llama Pablo. Te gusta tu novio y quieres que por una vez en la vida la relación funcione. Le conté lo de los calcetines porque necesitaba desahogarme con alguien y no me esperaba su respuesta:

—Si quieres a alguien de verdad, eres capaz de hacer el amor incluso con ropa. Así que esos calcetines son muy significativos, Lola. ¡Plantéatelo!

«Besa el torrente de ilusiones,
bésame todas las pasiones,
besa mi río hasta su desembocadura,

besa mi vida y mis cenizas
y me dirás que voy deprisa,
besa mis días y mis noches,
mi diluvio y mi cielo a pleno sol».
(«Bésame la boca», Ricardo Montaner).

«Sí, amigos oyentes, se acerca el día de San Valentín y hemos recibido un aluvión de dedicatorias; intentaremos complacer a todas. ¿Tenéis algo que decirle a esa persona especial? Podéis poneros en contacto conmigo mediante correo electrónico, WhatsApp o correo ordinario. Soy Lola Cupido y estaré encantada de ser vuestra Celestina en el amor».

No os penséis que esa frase es mía ni mucho menos. Ha sido cosa de la jefa que está muy pesadita con esto de San Valentín. Dice que es nuestro momento para subir los índices de audiencia. Y lo que estoy es saturada de tantos correos y WhatsApp. Dani y yo estamos haciendo horas extras; hasta han organizado un programa especial para el domingo. No es que tuviera ningún plan especial con Pablo, pero ya puedo ir olvidándome porque curro. La única persona que sigue utilizando correo ordinario es el Caballero Solitario. Un repartidor me ha traído un hermoso ramo de flores compuesto por doce rosas rojas. Acompañado de una tarjeta: «Gracias por escucharme siempre; eres una mujer maravillosa».

—Firmado: El Caballero Solitario —Lee Dani por mí—. ¡Qué bien! Ya tienes un psicópata, Lolita.

Le arrebató la tarjeta. Alguien que escribe cosas tan bonitas no puede estar loco; tengo una corazonada al respecto.

—Este señor debe ser una persona maravillosa y estaría encantada de conocerlo. Aunque ya me lo imagino... Seguramente sea un viudo de setenta años que, pese a los duros golpes de la vida, sigue conservando su vena romántica.

—Ya... Un loco que se ha obsesionado contigo y cualquier día entra en tu casa para robarte la ropa interior.

Menos mal que no le hablé de la felicitación navideña que recibí en mi domicilio.

Llega otro repartidor con flores; también para mí.

—Esto ya parece un cementerio —Se queja Dani.

Yo voy directa a buscar la tarjeta, aunque me imagino de quién son; esto es

típico de Pablo.

«Preciosa, feliz San Valentín por adelantado. Prepara la maleta para el fin de semana porque mañana a las 10h. te secuestro. Un beso».

¡Vaya! No ha puesto «te quiero». Tanto soltármelo a cada rato y va y se le olvida ponerlo en la tarjeta. ¡Me voy de fin de semana romántico! ¡Sí! ¡Mierda! Tendré que decirle que trabajo el domingo.

—Yo no sé qué regalarle a Elsa.

De repente escucho lo que dice Dani y me olvido de mi plan romántico por unos minutos. ¿Por qué tiene que hacerle un regalo de San Valentín a Frozen?

—¿No es un poco pronto para hacerle un regalo de enamorados?

—Bueno, quiero que sea solo un detalle; algo sin demasiada carga sentimental.

—Regálale los cromos de las princesas.

—Muy graciosa, Lola...

Mi fin de semana romántico empieza un poco regular; sobre todo cuando descubro que Pablo me ha llevado a un congreso político.

—Ya verás lo bien que lo pasamos, cielo —Dice besándome en el cuello—. Te he contratado un circuito de cuatro horas. Espero que lo disfrutes mucho.

—¿Y tú no vienes?

En esos momentos, las alarmas se encienden en mi cabeza y algo en mi interior empieza a resquebrajarse.

—Tengo una reunión muy importante; pero nos vemos en la comida.

Cuando cierra la puerta tras de sí, no puedo evitar ponerme a llorar. Esto no era lo que yo tenía en mente. Le mando un mensaje a Patricia y esta me tranquiliza haciéndome ver que Pablo hace todo esto para poder estar conmigo porque, de lo contrario, por nuestros trabajos, no nos habiéramos visto en todo el fin de semana. Intento disfrutar del spa y de los masajes relajantes. En la comida me reúno con Pablo, pero, para mi sorpresa, no estamos solos, nos acompañan dos concejales y un diputado. Toda la comida hablando de política. Me excuso con una falsa dolencia para subir a la habitación porque no comparto ideologías políticas y no quiero decir algo de lo que después pueda arrepentirme. Pablo no tarda en subir a buscarme. Finjo estar dormida porque si hablamos ahora acabaremos discutiendo. Estoy francamente desilusionada.

—Cielo, ¿cómo te encuentras? —Dice besándome en la frente.

No tengo más remedio que contestar porque él insiste en despertarme.

—Un poco mejor —murmuro con los ojos cerrados—, solo necesito descansar.

Me besa dulcemente en el cuello y entonces lo pienso mejor, no quiero pasar el resto del sábado así; es mejor que lo aclaremos. Me incorporo y le digo:

—Pablo, ¿esta noche me prometes que cenaremos solos?

—Cariño, esta noche es la gala benéfica...

No le dejo acabar:

—Pero yo pensé que este fin de semana era solo para nosotros.

Pasa de lo que le he dicho y empieza a registrar el armario.

— ¿Qué ropa has traído?

Solo he traído un vestido de noche, así es que no tiene mucho donde elegir. Y, al parecer, mi vestido no es de su agrado.

—Toma —Me deja dinero sobre la mesa—. Cómprate algo más adecuado para esta noche. Un vestido que por lo menos te llegue a las rodillas; los invitados a la gala son muy conservadores.

Me da un beso y se larga. Yo me quedo sin palabras.

— ¡Idiota! —Grito con todas mis fuerzas a la nada.

Lloro hasta que no me quedan más lágrimas y vuelvo a llamar a Patricia. Su consejo es que me gaste todo el dinero en lo que me dé la gana; me lo merezco como compensación por sus desplantes. Pero lo cierto es que me vuelvo a sentir un poco como Julia Roberts en *Pretty Woman* y eso no me gusta porque... yo SOY SU NOVIA, no una prostituta de lujo. Me compro un vestido negro, largo, muy largo... HORROROSO. Que seguramente sea del gusto de Pablo y de sus colegas «conservadores», aunque yo tengo la sensación de que cuando entre en el salón, la orquesta tocará a mi paso: «La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar...».

Me siento en una mesa toda llena de mujeres mayores, réplicas exactas de Carmen Lomana. Pablo ni siquiera está en la misma mesa que yo. Intento no llorar en público. Esto es una auténtica mierda. Cuando abren el baile, Pablo se acuerda de que no ha venido solo a la fiesta y viene a buscarme.

— ¡Qué suerte he tenido! Te has acordado de que tienes novia.

—Lo siento cariño, prometo no separarme de ti en toda la noche.

—Pablo, me prometiste que no volverías a traerme a un sitio así. Me siento fuera de lugar. Esas mujeres y yo no tenemos nada en común y las muy idiotas se creen que no me doy cuenta de que murmuran a mis espaldas. Esta noche soy su centro de atención y no me gusta, me siento humillada.

—Cariño, vete acostumbrando, vas a ser la mujer de un político y eso

conlleva ciertas responsabilidades.

Noto como si me hubieran golpeado en la cabeza; aunque el golpe ha sido certero en mi corazón. Acaba la balada y yo me excuso diciendo que voy al aseo. Pero lo cierto es que tengo ganas de salir de allí corriendo. Subo al ascensor casi sin pensar y, una vez se cierran las puertas, lloro. Me he vuelto a equivocar... soy una idiota. Pensé que con Pablo saldría bien, pero... resulta que realmente no lo conozco. Al menos este no es el Pablo con el que yo jugaba de pequeña. Y no tengo claro si el Pablo actual me gusta porque me recuerda tanto a Carlos que me asusta. Sin pensármelo dos veces, hago la maleta y llamo a la única persona que sé que nunca me va a fallar.

—Lolita, estas no son horas de llamar —Contesta un Dani somnoliento.

—Por favor... —Me pongo a llorar como una idiota—. Ven a buscarme.

— ¡¿Qué coño te ha hecho el Meapilas?!

¿Y sabéis qué es lo mejor de todo? Que mi novio (bueno, ahora exnovio) tarda cuatro horas en darse cuenta que me he largado.

«Parece que todos lo ven
y yo sigo ahí sin saber por qué,
excusándome, excusándote,
y yo sigo ahí sin saber por qué,
sin saber por qué,
sin tener por qué».

(«Sin saber por qué», Vanesa Martín).

«El amor también duele; nadie nos garantiza que esa relación que empezamos con tanta ilusión va a funcionar. Pero merece la pena arriesgarse porque, a veces, la suerte está de tu lado y encuentras el camino que te lleva directo a la felicidad».

Pero solo a veces... Y esas veces nunca me incluyen a mí. Yo siempre tomo el atajo que me lleva directa a la mierda. Ahora mismo me siento como Vanesa Martín en su canción: «Parece que todos lo veían menos yo». Dani me ha abierto los ojos y, poniendo todo en una balanza, Pablo no tiene las suficientes cosas buenas como para que siga apostando por él. Pero, por otro lado, aún tengo sentimientos y no es fácil que me olvide de ellos en un abrir y cerrar de ojos. El amor duele. Pablo insiste en verme, quiere que aclaremos

las cosas. Yo le he prometido que lo haremos el fin de semana; necesito unos días para pensar y replantearme un millón de cosas. El programa de radio acaba por hoy. Elena irrumpe en el estudio muy contenta; me felicita porque, según ella, he estado espectacular. Lo cual confirma mi teoría de que cuando peor va mi vida es cuando mejor hago mi trabajo.

—Lola, tienes que seguir en esa línea, ¿me entiendes? A los oyentes lo que más les gusta es que empatices con ellos.

Le sigo el rollo, aunque ya no estoy interiorizando lo que me dice. Mis pensamientos vuelan hacia otro lugar. Tengo tres llamadas perdidas de Antonio y un WhatsApp amenazante: «Te voy a matar» (sin emoticonos, que aún resulta más acojonante). Es muy tarde, no tengo ganas de discutir con Antonio en estos momentos, así es que le propongo que mañana comamos juntos y le aclaro todo. Contestación de mi hermano: «Asegúrate de que los camareros se llevan todos los cuchillos porque, de lo contrario, acabarás muerta antes de llegar a los postres». Muy gracioso mi hermano cuando quiere... Ya me lo agradecerá, ya... Patricia se ha tragado toda la trola de que las canciones se las dedica él. Además, está entusiasmada. No sabe muy bien a qué se debe el cambio en la actitud de mi hermano, pero ha vuelto a ilusionarse con él y hasta se está planteando dejar a su novio. ¡Bien! Como Celestina no tengo precio. Lástima que conmigo no funcionen las cosas del amor.

— ¿Qué narices has hecho, Lolita?

No; los camareros no se han llevado los cuchillos, así que instintivamente los aparto a un lado, aunque dudo mucho que mi hermano intente matarme; hay peores formas de hacerme pagar mi intromisión.

—Ayer Patricia me dio las gracias por las dedicatorias. ¡¿Qué dedicatorias, Lolita?!

—No me levantes la voz que todo el mundo nos está mirando. Lo hice por tu bien.

— ¡Pero quién coño te has creído! ¡Deja de meterte en mi vida!

—Antonio, no me chilles, por favor. De acuerdo, admito que me he pasado un poco. Pero era necesario para que Patricia y tú os animarais a dar el paso. Estáis andando por caminos distintos y cada vez os alejáis más y más. Sin embargo, vuestros corazones están unidos por un hilo invisible que jamás podréis romper y eso os está haciendo muy desdichados.

Antonio me mira con cara de: «¡Pero qué me estás contando!». Lo sé, ni yo misma entiendo de dónde he sacado toda esta palabrería romántica;

seguramente sea alguno de esos párrafos que me bajo de internet para usar en el programa.

—Te recuerdo que Patricia tiene novio.

— ¡Pero te quiere a ti!

— ¿De dónde narices has sacado eso?

—Porque os conozco a los dos y os he visto cómo os miráis, cómo os tocáis... ¡Por Dios! Si os estáis gritando «te quiero» en silencio y todo el mundo se ha dado cuenta.

— ¿Tan evidente es?

— ¡Sí!

—No creo que Patricia sienta lo mismo.

— ¡Ya lo creo que sí! ¿Te acuerdas de aquel San Valentín en el que participasteis en un concurso de citas a ciegas?

— ¿Quién te ha contado eso?

—Patricia.

— ¿Y tú desde cuándo eres tan amiga de Patricia?

—Lo mismo te puedo decir de Daniel, ¿no? Además, no estamos hablando de mí, estamos hablando de ti.

—Ya... Pues en vez de meterte en mi vida amorosa, resuelve la tuya que te hace falta.

—Antonio, eso ha dolido. ¿Quién te ha contado...?

No hace falta que termine la frase porque de sobras lo sé: ha sido Daniel.

—No me cae bien el Meapilas por muy familia de Martina que sea. Lolita, estás mejor sin él. No busques por ahí lo que tienes delante de tus narices.

— ¿A qué ha venido eso?

—Sabes muy bien a lo que me refiero, aunque te niegues a reconocerlo.

— ¿Qué vas a hacer con Patricia?

—No voy a hacer nada.

— ¡Ella te quiere!

— ¡Y dale con que me quiere, pero si tiene novio!

—Me ha dicho que lo va a dejar.

—Tengo miedo, Lolita... de perderla para siempre.

Por primera vez veo a mi hermano absolutamente vulnerable y me siento tan identificada con él... Algo me está gritando mi cabeza, o tal vez sea mi corazón, pero yo intento ignorarlo. Tomando nota de otra de esas frases que me bajo de internet y que ya he memorizado a fuerza de repetírmela a mí misma, le digo a Antonio:

—Si hay algo que está destinado a suceder, sucederá. En el momento adecuado, con la persona correcta y por la mejor razón.

«No era prisionero de tus labios
y ahora que estás lejos,
yo te deseo como el aire
el baile de tu cuerpo.
Puedes olvidar mi nombre,
puedes olvidar mis besos,
pero en el aire permanecen
mi voz y mi recuerdo».

(«Desencuentro», Pablo Alborán e India Martínez).

«Nuestra amiga Lucía se encuentra entre la espada y la pared. No sabe si darle una segunda oportunidad a su chico o tomar un nuevo camino en solitario. Yo te diría: escucha a tu corazón, solo en él hallarás la respuesta».

Yo también intento escucharlo, pero estoy hecha un lío. Ni siquiera sé qué me vaya a decir Pablo; igual él no tiene intención alguna de volver. ¿Y yo? ¿Ya estoy arrepentida de haberlo dejado?

—Acabas de usar un topicazo, Lola —Me recrimina Dani—. La pregunta correcta hubiera sido, ¿eres capaz de perdonar una infidelidad? Porque te recuerdo que su chico se estaba viendo con otra.

—No es tan fácil...

— ¿Qué no es tan fácil? ¿Tú hubieras regresado con Elías?

— ¡Ni loca!

— ¡Pues entonces! —Dice un poco mosqueado—. ¡Ah! Lo que pasa es que estás pensando en volver con el Meapilas.

—No lo sé, Dani, solo vamos a hablar, lo dejé sin una explicación...

— ¡¿Qué explicación ni qué leches?! —No me dejó terminar de hablar—. Ese tío es un gilipollas que no ha sabido tratarte como te mereces. No lo hagas, Lolita. Porque no siempre voy a estar ahí para secar tus lágrimas.

Eso duele y mucho, ¿por qué Dani me dice esas cosas? ¿Lo veis? Por eso nunca quise inmiscuirlo en mi relación con Pablo. Sabía que no me entendería... Echo tanto de menos a Martina... pero acabo de dejar a su primo, debe pensar de mí lo peor. Como si la hubiera invocado con mis pensamientos, Martina me envía un WhatsApp diciéndome que mañana vendrá a comprar unas cabinas de rayos para la peluquería y que si tengo tiempo para comer con ella. Me recuerda con cierto reproche que la tengo

algo abandonada.

Me hace muy bien reencontrarme con Martina. En toda la comida no hemos parado de hablar; hacía tanto que no teníamos un momento así... Me cuenta cosas de Fran que mejor preferiría no saber... Es mi hermano, no puedo verlo como al hombre que hace realidad sus fantasías sexuales.

—Martina, mejor cambiemos de tema... No quiero acordarme de esto cada vez que mire a mi hermano a la cara.

Nos reímos y de pronto se pone seria.

— ¿Quieres que hablemos de Pablo?

—No. ¿Qué tal la reforma de la peluquería?

—Bien; la cabina de rayos va a ser todo un éxito. Ya tenemos clientela y todavía no la hemos instalado. Pablo no tiene la culpa de ser como es...

—Martina... Yo... No me apetece hablar de Pablo. Estoy muy a gusto contigo y no quiero estropearlo.

—Escúchame, por favor.

Lo pienso mejor y le doy la oportunidad de explicarse.

—Mi tía Pilar siempre se ha creído más que nadie. Con eso de que se casó con un notario, espera que todo el mundo le rinda pleitesía en este pueblo. Pablo es su único hijo y tenía que llegar muy lejos, no podía ser un Don Nadie. Por eso hasta lo sacó del equipo de fútbol porque era un jugador un poco mediocre. Nunca se preocupó de lo que realmente le gustaba a Pablo. Todo eran órdenes, aparentar... Eso dejaba a un lado lo que realmente importa: los sentimientos. Pablo utiliza el dinero como moneda de cambio para todo porque no sabe relacionarse de otra manera; es a lo que está acostumbrado porque así le enseñaron a ser. Mis tíos compensaron sus ilusiones frustradas y el poco tiempo que le dedicaban con cosas materiales. Lolita, me consta que Pablo te quiere de verdad. El problema es que no sabe demostrarlo. Mi tía lo hizo a su imagen y semejanza y el verdadero Pablo está escondido en algún lugar de su corazón y está pidiendo a gritos salir. Por favor, dale otra oportunidad. Ayuda a Pablo a ser como realmente era. Te prometo que no te arrepentirás.

—Hemos quedado el sábado para hablar. Me quedaré por aquí.

—Gracias amiga.

Me da un fuerte abrazo. Al escuchar sus palabras, me acuerdo de mi amigo Pablito. De sus fiestas de cumpleaños, de nuestras excursiones, de las meriendas en casa de Martina. Y veo a su madre tan estirada... ¿Cómo nunca antes me di cuenta? En los ojos de Pablo solo había soledad y tristeza. Siento

congoja al recordarlo y ahora mismo me gustaría tener a Pablo en frente de mí para poder abrazarlo. Es posible que no solo él haya sido torpe demostrando sus sentimientos porque yo en todo este tiempo jamás le he dicho «te quiero».

«Tengo un amor,
un ángel puro y verdadero.
Tengo un amor,
que saca de mi vida siempre lo mejor
y sin permiso se quedó,
ella sin querer me conquistó».
(«Tengo un amor», Maluma y Leslie Grace).

«Os recordamos que sigue abierto el concurso y que entre todos los participantes se sorteará un fantástico crucero por el Guadalquivir, cuando lleguemos a las cien llamadas. ¿A qué esperas? Solo tienes que marcar y contarnos cuál fue la peor excusa que utilizaron para dejarte».

Y vuelve a llamar la insoportable amiguita de Dani. Es imposible que a Frozen la hayan dejado tantas veces. ¿Desde cuándo, desde su comunión? Estoy convencida que se las está inventando todas (y no creo que cuenten los novios de la guardería). «¿Qué narices le verá Dani?», me pregunto todos los días...

—Te juro que como vuelva a llamar tu amiguita ¡le cuelgo!

Dani se ríe, el muy cabrito. Pues a mí no me hace ni pizca de gracia. No sé por qué se me tuvo que ocurrir este estúpido concurso. A Elena por supuesto le pareció una fantástica idea. No reparó ni en los gastos del barquito. ¿Un crucero por el Guadalquivir? ¿Pero de verdad eso existe? ¿Qué harán, visitas guiadas por Triana? Patricia ¡por fin! ha dejado a su novio y de la forma más torpe. Cuando me lo contó no sabía si echarme a reír o ponerme a llorar. De ahí surgió la gran idea para el concurso.

—¡Oh, oh! —Dice Dani preocupado—. Tengo tres llamadas perdidas de tu hermano.

Busco mi móvil y yo también tengo varias llamadas de Antonio. ¡Mierda! Ahora no puedo hablar, estoy en antena. Mi hermano me tiene preocupada. ¿Habrá pasado algo con Patricia? Le dije que se esperara por lo menos una semana para que se centrara y luego... ¡al ataque!

—Creo que le ha confesado que él no le dedicaba las canciones —Me dice Dani.

— ¡¿POR QUÉ?!

¡Mierda, mierda, mierda! Se ha oído en antena. Rápido Lolita, ¡disimula!

«¿Por qué nos negamos nuestros verdaderos sentimientos? Están ahí, intentamos ignorarlos, pero luego suena una canción en la radio y de pronto nos sentimos identificados con su letra; es como si la hubieran escrito para nosotros. Os dejo con un tema de Pablo Alborán».

Salgo de antena y respiro hondo.

—Bien hecho, Lolita —Me felicita Dani.

— ¿De dónde has sacado eso, Dani? No habrás tenido tú algo que ver...

—Bueno, le dije que lo mejor era que empezaran de cero, sin mentiras. ¿No es eso lo que has hecho tú con el Meapilas aunque no se lo merezca?

— ¡No me cambies de tema!

Sí, lo admito: le he dado otra oportunidad a Pablo. Es que... siento cosas por él y fue tan sincero... Me prometió que no iríamos tan deprisa y que por el momento me mantendría al margen de su vida política. Me pidió una primera cita, una de verdad y a mi manera. Y así fue. Fuimos al frontón del pueblo y nos comimos unos bocatas con refrescos.

— ¿No hace un poco de frío para un pícnic?

— ¡Qué dices! Hoy ha salido el sol; hace un día estupendo.

A Pablo no parecía gustarle mucho mi plan, pero aun así me complació. Después saqué la tablet y juntos vimos Mi primer beso, más conocida por el título de My girl. Fue divertido, pero Pablo no pareció entender qué le veía a ese plan que me resultaba tan romántico. Así que me tocó explicárselo porque de verdad quería que funcionara y pensé en lo que me dijo Martina: que Pablo era un poco osco a la hora de demostrar sus sentimientos porque no le habían enseñado a ser de otra manera.

—No te acuerdas, ¿verdad?

Pablo negó con la cabeza.

—Verano de 1991, la primera vez que fui al cine contigo; bueno y con Martina. Vimos esta película. Entonces yo deseé con todas mis fuerzas que tú algún día me besaras, porque estaba locamente enamorada de ti.

En ese momento, Pablo acortó la distancia entre nuestros labios y me besó dulcemente. Mis sueños de niña se hicieron realidad. Fue maravilloso. El único problema es que mis sueños de mujer son distintos y tengo mucho miedo de que Pablo no sea capaz de hacerlos realidad. Demos tiempo al

tiempo... Vamos a empezar de cero y esa primera cita sí fue como yo esperaba: maravillosa.

«¿Quién es esa loca?
Que con su risa desenreda mis temores,
la que me exige solo que le mande flores.
La que me entrega un amor sin condición.
Loca...»
(«Loca», Romeo Santos).

«Esta canción iba dedicada a Patricia de parte de Antonio. Pero mejor que sea él quien se lo diga».

Creo que esta es la peor idea que he tenido en toda mi vida y lo más seguro es que me despidan, pero Antonio y Patricia han dejado de hablarse y todo por mi culpa. Soy yo la que tengo que buscar una solución extrema y esto es lo único que se me ha ocurrido. Antonio toma el micrófono y, santiguándose (aunque solo lo podemos ver Dani y yo), suelta todo lo que llevaba escrito en su chuleta, aunque se lo sabe de memoria de tantas veces que lo ha ensayado esta semana.

«Patricia, como puedes comprobar, sí soy yo. Y aunque las anteriores dedicatorias no fueron cosa mía, todas y cada una de las palabras que iban dirigidas a ti son ciertas y así las siento. Tú eres esa loca que gracias a Dios entró en mi vida hace muchos años. Sin la cual no podría vivir porque lo eres todo para mí. Y no, no me conformo con tu amistad, aunque espero tenerla siempre. Pero quiero más, necesito más. Te quiero, Patricia. Tan simple como eso, aunque me haya costado tanto decírtelo. Y si tú quieres, pongo mi vida en tus manos. Por favor, dime que sí, que este tonto enamorado solo puede ser feliz a tu lado».

Me pongo a llorar como una tonta y abrazo a mi hermano. Le indico a Dani mediante señas, que ponga otra canción porque tengo un nudo en la garganta que me impide articular ni una sola palabra.

—Ya está, Lolita; ahora no sé qué vaya a pasar, pero ya nada importa... la he perdido por cobarde.

—No es verdad, Antonio. Lo que has hecho no es de cobardes y ella te quiere, te lo ha dicho mil veces. Te perdonará. Bueno, realmente a quien tiene que perdonar es a mí, pues tú no has tenido la culpa del lío en el que te he metido.

— ¿Sabes, Lola? Lo he pensado mucho esta semana y voy a estarte eternamente agradecido porque, de no haber sido por ti, seguramente seguiría callado como un idiota. Al menos si la he perdido, no puedo decir que no lo he intentado.

Nos volvemos a abrazar y algo empieza a vibrar entre nosotros. Mi hermano es el primero en reaccionar; es su móvil el que está sonando.

—Te quiero —dice nada más descolgar.

Y Patricia le contesta (lo puedo escuchar porque sin querer activa el manos libres):

— ¡Lo sé! Y tú sabes que yo también te quiero.

El resto de la conversación me la pierdo porque Antonio sale del estudio y yo tengo que volver a antena. ¡Siempre me pierdo lo mejor! Pero estoy muy feliz porque Lola Cupido ha conseguido unir a dos personas muy importantes en su vida.

—Te felicito, Lolita, al final va a ser cierto tu sobrenombre de Cupido.

En eso que entra mi jefa en el estudio y se me paraliza todo el cuerpo. ¡Mierda! Por la cara que trae, fijo que me va a despedir. Pero, en lugar de eso, me abraza efusivamente y hasta me da dos besos.

— ¡Eres la mejor! Cada día me sorprendes con una brillante idea.

— ¿Entonces no me vas a despedir? —Pregunto con cara de circunstancias.

— ¡Nada de eso! Si eres mi fichaje estrella. Se me ha ocurrido que todos los viernes puede participar en directo un oyente y hablarnos de su situación sentimental. Tú le aconsejas y ese día pondremos una selección musical hecha por él, que evoque momentos importantes de su vida.

— ¡Bienvenidos al Reallity show! —Ironiza Dani.

Elena lo ignora, como siempre.

— ¿Qué te parece, Lola?

— ¡Genial!

En absoluto me parece genial, pero qué le voy a decir, si es mi jefa... menudos viernes me esperan...

«Por amarte así,
a un paso de tu boca y sin poder besarla,
tan cerca de tu piel y sin poder tocarla,
ardiendo de deseo con cada mirada.

Por amarte así,

por amarte...».

(«Por amarte así», Cristian Castro y Ana Isabelle).

«Decirle que se olvidara de mí, que yo no compartía esos sentimientos, fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida porque lo amaba con todas mis fuerzas y aún lo amo... Pero el destino que me esperaba era muy doloroso y probablemente corto. Yo no quería que sufriera por mí, así es que le rompí el corazón para evitarle un daño mayor e irreparable».

Cuando acaba de hablar Elena, cerramos los micrófonos y Dani pone el siguiente tema. Este es el programa de prueba de mi nuevo espacio: Hay una cosa que te quiero decir. Mi jefa se ha ofrecido voluntaria para ser la primera participante. Obviamente lo ha hecho con un seudónimo y, salvo Dani y yo, nadie más sabe que Elena y Esperanza son la misma persona. Su historia de amor frustrado me ha conmovido tanto que tengo el corazón en un puño. Yo no sabía que Elena sufrió cáncer de mama y por todo lo que tuvo que pasar hasta superarlo. Dejó a su pareja sin ninguna explicación porque no quería que supiera de su enfermedad y verse obligado a sufrir con ella.

— ¿Él nunca lo supo? —Me atrevo a preguntar.

—No.

— ¿Y no lo has vuelto a ver?

—Sí; hace un mes coincidimos en un evento y desde entonces me escribe eventualmente. Pero yo no me atrevo a pedirle una cita por miedo a su rechazo, porque no quiero descubrir que ha rehecho su vida y es feliz sin mí. Y porque... Lola, te voy a ser sincera, yo no me siento una mujer completa. Por primera vez veo a mi jefa llorar y eso la hace vulnerable a mis ojos. Es una mujer tan distinta de como yo creía... Muchas veces nos aventuramos a juzgar a las personas sin ni siquiera sospechar el error tan grande que estamos cometiendo.

—Lola —me dice de nuevo—, ¿tú me ayudarías? Se te da muy bien eso de ayudar a la gente con sus problemas amorosos.

¡Uff! Precisamente yo que mantengo una relación inestable con Pablo. Le digo que sí, obviamente.

—Eres una mujer completa, Elena. Quítate esa absurda idea de la cabeza. Yo te voy a ayudar a que te veas guapa por dentro y por fuera y juntas reconquistaremos a ese hombre.

—Gracias.

Me vengo arriba en un momento y Elena me da un efusivo abrazo. Por primera vez siento que hay cierta afinidad entre nosotras. Estando la jefa, no he podido mirar el móvil. A la que salgo del trabajo, tengo tres llamadas perdidas de Fran y un WhatsApp interminable:

«Enana, tienes la casa plagada de termitas subterráneas (emoticono cara asustada). Lo siento, pero vas a tener que levantar todo el parqué. Ya he hablado con la empresa que va a realizar los trabajos de desinfección y te aconsejo que pongas baldosas y te olvides de volver a instalar el parqué. Mañana te llamo que ya es muy tarde. Búscate un lugar donde vivir provisionalmente porque esto va para largo (emoticono besucón)».

Tengo ganas de llorar. En lugar de eso, suelto todas las palabras mal sonantes que salen por mi boca. Dani se gira a ver qué me pasa.

— ¿Qué mosca te ha picado, Lolita?

— ¡Mira a la carretera! ¿Qué quieres, que nos matemos?

—Usted perdone; es difícil conducir con una loca poseída de copiloto.

—Lo siento. Es que mi vida va de mal en peor. Mi casa ha sido invadida por una enorme plaga de termitas subterráneas. Tengo que quitar todo el parqué del piso.

— ¡Uf! Eso suena chungo.

—Las puñeteras termitas me han echado de mi propia casa.

Ahora sí que lloro.

—Vente a vivir conmigo; es algo temporal, podré soportarlo.

—Deja que me ría —Ironizo—. Ja. Ja. Ja.

Aunque obviamente acabo aceptando su propuesta porque no tengo muchas más opciones. Bueno, sí las tengo, pero me son menos atractivos. De hecho, Pablo se enfada muchísimo cuando se lo cuento y desestimo su propuesta de irme a vivir con él, alegando que vive muy lejos de la radio, que me prometió que iríamos más despacio, que mis padres son muy conservadores y jamás aprobarían que viviéramos en pecado, etc.

— ¿Y con ese tío sí puedes vivir y no es pecado?

—Te recuerdo que Dani es solo mi amigo.

—Sí, ¡ya! Y por eso te besabas con él en la boda de mi prima.

—Pablo, no voy a volver a justificarme —Digo enfadada—. Lo siento si no eres capaz de comprenderlo —Y le cuelgo.

Sé lo que vendrá a continuación. Me mandará flores o algún vestido horrible y asquerosamente caro, en señal de paz. Típico en él. Y yo le perdonaré porque de verdad quiero que lo nuestro funcione. Estoy harta de fracasar en

el amor. Pero me asustan tantas dudas... pensé que el amor era otra cosa distinta.

«Vivo en un mundo de mentiras
fabricando fantasías para no llorar
ni morir por tu recuerdo.
Vivo malgastando horas
intentando estar a solas para no pensar.
Pero tu imagen donde quiera está presente,
aún no he podido superar perderte».
(«Fabricando fantasías», Tito Nieves).

«Aquí finaliza el programa de hoy. En nombre de todo el equipo os deseamos que paséis unas felices pascuas y que el amor fluya en el aire. Nos vemos la semana que viene».

¡Ya está! Y por fin, unos días de vacaciones. Los necesitaba de verdad. Desde que sé que mi piso está ocupado por las termitas, cada vez que pongo un pie dentro me pica todo el cuerpo. Y aunque no vayan a empezar los trabajos de desinfección hasta después de fiestas, yo no aguanto ni un segundo más dentro. ¿Y si me contagian algo? Porque se escuchan casos muy raros en la televisión.

—Toma —Me dice Dani entregándome las llaves de su piso.

— ¿No vendrás a buscarme? Pensaba que me ayudarías con las maletas.

—No puedo, Lolita, mañana muy temprano me voy con Elsa de viaje.

—Y no me habías dicho nada... —Digo lo suficientemente alto como para que se note mi mosqueo.

—Sí, te lo dije; lo que pasa es que no te acordarás.

Miro a Dani con mirada asesina. ¿Me ha tomado por tonta? ¿Por qué narices se tiene que ir de viaje con Frozen?

—Y... ¿dónde vais?

—A esquiar.

Mi cólera va en aumento. Ese es el viaje que llevaba planeando con Dani dese hace mucho tiempo. Se me queda la misma cara del Ecce Homo de Borja.

— ¡Ese viaje era para nosotros!

—Lo siento, Lolita. Pero la realidad es que ya no existe un «nosotros». Las cosas han cambiado porque ahora también existen Pablo y Elsa.

Siento cierta decepción en su voz. Yo estoy a punto de llorar. En lugar de eso, lo abrazo. Muy fuerte. Un abrazo de hermano oso como el que le dio Patricia a Antonio. Siento un cosquilleo que no sabría definir y me da miedo hacerlo. Rompo el momento de la forma más tonta.

—Ten cuidado con Frozen; le gusta mucho congelar las cosas. Sería una pena que te castrara.

—Lolita...

Dani me alborota el pelo y me advierte lo mismo:

—Y tú ten cuidado con el Meapilas. Si tienes que romper algo, que sea un plato, pero no permitas que te rompa el corazón.

Él y Martina son los únicos que saben de mi afición a romper platos cuando acabo una relación.

En vista de que Dani no me va a ayudar, le pido ayuda a mi novio. Aunque no sé si esta ha sido la mejor idea. A los cinco segundos de entrar en el piso, Pablo ya lo ha examinado todo, rincón por rincón como si fuera un agente inmobiliario.

— ¿Dónde vas a dormir?

—Donde siempre.

— ¡¿Te has quedado más veces a dormir aquí?! —Grita como si estuviera en el peor antro de la ciudad.

—Bueno, sí... Dani es mi amigo. Más de un fin de semana lo hemos pasado juntos.

— ¡Vamos! Te alquilaré un piso cerca de la emisora. Conozco un agente inmobiliario...

—Pablo, ¡para! —No le dejo acabar—. Me voy a quedar aquí y no quiero volver a discutir sobre este tema, ¿vale?

Veo su cara encolerizada e intento tranquilizarlo porque estamos a punto de discutir nuevamente y no me apetece que pasemos las vacaciones enojados.

—Cariño, serán solo un par de semanas. No dramatices tanto. No tienes motivos para estar celoso de Dani.

— ¿Seguro?

La cara de Pablo lo dice todo. Él no lo tiene claro y lo cierto es que yo tampoco porque anoche sentí ese hormigueo en el cuerpo tan característico que hace tiempo dejé de sentir con Pablo. Y eso me asusta por varias razones... Quizás esté cometiendo un error al venirme a vivir aquí.

— ¡Vámonos! Será mejor que lleguemos al pueblo antes de que mi madre sirva la comida. De lo contrario, jamás me perdonará que llegue tarde a misa por mi culpa.

Normalmente evito estar en el pueblo por estas fechas porque mi madre me hace que asista a cada una de las misas y procesiones. Y lo peor de todo es que mi suegra (qué raro suena) también es una beata profesora.

Me pongo el vestido negro cucaracha que Pablo me regaló. Por lo menos me ha servido para algo. Me estoy arreglando para la procesión de viernes santo, cuando llaman a la puerta de mi habitación. Es Patricia.

— ¡Hola cuñadita! —Digo jovialmente.

Patricia se sonroja y me da un efusivo abrazo. ¿Está llorando?

—No me asustes, ¿qué pasa?

—Nada Lola, que soy muy feliz. Y todo gracias a ti. Perdóname por el rebote que pillé y por si te dije algo que te ofendiera. Fue la situación... Me sentí traicionada. Pensé... Bueno, pues que Antonio no me quería y que todo esto había sido una broma de mal gusto por tu parte.

—Patricia, ¿cómo crees? Yo lo único que quería era ayudarlos. Os veía tan enamorados... y ninguno hacía nada al respecto.

—Te voy a estar eternamente agradecida. Eres la mejor cuñada que podría tener. Soy hija única y a partir de ahora me gustaría considerarte como una hermana.

—Ya lo eres, tú eres la mujer que hace feliz a Antonio.

Nada más entrar en la iglesia, Pablo viene a buscarme y hace que me siente en el banco en el que se encuentra toda su familia. ¡Mierda! Intento excusarme, pero enseguida se acerca mi «encantadora» suegra (léase con ironía) y me entrega un texto para que suba al púlpito a leerlo. ¡Me quiero morir! Con lo bien que estaría yo esquiando con Dani. En estos momentos juro que odio a Frozen, odio a Dani por irse de viaje con ella en vez de conmigo, odio a mi suegra y odio a Pablo por permitir que su madre me humille de esta manera.

—Por cierto, esta noche cenamos con nosotros. Pablo ha hecho oficial nuestro compromiso y creo que deberíamos conocernos un poco mejor antes de la boda.

¡¡¡QUÉ BODA!!! Le envío a Pablo una mirada asesina y esta vez no importa lo caro que sea el regalo que me envíe porque lo lleva claro si cree que voy a perdonarlo tan fácilmente.

«Yo soy el hombre más afortunado,
me ha tocado ser el que conoce cada línea de tu mano,
el que te cuida y camina a tu lado.
Nunca jamás sentí,
una alegría así,
qué bendición hallarte al instante en que se fue la luz
llegaste tú».
(«Llegaste tú», Juan Luis Guerra y Luis Fonsi).

«Bueno, debo dar las gracias a los oyentes que me han felicitado con esta canción. Muchas gracias por acordaros de mí en este día».

Dani pega un post-it al cristal de la cabina en el que puedo leer que la próxima canción está dedicada para mí con motivo de mi cumpleaños. ¿De quién habrá sido la idea? Dani, mediante gestos se niega a confesar. Se me ocurren varias personas, desde alguno de mis hermanos hasta mi novio. Puede que sea este último porque todavía no he tenido noticias suyas. Me ha llegado un ramo de rosas rojas preciosas que pensé era de Pablo; pero no...
¡ES DEL CABALLERO SOLITARIO!

—Lolita, tu psicópata ataca de nuevo.

No sé cómo, pero Dani siempre se apropia de la tarjeta antes que yo.

— ¡Oh! Esto es muy cursi. ¡Paso de leerlo!

Recupero mi felicitación. La imagen ya de por sí me conmueve porque son una pareja de leones. La leona se refugia bajo el león que apoya su cabeza sobre la de ella de una forma tan tierna... Diría que su mirada expresa lo mucho que la ama, aunque... solo es un dibujo. Abro la tarjeta y leo el poema que el Caballero Solitario me ha escrito.

«Enamórate de un hombre de verdad.

Uno que te persiga con la mirada como un león hambriento;
y que se pierda en el brillo de tus ojos aun en la oscuridad.

Enamórate de un hombre
para el cual tú seas la única mujer del mundo
y que sea capaz de construirte un castillo,
aunque solo tenga un lápiz y papel».

Me quedo sin palabras. Es tan profundo lo que me ha escrito... Y solo una frase resuena en mi cabeza: «Enamórate de un hombre de verdad». Estoy a

punto de ponerme a llorar. «Uno que sea capaz de construirte un castillo, aunque solo tenga un lápiz y papel». ¿De qué me quejo? Si Pablo me compraría el castillo entero... Tan fuera de juego me he quedado con la felicitación del Caballero Solitario que no reparo en algo muy importante: ¿cómo sabía que hoy era mi cumpleaños? Igual Dani tiene razón y es un psicópata. ¡Dios mío!

— ¿Y ahora por qué pones esa cara de espanto? —Pregunta Dani.

—Tienes razón, ¡es un psicópata!

— ¿Tan fuerte es lo que te ha escrito? ¿Te habla de sus perversiones eróticas cuando piensa en ti?

— ¡Oh, Daniel, no digas tonterías! ¡Esto es muy importante! ¿Cómo sabía que hoy era mi cumpleaños?

—Bueno, siento desmontar tu teoría, pero aparece en tu perfil de Facebook.

—Lo tengo cerrado para desconocidos.

— ¿Y quién ha dicho que ese Caballero Solitario lo sea?

Lo que me dice Dani me deja todavía mucho más mosqueada. Nunca lo había pensado... ¿y si el Caballero Solitario es una persona a la que conozco? Una persona que me admira en secreto pero no se atreve a decirme nada o... tal vez alguien que me odia y se está riendo de mí muy a gusto. Puede incluso que no coincida con el perfil imaginario que me he creado de esta persona; hasta podría tratarse de una mujer. ¡Tengo que averiguarlo! Lo primero que haré mañana será ponerme en contacto con la floristería que me hace llegar todos sus encargos. Que, casualmente, es la misma que utiliza Pablo cuando me envía flores para pedirme disculpas por algo. ¿Y si se trata de él? Porque ya va a terminar el programa y sigo sin tener noticias tuyas. ¿De verdad se ha olvidado de que hoy era mi cumpleaños? No, definitivamente Pablo jamás podría ser el Caballero Solitario porque a él le gusta «demostrar»; jamás haría algo sin tener un reconocimiento a cambio.

De regreso a casa, sí, la que ahora comparto con Dani, no paro de hablar sobre mi plan para descubrir la verdadera identidad del Caballero Solitario. Pero él parece no estar muy entusiasmado con el tema, entonces decido cambiar de táctica y vuelvo a la carga con el tema de la canción dedicada.

— ¿De verdad no me vas a decir quién ha sido? Tú lo sabes. Te lo he visto en la mirada.

— ¡Claro que lo sé! Pero no te lo voy a decir.

—Te advierto que puede que un día encuentres el café un poco salado...

—Entonces puede que tal vez... yo utilice el agua caliente cuando te estés

duchando.

¡Vale! por ahí no vamos bien; si yo le hago la puñeta durante nuestra convivencia, él se puede vengar muy fácilmente. La verdad es que se está bien en el piso de Dani. Bueno, eso yo ya lo sabía, he estado más veces, pero así viviendo no. ¡Está guay! Solo me molesta un pequeño detalle: la vecina de los co... Cuando ella viene, yo me encierro en mi habitación. Afortunadamente, como salimos muy tarde de trabajar y ella por las mañanas tiene universidad (o eso dice), casi no he tenido la mala suerte de coincidir con ella. Frozen ha resultado ser tal cual me la imaginaba: ni menos rubia, ni menos anoréxica, ni menos tonta, ni menos guapa (por desgracia). Parece sacada de la típica película de estudiantes americanos. Ella sería la cheerleader del grupo. Sigo sin entender qué narices ve Dani en ella.

Llegamos al patio y Dani me obliga a subir tres pisos por las escaleras ya que el ascensor lleva ocupado un buen rato.

—Alguien se habrá dejado la puerta abierta al bajar la basura —Dice Dani.

— ¡Genial! Con lo cansada que estoy encima tengo que subir las escaleras con un año más a mis espaldas.

— ¡No seas quejica!

Le pellizco a Dani en el culo por meterse conmigo y así le hago que suba más rápido. Ahora es él quien se queja. ¡Jaaa!

—Tranquilo amorcito, aquí está tu doctorcita para curar todos tus males.

La voz estridente de Frozen resuena en el hueco de las escaleras. Asomo mi cabeza detrás del culo de Dani y le hago partícipe de mi presencia.

— ¡Hola, Elsa!

Enseguida se cierra el mini uniforme de enfermera, aunque ya he podido contemplar todos sus encantos. Una lencería preciosa, por cierto, en color rojo, tal vez un poco pequeña para sus voluminosos pechos. Instintivamente miro mis pechitos y siento cierta decepción; jamás podré ponerme algo así. Luego me consuelo pensando que seguro que son operadas. Yo por lo menos soy natural al cien por cien. Mientras todos estos pensamientos transcurren por mi mente, Frozen se disculpa precipitadamente y entra en su piso dando un portazo.

—Ve tranquilo —le digo a Dani—. Seguro que está deseando que le tomes la temperatura.

Intento hacer una broma, pero lo cierto es que me duele un poquito que Dani se vaya con Frozen y yo me quede sola en el piso. Me voy a la cama desilusionada. Ni siquiera mi novio se ha acordado de felicitar-me.

Me despierto muy temprano porque la verdad he dormido fatal. He soñado que estaba en una pradera muy verde. Atardecía y yo caminaba descalza sobre un camino de margaritas. Incluso en mi sueño podía sentir la frescura de la hierba. Entonces a lo lejos llegaba un caballero montando en un corcel negro. Era el de La princesa prometida. Vi tantas veces la película siendo una adolescente (y no tan adolescente) que ahora hasta se cuele en mis sueños. Pese al antifaz, pude adivinar por su mirada que se trataba de Pablo. Descendió de su caballo y, besando mi mano, se quitó el trozo de tela que lo cubría para desvelar su rostro. Pero ya no se trataba de Pablo; ahora era mi amigo Dani. Tomándome por la cintura y acercándose más a él, me susurró al oído: «"Yo soy el hombre más afortunado, me ha tocado ser el que conoce cada línea de tu mano, el que te cuida y camina a tu lado»». Y menos mal que me he despertado, porque este tipo de sueños no pueden repetirse. Me desequilibran. Necesito que mi novio dé señales de vida. Necesito que aclare mis dudas.

Voy a la cocina a prepararme el desayuno y, justo cuando estoy preparando las tostadas en mi plato (el que Dani me regaló para que quede claro desde un principio), aparece Frozen por la cocina y me dice con su voz estridente notoriamente molesta:

—Ese es mi plato.

— ¿Este? —Sé de sobras que se refiere a este—. Perdón, Elsa, pero este plato es un regalo que me hizo Dani.

— ¿Y entonces por qué está en su casa?

—Bueno, pues... porque yo desayuno muchas veces aquí. Por comodidad tal vez...

—Ya... Pues yo utilizo siempre ese plato; es mi favorito.

Si lo hubiera dicho de una forma más amable, no tan posesiva, tal vez hubiera cedido, pero como me está tocando las narices con el plato, no me da la gana de cedérselo.

—Debo reconocer que tienes buen gusto. Pero es mi plato —Recalco—. Si eso otro día te dejo que lo utilices.

Entonces llega Dani para establecer el orden y la paz. ¿Por qué narices no han desayunado en el piso de Frozen que han tenido que venir a interrumpir mi momento de paz? Por lo visto, solo tiene sésamo, fibra y cosas de esas que solo comen los animales de pasto. Yo y mi plato con tostadas nos vamos a otro sitio para no molestar a los tortolitos. La historia del plato es muy bonita y por eso no estoy dispuesta a renunciar a él tan fácilmente. De hecho,

cuando me vaya (que supongo que será en una semana o así), me llevaré el plato conmigo. ¡A Dios pongo por testigo que jamás será de Elsa! Cuando Dani y yo estuvimos de vacaciones en Roma, nos perdimos por culpa suya. Tenía un mapa y, según él, sabía cómo utilizarlo. ¡Jaaa! Estuvimos andando durante horas para encontrar la Bocca della Verità y lamento decir que solo la he visto por fotografías. Me torcí el pie, discutí con Dani y regresé sola al hotel. Muy disgustada, dicho sea de paso. A la hora o así, apareció Dani con un paquetito y, dejándolo sobre la cama en la que yo estaba recostada, solo dijo una palabra: PERDÓN. Por supuesto que lo perdoné; ¿qué otra cosa podía hacer al ver aquel plato? Me dejó sin palabras. Os estaréis preguntando, ¿cómo es ese plato para que tenga tanta importancia? Pues es un plato de plástico duro, más bien cutre... con una Bocca della Verità de fondo, aunque ya casi se ha borrado de tanto fregarlo. Y en letras oscuras escrita esta frase: «Amami o odiami, entrambi sono a mio favore. Se me ami, sarò sempre nel tuo cuore. Se mi odi, sarò sempre nella tua mente» (Ámame u ódiame, están ambas a mi favor. Si tú me amas, estaré siempre en tu corazón. Si tú me odias, estaré siempre en tu mente). La busqué por internet; es una frase célebre del gran William Shakespeare. Pero Dani tenía razón: siempre va a estar presente en mí de uno u otro modo.

«Si me ves sentirás que no miento,
que es por ti por quien daría la vida,
te encontré, se cumplieron mis sueños,
vive y no tengas miedo,
no me digas que no».

(«Si me ves», Manuel Carrasco e India Martínez).

«Lola, esta canción demuestra lo mucho que te quiero. Yo no he escrito esas palabras, pero de verdad las siento. Perdóname por olvidar el día de tu cumpleaños. Sabes que mi trabajo me tiene muy absorbido. Sé que no es una buena excusa, pero te prometo que a partir de ahora no olvidaré ningún momento importante de nuestras vidas. Te quiero».

Esas son las palabras de disculpa de Pablo. Igual ha sido una estupidez, pero me ha mandado un mensaje de voz que quería que escuchara justo después de la canción que me había dedicado, y yo voy y acerco el móvil al micrófono para que todos los oyentes lo escuchen. Una de dos: o Elena me mata o lo

hace Pablo. De cualquier modo, no saldré bien parada de esta. Lolita, deberías aprender a controlar tus impulsos. De todas formas, nada de eso me importa demasiado en estos momentos porque, por primera vez, al decirme Pablo «te quiero», he sentido que realmente la que le estoy fallando soy yo. Es verdad que se olvidó de mi cumpleaños y que tiene muchos defectos. Pero yo también los tengo; no puedo decir que sea la novia más cariñosa del mundo y todavía no le he respondido nunca: «yo también te quiero». Y sí que lo quiero, pero... Quizás deba esforzarme más, poner un poco de mi parte. Se me ocurre que tal vez si pasamos un fin de semana completo, solo los dos, podamos llegar a conectar de ese modo que tanto me gustaría. Sentir que el único lugar en el que quiero pasar el resto de mi vida es entre sus brazos. Le mando un mensaje de voz agradeciéndole su dedicatoria y planteándole mi gran idea. Pero su contestación es que tiene una reunión de negocios el sábado, «muy importante», y el domingo han organizado una fiesta sorpresa de cumpleaños atrasada (que ha dejado de ser sorpresa para mí). Empiezo a sentir cierta decepción, pero luego me animo porque Pablo pasará a recogerme y esta noche duermo en su piso. Ahora que le he hecho partícipe de lo mucho que me molesta que no se quite los calcetines, por lo menos hay algo en lo que no tengo absolutamente ninguna duda: Pablo y yo conectamos a la perfección en la cama y nuestras reconciliaciones son increíbles. Algo bueno tenía que tener que siempre estemos peleando.

Entra Elena en el estudio; sabía que no tardaría mucho en hacerlo. Como estoy en el aire, mediante gestos y vocalizaciones insonoras exageradas, me hace saber que mi estúpida idea de que todos oyeran el mensaje de voz de Pablo le ha entusiasmado. Dani da paso a la siguiente canción y, cuando cierro el micrófono, Elena se abalanza sobre mí y me da un abrazo que casi me rompe los huesos.

—Eres mi locutora estrella.

—Vaya... Gracias.

—Pero no venía a hablarte de trabajo. Esto... Necesito que me ayudes. Es algo muy importante.

— ¿Se trata de tu enamorado?

Se sonríe como una colegiala. ¡Dios mío! Cómo cambian las personas cuando están enamoradas...

—Pascual me ha invitado a cenar.

— ¡Eso es genial! —Ahora soy yo la que le da un efusivo abrazo—. Bueno, ¿para cuándo esa cita?

—La semana que viene.

—Pues... Tenemos que ir de compras y... ¡déjalo en mis manos! Tú de momento reserva en tu agenda el próximo jueves para mí.

—Gracias, Lola. No tengo muchos amigos, pero me gusta pensar que tú eres una de esas personas que forma parte de mi pequeño mundo.

Jamás pensé que acabaría siendo amiga de la jefa, pero la vida nunca deja de sorprenderme.

Dani se pasa el resto del programa riéndose de mí. Y comentando lo blanda que soy porque enseguida perdono a Pablo, da igual lo que me haga.

—Oye, no te metas conmigo porque te recuerdo que tú eres el novio de Frozen.

—No la llames así.

—Le llamo como me da la gana; tú llamas a mi novio el Meapilas.

Me vuelve a recordar que ese mote se lo pusieron mis hermanos y bla, bla, bla, bla... Acabamos discutiendo hasta que llegamos a la calle y nos damos de narices con Pablo. La cara de Dani lo dice todo. No me gusta que se vaya así... Parece enfadado, decepcionado... Sé que no soporta a Pablo, pero eso no es motivo suficiente para que se vaya sin apenas despedirse de mí.

Aunque he pasado una noche fantástica con Pablo, todo hay que decirlo, me cuesta aceptar que Dani esté molesto conmigo por una discusión absurda. Le enví un WhatsApp.

«Ya me has perdonado? (Emoticono lacrimógeno)».

«Perdona, nos conocemos de algo?».

¡Será idiota...! Primero pienso en contestarle y luego opto por pasar de él y desayunar con mi novio que ha tenido el detalle de traerme chocolate con churros recién hechos.

—Esto tiene muy buena pinta. ¡Mil gracias, amor!

Me lo como a besos. Hoy me he levantado muy cariñosa y voy a demostrarle lo mucho que me importa.

—Cielo, para, que me vas a manchar la camisa de chocolate.

—Lo siento.

Ya me ha cortado el rollo.

— ¿Dónde vas tan arreglado?

—Tengo una reunión de negocios muy importante, ¿recuerdas?

—Pero... ¿Un sábado por la mañana? ¿Tan temprano?

—Sí. Para un político nunca hay festivos.

Eso quiere decir dos cosas: que me quedo desayunando sola y que me toca coger otra vez el maldito autobús para ir al pueblo. No sé por qué, pero por más que lo intento siempre acaba decepcionándome. A veces pienso que esto jamás va a funcionar. Me llega una foto de Dani. Ironizando le contesto: «Ya te acuerdas de mí?».

Abro la foto y entonces me arrepiento por tratarlo así. Es una foto de mi plato. Y al pie de foto pone: «Nunca lo olvides».

Tenía que haber escondido el plato porque ahora Frozen me lo quitará.

«Vale, pero no le dejes a Elsa que toque mi plato o mi ira la descongelará».

Como única respuesta obtengo un montón de emoticonos carcajeándose.

Tenía que haber imaginado que la fiesta (no tan sorpresa) de Pablo iba a ser un completo desastre. Para empezar, la comida se hace en el restaurante más caro de esta zona y, cuando mi padre vea la factura, se muere infartado. Segundo: ¡ha invitado a sus padres! La primera comida familiar tenía que ser precisamente hoy para arruinar mi fiesta de cumpleaños. Y encima es que ha invitado a medio pueblo... Hasta han venido compañeras mías del colegio con las que apenas me hablo. Lo raro es que Dani y su amiguita no estén aquí.

— ¿Te ha gustado la sorpresa, cielo?

— ¡Me encanta!

¿Qué narices le voy a decir delante de mis padres, mis suegros y medio pueblo? ¿Que esta es la peor idea que ha tenido en su vida? Cambio el vaso de agua por el de vino; será mejor que me embriague para digerir este bochornoso momento.

— ¿No ha venido Dani? —Me atrevo a preguntar.

—No ha podido —Me contesta Pablo.

Pero de pronto otra conversación, al otro lado de la mesa, capta toda mi atención. Mi suegra y mi madre están planeando la boda para otoño. Me estoy mareando. Creo que voy a vomitar en breve. Le pido a Patricia que me acompañe hasta el baño.

—Lola, ¿qué te pasa?

—Esto es demasiado para mí. ¡No puedo respirar!

— ¿Estás teniendo un ataque de ansiedad? —Dice preocupada.

—No lo sé.

— ¿Es porque Pablo se olvidó de invitar a Dani?

— ¡¿Qué has dicho?!

—Creo que acabo de meter la pata.

Patricia, viendo que acabo de perder los nervios por completo, me confiesa toda la verdad. Pablo no ha invitado a Dani deliberadamente. Y eso no es lo peor... Por lo visto Fran estaba de acuerdo, aunque Antonio intentó hacerles ver a ambos que se iban a arrepentir de esa tontería.

— ¡Voy a matar a mi novio y a mi hermano!

Salgo del aseo hecha una furia, con Patricia a mis espaldas intentando detenerme. Tres camareros me esperan con una enorme tarta de merengue, llena de bengalas. Todos se ponen a cantar al unísono el cumpleaños feliz a ritmo de Parchís. ¡Dios mío! Esta situación no podía ser más penosa. Me pongo a llorar, pero no es de la emoción. Siento rabia, impotencia, qué sé yo...

— ¿Podemos hablar? —Le digo a Pablo lo más calmada que puedo.

—Cielo, primero sopla las velas.

Las soplo casi de un escupitajo.

— ¡Ahora! Te espero fuera.

Pablo viene tras de mí y Patricia, Martina y Antonio nos siguen, pero yo les pido con un simple gesto de mi mano (bastante contundente) que vuelvan al salón.

—Me has mentido.

— ¿Y ahora qué mosca te ha picado? Da igual lo que haga para complacerte porque parece ser que tú nunca estás satisfecha.

—Es mentira que Dani no podía venir a mi fiesta. ¡Es que ni siquiera lo has invitado!

— ¡Ah! Era eso. Lola, ¿vamos a discutir por una tontería? Porque creo que este no es el momento para una de tus chiquilladas.

— ¡Vaya! ¿De verdad es eso lo que piensas de mí? Solo te digo una cosa: la última persona que me dio a elegir entre Dani y él, ya no forma parte de mi vida. ¿Lo has pillado?

Tengo la cara empapada en llanto. Entro en el salón en busca de mi hermano Antonio, al traidor de Fran prefiero ni mirarlo porque me faltan las fuerzas para mantener otro enfrentamiento.

—Por favor, llevarme a la estación.

—Lolita —pregunta Antonio—, ¿qué ha pasado?

—Por el camino os lo cuento.

Tomo un trozo de tarta que hay sobre la mesa y salgo del salón antes de que mis padres y el resto de invitados noten mi ausencia o me vean con el maquillaje corrido por las lágrimas. Pablo ni siquiera se ha molestado en

venir tras de mí. Creo que esto debería abrirme los ojos de una maldita vez. Cuando abro la puerta del piso y Dani me ve aparecer, se queda bastante sorprendido.

—No te esperaba hasta mañana.

—Ya... Bueno... Cambio de planes.

—¿Qué tal la fiesta de cumpleaños? —Pregunta con cierta tristeza.

—Quisiera olvidarla para el resto de mi vida —Digo derrotada tirándome en el sofá.

—¿Tan mal ha ido?

—Faltabas tú.

Dani me abraza y entonces me pongo otra vez a llorar. ¿Por qué siempre tiene que ser tan difícil esto del amor?

—¿Qué llevas ahí? —Dice reparando en la fiambrrera que llevo en las manos.

—Mi tarta de cumpleaños. Si traes dos cucharas nos la comemos; ni si quiera he llegado a probarla.

Dani y yo nos sentamos en el sofá a devorar la tarta y ver capítulos repetidos de Forever. Y algo tan sencillo como esto hace que realmente me sienta feliz.

—¿Me vas a decir finalmente quién me dedicó la canción de Luis Fonsi y Juan Luis Guerra?

—Fui yo.

—¡Lo sabía!

Le doy un beso en la mejilla en agradecimiento. Y, aunque no lo sabía realmente, mi corazón deseaba que así fuera porque el corazón tiene razones que la razón desconoce.

«Perdóname mi amor por todo el tiempo que te amé te hice daño.

Te amé de más y fue un error, que soledad, estoy sin ti, lo estoy pagando.

Que seas muy feliz, que seas muy feliz, mientras que yo te sigo amando».

(«Te sigo amando», Juan Gabriel).

«¿Qué resulta más difícil, pedir perdón o perdonar? En ambos casos, muchas veces el orgullo se interpone entre nosotros y acabamos perdiendo a la persona que amamos».

He tenido otra conversación trascendental con Martina. Esta mañana me he llamado para preguntarme el motivo por el que desaparecí repentinamente de

mi fiesta, con la excusa de que todavía no me había dado su regalo. Le digo que nos veremos el fin de semana porque por el momento no tengo ninguna intención de ver a Fran ya que sigo muy molesta con él. Martina intenta convencerme de que ella estuvo desde un principio en desacuerdo con Pablo y Fran, y que ambos están muy arrepentidos.

— ¿La ruptura es definitiva, Lolita? —Pregunta apenada.

—Pues... de momento Pablo no ha hecho nada al respecto. Supongo que sí.

—No dejes que hable tu orgullo, por favor. Sopesa en una balanza sus cosas buenas y sus cosas malas. Seguro que tienes más de un motivo para salvar vuestra relación.

El problema es que esa balanza se me está yendo a un punto de no retorno. Llega Dani con nuestros cafés y detrás de él un repartidor con un enorme centro de flores. Sé de quién son y siento un gran alivio (por qué no reconocerlo...). Me estaba matando que Pablo me ignorara de esta manera.

—Espera —Le digo al chico del reparto—. ¿Tú sabes quién me envía las rosas todos los viernes?

—No, señorita. Yo solo me encargo del reparto. No conozco personalmente a ningún cliente.

—Gracias.

Llamé a la floristería y tampoco me facilitaron ninguna información. Esto de descubrir la verdadera identidad del Caballero Solitario es casi misión imposible. Saco la tarjeta que contiene un mensaje muy simple: «Nunca quise hacerte daño. Perdóname. Pese a todo, te quiero». Dani me mira mal. Aunque no me acaba de gustar demasiado ese: «Pese a todo», en cierto modo me siento mal con Pablo porque sí que es verdad que se esfuerza por nuestra relación, aunque muy torpemente.

—Deja de mirarme así —Le recrimino a Dani.

—No te estoy mirando a ti; miro el centro de flores. Es muy cobarde pedirte disculpas de esa manera. Perdóname, Lolita, pero ese tío no ha movido el culo para venir hasta aquí y aclarar las cosas personalmente. No te debe querer tanto como dice.

Si me hubiera dado una hostia no me hubiera dolido tanto, porque quizás tenga razón. ¡Dios mío! Estoy hecha un lío. Llega Elena de muy mal humor y esto es lo último que me faltaba. Por lo visto hoy no hago nada bien.

—Por cierto, olvídate del jueves; no voy a ir.

— ¿Qué ha pasado?

—Me he dicho Pascual que no hay cita; tiene un compromiso ineludible.

Sale del estudio sin dejarme si quiera preguntarle cómo se siente; pero es fácil de adivinar: fastidiada. Se acaba el programa, ¡por fin! Y nos vamos a casa. Necesito que se acabe ya el día de hoy porque no podía ser peor.

— ¿Dónde vas con eso? —Dice Dani al verme cargando el centro de flores.

—Me lo llevo a casa.

—«Eso"» no va a entrar en mi piso, no quiero que huela a cementerio y moral corroída.

— ¡Capullo!

Finalmente me llevo las flores a regañadientes. Frozen nos está esperando en el piso; tiene llaves y entra y sale cuando quiere. ¡Genial! Lo que me faltaba para completar este desastroso día.

— ¡Hola! ¡Qué flores más bonitas! ¿Es un regalo de tus admiradores?

—Es de mi novio.

— ¡Oh, me encanta! Tu novio tiene que ser un tío genial.

—Sí... mucho...

—Es un gilipollas —Replica Dani.

—Os dejo. Me muero de sueño.

Paso de compartir con ellos un minuto más; Elsa me produce arcadas (su voz estridente es insoportable), me molesta su presencia, y Dani hoy está un poco idiota y paso de él también. Me llega un mensaje de WhatsApp de Pablo con un simple:

«Hola! Estás despierta?».

«Sí. Gracias por las flores. Son preciosas. Yo también lo siento. No quería que las cosas fueran así entre nosotros».

«Te puedo llamar?».

Al final Pablo me llama y sí, soy una blanda; después de una hora de conversación lo acabo perdonando. Le he hecho entender que no quiero elegir entre Dani o él porque los quiero a los dos y ambos forman parte de mi vida. A continuación, a Pablo se le ocurre la genial idea de que salgamos las dos parejas de fiesta para limar asperezas. Empezar de cero e intentar llevarse bien con Dani, ya que resulta ser tan importante para mí.

Frozen propone que vayamos a un restaurante mexicano en el que se come muy bien y a buen precio (teniendo en cuenta que ella solo como hierba y sucedáneos, me cuesta creerlo). Pablo acude al piso y nos vamos todos juntos en taxi. Me pongo el vestido verde vaporoso con unos pendientes étnicos que me dan un aire más informal. Me miro en el espejo y me veo mona. Finalmente dejo mi pelo suelto y, gracias a un montón de espuma

moldeadora, luzco un rizado de anuncio. Pero claro, luego llega Frozen con su vestido blanco hipermegaajustado (seguro que ni se ha puesto tanga porque no le cabe), ese escotazo de «mamachicho» y la melenaza rubia al viento; y hace que yo a su lado parezca una de las hermanastras de Cenicienta.

En el taxi, Pablo se sienta delante y, entre Dani y yo, Frozen. No sabéis lo mucho que me molesta reconocerlo, pero tanto el taxista como mi novio, no dejan de mirar al espejo retrovisor para verle las peras a Frozen. ¡Gilipollas! La noche no ha empezado muy bien que digamos...

En el restaurante, Dani se sienta en frente de mí, Pablo a mi derecha y Frozen a mi izquierda. Llega el amable camarero con la carta y me pregunta si soy mexicana. Por más que se lo desmiento, él insiste en que me parezco mucho a Salma Hayek y que «de segurito» tengo familia «allá en México lindo». Entonces llegan los primos lejanos de Los Panchos y nos deleitan con una ranchera de Juan Gabriel.

—Esta cansión se la dedica el caballero a su noviesita linda.

El caballero es Pablo. Me quedo a cuadros cuando toma a Frozen de la mano y, besándosela, le dice:

—Para usted, prinsesa.

¡Me quiero morir! Encima esto... es casi un insulto. ¿Por qué piensa que la rubia anoréxica es la novia de Pablo? ¿Es que acaso yo no soy lo suficientemente buena para él? ¿Tan mala pareja hacemos que ni ha dudado en pensar que la niñata es su novia? Frozen sonrío idiotizada y Pablo les hace saber que han cometido un error.

—Mi novia es esta preciosa mujer —Dice dándome un beso.

¡Vale! Los primos de Los Panchos nos cantan y a mí se me olvida por un momento la molesta confusión.

«Perdóname mi amor por todo el tiempo que te amé te hice daño, te amé de más y fue un error, que soledad, estoy sin ti, lo estoy pagando».

Devoramos los nachos de los entrantes. Frozen y Pablo no paran de hablar; Dani y yo los miramos con cara de pez. ¿Os podéis creer que Frozen es militante de su partido y trabajó en la campaña electoral como voluntaria? ¡Qué dolor de cabeza me están dando! Me excuso para ir al aseo y de camino me tropiezo con uno de los mariachis.

—Disculpe, señorita, por la confusión de antes.

Si me hubiera mordido la lengua, igual ahora no me estaría calentando la cabeza, pero soy mujer y no he podido evitarlo.

—Una pregunta, si me lo permite. ¿Por qué creyó que la chica rubia era la novia de Pablo?

—Ahora que no nos oyen... —Se acerca a mi oído y casi en susurros me dice

—Muy facilito, por cómo se miraban usted y el otro caballero. Soy mariachi, canto al amor y sé reconocer una pareja de enamorados en cuanto los veo. Pero esta vez me equivoqué. Le pido disculpas nuevamente.

Me ha dejado sin palabras. Vuelvo a la mesa sumida en mis pensamientos y ya han servido las enchiladas. Dani y yo cenamos en silencio mientras que Frozen nos relata lo dura que es su vida de estudiante. Al final de la velada acabamos en la barra del restaurante dando buen fin de una botella de tequila. Después de unos cuantos chupitos, Frozen empieza a caerme hasta un poquito bien. Su lema es: «Si la vida te da limones, ¡bebe tequila!». Como la embriaguez me da cierta valentía, me atrevo a preguntarle si sus exuberantes pechotes son de silicona. Y sí lo son, ¡lo sabía! Me habla de su estúpido novio que la dejó porque pensaba que estaba gordita, según él: «Nunca había visto a una mujer comer de esa manera». Aquello le creó un trauma y por eso ha cambiado tantas cosas en su vida (en su corta vida querrá decir). En el fondo me da un poquito de pena porque su exnovio me recuerda al subnormal de Carlos. Yo también lo pasé fatal y me duele reconocer que tardé años en superarlo. Me vengo arriba y la invito al programa, ella será la próxima protagonista de: Hay una cosa que te quiero decir. Veo a Dani por el rabillo del ojo y él y Pablo se están riendo muy a gusto. Llevan hablando mucho rato y todavía no se han matado. Igual es que este plan sí que funciona. Me alegro un montón. Dani pide otra botella de tequila. ¡Dios mío! Voy a tener que salir gateando de aquí. Han cambiado ya la música y ahora, en vez de esas malditas rancheras, suena Maná. Empezamos a cantar a voz en grito y Frozen se pega unos bailoteos en el taburete que no es normal. Dudo de la estabilidad del asiento. Efectivamente, antes de que podamos hacer nada para evitarlo, da la vuelta y, si no fuera por el susto, hasta me reiría porque se ha quedado patas arriba y todos podemos verle el tanga de encaje. Esta chica tiene muy buen gusto para la ropa interior. Dani y Pablo la ayudan a levantarse, pero se queja mucho del cuello, así es que acabamos la velada en urgencias. ¡Genial! Todo un planazo de fin de semana.

Urgencias parece la discoteca más cool de toda la ciudad. Creo que han completado todo su aforo. Después de hora y media, ni siquiera han venido a buscar a Frozen. Pablo se ha levantado un millón de veces a montar un numerito a la enfermera. Yo me siento profundamente avergonzada. Vale que

este sistema sanitario funciona fatal, pero en la sala de espera hay personas que están mucho peor que Frozen y entiendo que necesiten ser atendidos antes que ella. Además, en el estado de embriaguez en el que nos encontramos los cuatro y, tal y como se está poniendo el energúmeno de mi novio, lo más fácil es que nos echen de aquí. Finalmente viene un celador a buscarla y se la lleva en silla de ruedas hasta el box en el que van a atenderla. Pablo dice que se va a la máquina a por un café bien cargado. Yo paso de beber nada en estos momentos o acabaré vomitando y a la que tendrán que ingresar será a mí. Cuando nos quedamos a solas, me abrazo a Dani y le doy las gracias.

—Es un gilipollas. Pero por ti hago lo que sea.

—Eres mi más mejor amigo y siempre va a ser así. Perdóname porque Frozen no es tan mala. Igual le tenía un poquito de envidia. Pero solo un poquito. Porque ahora ella es más importante en tu vida que yo.

—No seas tonta, Lolita, tú siempre vas a ser importante en mi vida.

«Las palabritas se las lleva el viento,
las palabritas se las lleva el aire.
Yo fui dueña de tus ojos
sin que lo supiera nadie.
Y ahora me ves y te callas
y hasta me das tú de lao
como si fuera un bicho raro
y mi amor fuese pecao.
(«Las palabritas», Nuria Fergó).

«Estaba muy enamorada y no veía o no quería ver sus desplantes y continuos desprecios hacia mi persona. A sus amigos les decía que solo éramos amigos, le daba vergüenza reconocer que éramos algo más. Siempre me criticaba por lo que comía, porque mis pechos no acababan de desarrollarse, porque mi voz era muy estridente. Y finalmente fue él quien me dejó porque estaba gorda y no hacía nada por remediarlo. Me partió el alma. Él había sido el primero y esperaba que fuera como en las novelas de amor: inolvidable. Y lo cierto es que lo fue... porque nunca nadie me ha humillado de esta manera; como para olvidarlo...».

Frozen se seca una lágrima que se le ha escapado mientras nos narraba su historia. ¡Qué tío más gilipollas! Frozen lleva collarín desde la accidentada cena. Por eso ha podido venir esta semana al programa. Pasamos a la siguiente canción que ha elegido: un tema de Bisbal.

—Elsa, ¿estás bien? —Le pregunto de corazón.

—Sí; ya lo tengo superado, pero no me gusta mucho hablar de mi pasado. De hecho, Dani se está enterando de toda la historia a la vez que tú y los oyentes. Dani, desde cabina, le lanza un beso y dice:

—Eres un cielo.

Elsa sonrío y yo siento cierta punzada de celos. Le prometí a Dani que no volvería a suceder. Lolita, ¡contrólate!

—Una pregunta —me dice Elsa—, ¿me podrías dar el teléfono de Pablo? Estamos organizando una obra benéfica y me gustaría hablar con él para ver si puede echarnos una mano desde el ayuntamiento.

—Sí, claro... sin problema.

Una vocecilla en mi interior me grita: «no te fies». Pero me he dejado seducir por Elsa y, como he decidido llevarme bien con ella, se lo doy sin

cuestionármelo ni por un segundo.

Cuando acaba el programa, Elena viene a hablar conmigo.

—Ha estado muy bien, esta chica tiene gancho. ¿Es la novia de Dani?

—Sí.

Se queda sorprendida.

— ¿Por qué has puesto esa cara? —No puedo evitar preguntárselo.

—No sé, pensé que estabas liada con Dani.

Me sonrojo; por lo visto todo el mundo piensa igual.

—No, yo tengo novio, se llama Pablo. Dani y yo solo somos muy buenos amigos.

—Entendí que vivías con él...

—Es algo temporal.

—Ya... Lola, te quería comentar que... —le cuesta arrancarse— Pascual quiere que quedemos.

— ¡Eso es genial!

—Es solo una comida informal. ¿Me acompañarías a... bueno... a comprarme algo decente?

— ¡Claro que sí! Nuestro plan de reconquista sigue en marcha. Pascual y tú muy pronto estaréis celebrando vuestro primer aniversario.

Elena se ríe; parece que está de muy buen humor. Me alegro tanto...

Es la primera vez que como con mi familia después de salir huyendo de mi fiesta de cumpleaños. Pablo este fin de semana se queda trabajando y mi madre sospecha que le oculto algo.

— ¿De verdad que todo va bien, hija?

—Sí, mamá. Pablo y yo hemos hablado largo y tendido y se han resuelto todas mis dudas. Estoy muy feliz.

Sonríó para que me crea. No he resuelto mis dudas porque todavía hay cosas de Pablo que no acaban de agradarme mucho, pero de eso se trata el amor, ¿no? De aceptar a la otra persona con sus cincuenta defectos y sus diez virtudes. Martina y Fran también vienen a comer. El muy idiota me regala una rosa roja en son de paz.

—Soy tonto y lo sabes. ¿Me perdonas? Nunca más me meteré con el tonto de Dani.

—Le acabas de llamar tonto —Le doy un pellizco en el brazo.

—Perdón, con tu amigo Dani.

—Eso está mejor. Y si lo haces, echaré laxante en tu café y cuando acabes por descubrirlo será demasiado tarde para ti.

—Tú siempre tan dulce, Lolita.

Entonces miro la rosa detenidamente y reparo en una cosa.

— ¿Escribiste tú la poesía que le leíste a Martina el día de la boda?

—Esto... Si me descubres te mato. Fue Antonio; ya sabes que a mí estos rollos cursis no se me dan muy bien. Él es más fino.

Imposible que mi hermano Fran sea el Caballero Solitario porque lo más romántico que le he oído decir es: «Cariño, estás más buena que el jamón de pata negra». Pero... ¿Y si fuera mi otro hermano? A lo mejor todavía quiere vengarse de mí por meterme en su relación con Patricia y dedicarle esas canciones en su nombre. Pero no... Es del todo imposible ya que recibo correspondencia del Caballero Solitario desde muchísimo antes de que todo eso pasara. Y creo que Antonio va a estar eternamente agradecido con el cable que le eché, pues de lo contrario él y Patricia seguirían siendo solo amigos. Dos tontos amigos enamorados que ninguno se atreve a dar el paso. Me llama Elena; ¡qué raro!

—Estoy muy nerviosa. ¿Qué zapatos me pongo? Los rojos tienen mucho tacón y me voy a matar.

—Antes muerta que sencilla, Elena. Ponte los rojos y relájate. Vas a causar sensación y Pascual caerá rendido a tus pies. Pero recuerda: lo más importante no es tu aspecto físico, sino que te sinceres con él y le expliques los motivos por los cuales rompiste vuestra relación. Hazle entender que estás muy arrepentida pues tomaste la peor decisión de tu vida.

—Tienes razón, Lola. Mil gracias.

— ¡Ánimo, Elena! ¡Tú puedes! ¡A por todas!

El jueves fuimos de tiendas. Lo primero que le hice ver a Elena es que tiene un cuerpo precioso y tiene que explotarlo. Está muy acomplejada por el pecho que le falta, pero tiene que entender que para estar sexy no tiene que lucir escotazo. Y con una prótesis nadie notará la ausencia de su pecho. Le obligo a deshacerse de los pantalones vaqueros desgastados y las camisas a cuadros tres tallas grandes. En su lugar, llenamos el armario de faldas y blusas, vestidos más formales y pantalones ejecutivos. Es un look mucho más apropiado para una directora de programas.

—Tenemos que hacer algo con tu pelo —Le dije.

— ¿Qué le pasa a mi pelo? —Preguntó ofendida.

—Parece que vayas a vender incienso en un mercadillo hippy.

Entramos en una peluquería del centro comercial. Lo primero que hace el estilista es cubrirle las canas con un tinte rubio. Dice que el pelo blanco no

está de moda esta temporada. Luego le hace un corte desigual a la altura de las orejas. Elena está totalmente cambiada. Ya metidos de lleno en el cambio, pasa con la estetician y le arregla las cejas, le hace una limpieza de cutis (muy necesaria) y acaba vendiéndole un montón de cremas. De más está decir que Elena no utiliza más que una hidratante y de las que están de oferta en el súper. Le arreglan también las manos, que las tenía hechas un desastre. Yo aprovecho todo ese tiempo para cotillear las revistas del corazón. Me entero de un montón de cosas. Debe ser que vivo desconectada del mundo. Cuando salimos del salón de belleza, Elena parece cinco años más joven.

—Y ahora, ya por último, vamos a comprarte un set de maquillaje.

—No sé maquillarme.

—No te preocupes; yo te enseñaré. No tiene mucho misterio. Además, en la sencillez está la elegancia, tampoco quiero que parezcas recién salida de un burdel.

—Muchas gracias, Lola, nunca nadie había hecho esto por mí.

—Te mereces ser feliz. Y estoy encantada de ayudarte.

Acabamos nuestra estresante jornada de compras y merendamos crepes con chocolate; un día era un día y nos lo habíamos ganado.

Pero, volviendo al día de hoy, después de la copiosa comida que nos ha preparado mi madre, a mí me apetece echarme una siestecita, pero la visita inesperada de mi suegra echa a perder mis planes. ¡Mierda! ¿A qué ha venido? Mi madre muy amablemente la invita a tomar café, aunque hace diez minutos que nos lo hemos tomado.

—Me ha dicho Pablo que estabas por aquí y quería pasar a saludarte. Me comentó que te sentiste indispuesta en la fiesta de tu cumpleaños y por eso desapareciste precipitadamente. ¡Cuánto lo lamento!

Sabe que es mentira, pero le gusta torturarme. Yo le sigo la corriente.

— ¿No estarás embarazada, verdad? Sería un escándalo. Yo quiero ser abuela pronto e imagino que tu madre también, pero lo correcto es que esperéis a después de la boda. Llegar al altar con un bombo es sacrilegio.

¡Me quiero morir! Quiero ponerme la capa de Harry Potter y volverme invisible para salir huyendo de allí. En lugar de eso, exclamo dramáticamente:

— ¡Dios me libre! Todo a su tiempo querida suegra.

Cuando la molesta visita se va, me deja en un estado tal de alteración que me liaría a dar patadas a los muebles, pegar puñetazos a los cojines y gritar con la ventana abierta para que todo el mundo me pudiera escuchar. En lugar de eso,

me preparo una tila. Definitivamente odio a mi suegra. Le envió un mensaje a Elena para ver qué tal va todo. Y me contesta muy alegremente (con emoticonos de bailarina de flamenco incluidos) que han vuelto a quedar. Lo cual confirma mi teoría de que Lola Cupido siempre acierta con sus flechas. Pero... ¿y de Cupido quién se enamora? Pablo, él dice que me quiere. Pablo está enamorado de mí. ¿Verdad?

«Todavía guardo un beso y un suspiro para darte,
si me faltan no me canso de extrañarte,
todavía vida mía.

Todavía quiero ver llegar al fin la primavera,
para darte de sus flores la primera,
todavía vida mía».

(«Todavía», Niña Pastori).

«En ocasiones interpretamos las señales a nuestra manera. Pero muchas veces lo que nos parece un NO, simplemente significa un ESPERA. Todo llega a su debido tiempo y hay que saber cuándo merece la pena esperar por algo».

Hoy es viernes y, como todos, recibo una rosa roja del Caballero Solitario; pero esta vez viene acompañada por un pequeño sobre que contiene una pieza de puzle y una carta.

«Tienes seis sonrisas, ¿lo sabías? Una cuando algo te hace reír de verdad. Otra cuando te ríes solo por cortesía. La tercera, cuando te sientes incómoda. Otra cuando te ríes de ti misma. La quinta es cuando algo te sorprende y la sexta... cuando hablas de él».

La pieza de puzle me tiene muy intrigada. Imposible adivinar de qué puede formar parte, pero la carta me ha dejado fascinada y asustada a partes iguales.

El Caballero Solitario tiene que ser alguien muy cercano a mí, alguien que me ve todos los días y que conoce a la perfección cada gesto de mi cara.

—Dani, esto empieza a asustarme. -Me atrevo a confesarle.

—Trae aquí.

Me arrebató la carta y luego empieza a reírse como si acabara de leer el mejor chiste del mundo.

— ¿Qué te hace tanta gracia? Yo no lo veo gracioso. Estoy asustada, Dani.

Alguien se ha obsesionado conmigo.

—No seas exagerada, Lolita; te envía flores, no paquetes bomba. Además, lo que te ha escrito lo ha sacado de una película.

— ¿De una película?

Recupero mi carta y la vuelvo a leer.

—Sí, de una película muy mala, por cierto. El chico de mi vida; una americanada de esas en la que la chica tiene una cita a ciegas con un famoso actor televisivo. Este se enamora de ella, pero al final de la peli la protagonista se queda con su mejor amigo. Al menos la chica era lista.

Apunte mental: mañana tengo que buscar esa película y comprobar que, efectivamente, las palabras que me dedica mi Caballero Solitario son un plagio. Porque de lo contrario estaré a merced de un psicópata que me sigue muy de cerca. Entra Elena en el estudio.

— ¿Más rosas de tu admirador secreto? Estaría bien que le dieras las gracias en antena y lo invitaras a venir al programa.

Por una vez, Elena tiene una genial idea. Igual si se da a conocer, dejaré de emparanoiarme con un supuesto psicópata.

—Me parece muy bien. Por cierto, ¿cuándo es la cena?

—Mañana. Estoy de los nervios... No sé qué ponerme.

—El vestido dorado de raso.

— ¿No lo ves muy exagerado?

—Para nada; siempre es mejor ir de más que de menos, te lo digo por experiencia.

Recuerdo los momentos bochornosos que pasé en mi primera cita con Pablo.

— ¿Esta vez te vas a sincerar con él?

—Lo intentaré.

—No, Elena; no se trata de que lo intentes. ¡Hazlo de una vez! Sé sincera, todavía estás a tiempo de tener una preciosa historia de amor con él. No desaproveches esta oportunidad.

—De acuerdo... te haré caso.

El sábado me levanto fatal y aviso a mis padres de que no voy a subir el fin de semana al pueblo. Creo que hasta me está subiendo la fiebre. Pablo se ha ido de viaje de trabajo a Madrid. Tomo posesión del sofá y del mando de la tele. Dani se está portando superbien. Es mi enfermero favorito.

— ¿Voy a morir joven?

—Solo tienes un poco de fiebre. Tómate el paracetamol. Voy a prepararte un caldo; te sentará bien.

—Gracias, amor.

Creo que me quedo medio dormida hasta que Dani regresa con la sopa y me informa que ha llamado mi madre pero no ha querido despertarme.

—Le he dicho que no se preocupe.

—Gracias. Luego la llamo. Por cierto, no he visto a Elsa en todo el día.

— ¿No lo sabes? Se ha ido con Pablo a Madrid.

Se me cae el plato de sopa de la impresión. Todo tiene una explicación, pero, dicho así, ha sonado un poco a... cuernos. Además, me fastidia un montón que:

a) Pablo no me haya comentado nada.

b) Pablo no llame para ver cómo estoy.

c) Pablo se pase todo el viaje mirándole las tetas a Frozen.

No se han ido solos, por lo visto Frozen y sus amigas se han ido a ver un musical y Pablo se ofreció a compartir gastos del viaje. Algo que me sorprende, pues a él le gusta derrochar, no necesita compartir gastos con nadie. Igual es por la fiebre, pero me estoy montando unas películas en mi cabeza que no me gustan nada. Sin embargo, Dani parece tan tranquilo. Por lo visto aquí la única loca-histórica-celosa soy yo.

—Tengo un superplan para esta noche. He conseguido descargarme la película que tanto le gusta a tu psicópata.

— ¿De verdad? Me apetece verla, pero ¿no dijiste que era muy mala?

—Podré soportarlo. Además, te he comprado tarta de queso.

— ¿Ya te he dicho lo mucho que te quiero?

Le doy un beso pero me aparta de un empujón.

— ¡Quita! Me vas a pegar tus virus.

Ya no me vuelve a subir la fiebre y vemos la peli; Dani sentado en el sofá y yo tumbada con mi cabeza apoyada en sus piernas. La película no es mala; a mí me gusta. Pero no sé en qué momento me quedo dormida. El caso es que despierto y estoy en mi cama. Tengo mucho frío. Dani está a mi lado y me pasa su brazo por encima. Está dormido. Me quedo observándolo. Está tan guapo dormido... No puedo imaginarme mi vida sin él. Le robo un beso. Como sigue dormido no se entera. Entonces me entra la tos y lo despierto sin querer.

— ¿Cómo estás?

—Pues... Creo que me ha vuelto a subir la fiebre.

Me besa la frente como hacía mi madre cuando era pequeña.

—Estás ardiendo. Voy a prepararte un vaso de leche y te tomas otra pastilla.

—Gracias.

Después de tomarme la leche y la medicación, me meto en la cama y Dani me arropa como si fuera una niña. Me da un beso en la frente.

—Tranquila, no me dan miedo tus virus. Descansa.

—Dani; no te vayas. Quédate conmigo, por favor.

Dani se vuelve a meter conmigo en la cama y me abraza. Después ya no recuerdo nada más porque caigo en un profundo sueño.

«Entiende que desde esa noche
solamente pienso en ti desde esa noche,
muero por tenerte aquí
pero me da miedo enamorarme de ti.
Y yo de ti».

(«Desde esa noche», Thalía y Maluma).

«Son las veintidós y cincuenta y ocho minutos de la noche y acabamos de escuchar a Thalía muy bien acompañada de Maluma. ¿A quién no le ha pasado? ¿Tener miedo a enamorarse? Y, sin embargo, cuando te quieres dar cuenta ya no hay marcha atrás porque ha sucedido, sin saber cómo ni por qué: te has enamorado de esa persona».

Recibo la tercera pieza de puzle. Son tres de las cuatro esquinas. Ni idea de qué pueda tratarse. Esta vez la nota que lo acompaña es muy simple:

«Es fácil quererte, lo difícil sería dejar de hacerlo».

Me encantaría que esa persona que ya no sé si de verdad está enamorada de mí, obsesionada o simplemente está jugando conmigo y esto no sea más que una burla, diera la cara de una vez. Pero después de varios llamamientos públicos que le he hecho, nada de nada. No hay respuesta. El Caballero Solitario sigue siendo un misterio para mí.

Salimos de la radio y Dani me lleva hasta mi piso. Ya he regresado. Acabaron las reformas, lo pinté y cambié unas pequeñas cosas. Ahora ya estoy instalada nuevamente en mi hogar... el problema es que ya no lo siento mío. Está vacío. Nunca antes me había sentido tan sola.

—Ya hemos llegado —Me informa Dani de algo obvio.

—Gracias.

—Se me hace raro.

A mí también, aun así pregunto:

— ¿El qué?

—Que no te vengas a casa conmigo.

—Y a mí.

—Te echo de menos, Lolita.

Lo abrazo muy fuerte y escondo mi cara en su pecho porque no quiero que se dé cuenta que yo estoy a punto de echarme a llorar. Ya nada es lo mismo. Después de vivir con él, no me acostumbro a esta soledad. Es más, hasta echo de menos a Elsa (bueno, quizás me haya pasado, pero... ya no me era tan molesta).

— ¿Quieres subir? No has visto cómo ha quedado todo después de la reforma.

Lo que más le gusta a Dani es el mural del pasillo. He puesto una de esas frases con vinilo de las que cuelgan unos marcos, también de vinilo. En ellos hay una pequeña recopilación de cada uno de nuestros viajes.

— ¡Me encanta! «La vida es un viaje que sabemos dónde empieza pero nunca dónde acaba. Y solo nosotros elegimos cómo vivirlo» —Lee Dani—. ¿Y Pablo no te ha matado por esto?

—Todavía no lo ha visto —Sonrío forzosamente.

Efectivamente, a mi novio no le hace ni puñetera gracia el mural. Es domingo por la noche, me ha traído del pueblo y cenamos en mi casa. La idea es que se quede a dormir, pero, en el plan en el que está ahora mismo... no sé yo. Ya llevaba todo el fin de semana despotricando porque vuelven a haber elecciones generales y, cuando se pone en su papel de político, juro que hasta empiezo a odiarlo. Y ahora lo que faltaba: el mural.

—He contado quince fotos de Dani. ¿Y nuestras? ¿Cuántas fotos hay nuestras? ¡Solo una puñetera foto!

—Primero que todo: no me grites porque no soy sorda. Y segundo, son las fotos de mis viajes. Tenía una vida antes de que llegaras tú, ¿lo sabías?

—Lo siento. Nos iremos de viaje. Yo también quiero tener una foto colgada ahí.

Pablo me da un beso y nos reconciamos. Después de cenar, nos sentamos en el sofá a ver un ratito la tele. Le pregunto por el viaje a Madrid, así como quien no quiere la cosa, pero quiero detalles de Frozen y sus amiguitas. Les ha conseguido unos permisos para representar una obra benéfica en el auditorio. Realmente me aburre mucho todo lo que me está contando y me quedo dormida.

— ¡Eh! Lola, no me estás escuchando.

—Dani, no te vayas.

Noto un movimiento brusco y caigo en el sofá de golpe. Abro los ojos y veo que Pablo se levanta muy enfadado. ¿Y ahora qué mosca le ha picado?

—Esperaba un recibimiento más cariñoso, pero ya veo que estar conmigo te aburre soberanamente.

—Lo siento, Pablo. Desde que estuve enferma me he quedado un poco floja y no descanso bien por las noches.

—Será mejor que me vaya. Así te dejo «descansar» —Dice con cierto sarcasmo—. Por cierto, mi nombre es Pablo. No soy el tío de las fotos y te recuerdo que es conmigo con quien tienes una relación. O al menos eso creo...

—Pablo, espera...

Pablo pasa de mí. Si ha decidido irse, no voy a lograr que cambie de opinión. Ya no puedo conciliar el sueño. ¡Dios mío! ¿Cómo he podido confundirme de nombre? Pablo está molesto y con razón. Tengo que hacer algo urgente para que me perdone. Después de mil vueltas en la cama, abro el portátil y busco fotos nuestras. ¿Es que nunca nos hacemos fotos? Llevo saliendo cuatro meses con él y solo tenemos seis fotos y en casi todas salgo horrible. Al final tengo una brillante idea. Nunca he estado en Egipto. Saco de internet una imagen de las pirámides y hago un montaje con la foto que nos sacaron juntos en la boda de mi hermano. Ya es muy tarde, aun así se la envío a Pablo por WhatsApp con un pie de foto: «Hagámoslo realidad». Pongo «te quiero», pero luego lo borro y añado un emoticono de corazones. Le doy a enviar. ¡La suerte está echada!

«Es algo más que la distancia,
que el dolor o la nostalgia;
sabemos que eso no nos va a separar.
Es darte un beso cada noche,
que tus manos me enamoren
y lo nuestro crezca cada día más.
Porque somos algo más».
(«Algo más», La quinta estación).

«Querida Lola Cupido: dejaré mi nombre en el anonimato porque mi historia de amor es un secreto y deseo que así siga siendo. Estoy enamorada

del novio de mi amiga. Al parecer, él también siente cosas por mí. ¿Qué debo hacer?». Muy fácil, amiga oyente; averigua sus verdaderos sentimientos y, si corresponden a los tuyos, sincérate con tu amiga. Si de verdad crees que merece la pena, ¡lucha por él!».

— ¡Qué bonitos consejos das, reina! Que le quite el novio a su amiga —Ya está Dani metiéndose conmigo.

—Bueno, hay veces que las parejas están equivocadas. Si él quisiera realmente a la amiga, no se hubiera fijado en nuestra querida oyente.

Llega el mismo mensajero de todos los viernes, con mi rosa, mi carta y la pieza de puzle. La saco del sobre y la examino. Esta ya es la sexta.

—Parece el ala de una mariposa.

— ¿Quieres una lupa para examinarla, Sherlock? —Bromea Dani.

Me quita la carta y la lee en voz alta con bastante dramatismo.

—«He aprendido que no puedo exigir el amor de nadie. Yo solo puedo dar buenas razones para ser querido... Y tener paciencia para que la vida haga el resto». Se lo ha copiado a William Shakespeare.

— ¿Tú cómo la sabes? Si en la vida has leído a Shakespeare. ¡Y trae aquí! La carta es mía.

—Para tu información, sí he leído a Shakespeare, el plato que me has robado tiene una frase suya.

—No te lo he robado; te recuerdo que tú me lo regalaste. Y paso de que Frozen coma pienso en mi plato.

—Desde luego... ¡Cómo sois las mujeres!

Leo mi carta y firma William Shakespeare. Así que ahora resulta que mi Caballero Solitario es el fantasma de un dramaturgo inglés que murió hace siglos. ¡Genial!

El domingo Frozen nos invita al estreno de la obra benéfica y, claro, tenemos que ir porque Pablo es su invitado de honor ya que les ha conseguido todos los permisos para actuar en el auditorio. La obra es una adaptación de Romeo y Julieta (parece que Shakespeare me persigue). Aunque yo más bien diría que la han reescrito destrozándola por completo. Shakespeare debe de estar revolviéndose en su tumba. Cuando Romeo va en busca de su amada y la halla muerta, decide regresar a su exilio en donde va a prometerse con la hija ciega de un mercader. Julieta, al despertar y enterarse de tales noticias, decide pasar el resto de su vida dedicada a Dios, tras los muros de un convento.

— ¡Vaya patata de obra! —Exclamo.

—Pues a mí me ha gustado —Dice Pablo.

Dani y yo nos miramos y debemos contener la risa para que Pablo no se ofenda.

—Elsa actúa muy bien —Confieso en voz alta aunque me cueste hacer tal cumplido.

Yo me la esperaba en el papel de Julieta, pero el papel de la muerte lo ha bordado. Aunque en esta obra no se muere nadie. Después de la obra nos vamos de copas junto al reparto completo de la nueva versión shakespeariana. Felicito a Frozen por su actuación y me repite veinte veces (juro que no es una exageración):

— ¿De verdad te ha gustado?

¡Qué sí! ¡Vale? Pero no te emociones porque tampoco es que te vayan a dar un Goya por ello. Entonces, no sé cómo, pero acaba saliendo el tema del verano y yo, muy emocionada, informo a todos que Pablo y yo nos vamos a Egipto. Lo he estado mirando en la agencia de viajes que se anuncia en la emisora porque me hacen un descuento brutal. Pero para brutal la respuesta de mi novio:

—No, cariño. Este año no podemos irnos de vacaciones. Vuelven a haber elecciones y tengo mucho trabajo por delante.

¡Zas! ¡En toda la boca! Si me hubiera tirado un cubo de hielos no estaría más helada. Me he sentido muy mal por la discusión que tuvimos y, cuando me ilusiono con un viaje y empiezo a creer que entre Pablo y yo van a mejorar las cosas, que el viaje nos va a unir a un más, va y me vuelve a hacer a un lado. A veces siento que para él solo soy un trofeo. La novia de adorno. Ya no abro la boca en toda la noche. Me levanto para ir al aseo y descubro que mi zapato ¡está roto! ¡Rajado por completo de arriba a abajo! ¡Dios mío, qué apuro! ¡Y ahora qué hago? A una de las chicas (creo que era de los Montesco), se le ocurre sujetarlo con una goma, pero aun así se cae la suela. ¡Mierda! Entonces a Julieta se le ocurre que la peguemos con chicle. Saca un paquetito de su bolso y nos ponemos todos a mascar chicle como locos. ¡Esto es ridículo! No obstante, parece que el invento ha funcionado. La suela ya casi no se mueve y puedo andar pese a que mi zapato da ¡mucho asco! Ya no estoy cómoda y le pido a Pablo que nos vayamos.

— ¿Tan pronto, cielo? Es que estamos hablando... ¿Sabes que se han ofrecido voluntarios para la campaña electoral? ¿Tú no te animas?

—Lo siento; sabes que no dispongo de mucho tiempo libre y mis horarios son peculiares. Pablo... yo me voy porque estoy muy cansada. Tranquilo, me voy

yo sola.

— ¿De verdad no te importa?

¡Claro que me importa! Has pasado de mí toda la maldita noche. En lugar de eso, le doy un beso rutinario y me despido.

—Te quiero —Me dice Pablo también de forma rutinaria.

Dani se ofrece a acompañarme hasta la parada de taxis. Cuando estamos finalmente a solas, se queja furibundo:

—Dudo mucho que ese tipo sepa lo que significa esa palabra.

Le diría a Dani que no lleva razón; pero ya no estoy tan segura. Llega un taxi y me subo. Para mi sorpresa, Dani me sigue.

— ¿Qué haces?

—Me voy contigo. Reconócelo, Lolita, pasan de nosotros. Elsa ni se ha dado cuenta que he salido tras de ti.

Nos reímos por no llorar. El resto del viaje me apoyo en su hombro y hasta me permito cerrar los ojos. Cuando bajamos del taxi, Dani me coge en brazos.

— ¿Qué haces?

—No voy a dejar que te tuerzas un tobillo por culpa de esa mierda de zapato.

—Gracias.

Aunque no hacía falta, Dani cruza el umbral de mi puerta conmigo en brazos. Me ha parecido tan romántico...

—Esto ya no es necesario... —Digo con una sonrisa forzada.

Dani me mira fijamente y una punzada de deseo me atraviesa por completo. Pablo nunca me mira así. Entonces noto sus labios rozar los míos en un beso lento que enciende mi pasión.

—Es la tradición —Murmura con voz roca.

Me deja en el suelo y, entonces, como un resorte, nuestros labios se vuelven a juntar y nos devoramos por completo. Un beso en el que me lo entrega todo. Dani despierta en mí algo que tenía olvidado. En toda mi vida me habían besado así. Porque siento que con este beso está rozándose el alma. Cuando empieza a moverse y me hace retroceder hasta topar con el sofá, noto cómo sus manos buscan la cremallera de mi vestido y por un segundo soy consciente de lo que realmente está pasando. Reacciono casi asustada. ¡Dios mío! ¿Qué estamos haciendo? ¡Los dos tenemos pareja! Me separo de Dani con mucho esfuerzo y un dolor de corazón enorme.

—Dani... —Digo rozando sus labios con mis dedos—. No hagamos algo de lo que podamos arrepentirnos.

Veo decepción en sus ojos y, con mucha pena, besa la yema de mis dedos y se despide con un simple:

—Buenas noches.

¿Cuánto tiempo me quedo parada mirando la puerta cerrada tras irse Dani? No lo sé... Pero leí hace poco una de esas frases que comparte la gente en Facebook y no puedo quitármela de la cabeza: «Sabes que puedo hacerte feliz incluso con la ropa puesta; y eso acojona». Sí, definitivamente empiezo a sentirme así. Llora hasta quedarme dormida porque por primera vez empiezo a ver las cosas claras y estoy, efectivamente, acojonada.

«Me quedé con las ganas
de hacerte el amor cada madrugada.
Me quedé con la forma de besar
a la que tú me acostumbrabas.
Me quedé con la duda
de qué pasaría si tu regresabas».
(«Me quedé con las ganas», Tito el Bambino).

«"Querida Lola Cupido: Seguí tus valiosísimos consejos y sí, él también está enamorado de mí. El problema es que entre los dos le hemos hecho daño a una persona a la que ambos queremos. La relación de ellos se terminó y, por lo visto, nuestra amistad también porque ella solo me culpa a mí. Y quizás tenga razón; eso es lo que más me pesa. De momento no estamos juntos porque no queremos hacerle más daño a ella. Nos hemos dado un tiempo para empezar despacio y sin cargas emocionales que nos impidan ser felices juntos". Querida amiga oyente: no tienes nada de qué arrepentirte. Has hecho lo correcto; escuchar a tu corazón. Respecto a tu amiga... bueno, decirte que si de verdad lo era, te perdonará. Una tercera persona nunca rompe una pareja. Si se rompe es porque ya no funcionaba. Y respecto a él, os deseo de todo corazón que seáis muy felices».

¡Dios mío! Escucho mis propias palabras y parece que me las esté repitiendo a mí misma. El beso de Dani me ha dejado marcada porque me ha hecho asumir la realidad: jamás podré decirle a Pablo que lo quiero porque simplemente él no despertó ese sentimiento en mí. Sí es cierto que tengo sentimientos hacia él, pero no son lo suficientemente fuertes como para que sigamos manteniendo una relación que no nos conduce a ninguna parte. Ahora viene la parte difícil: decírselo y romper con él. Dani no ha sido el culpable de esta decisión. Ni siquiera siento que haya engañado a Pablo con un simple beso. Porque como bien le he dicho a nuestra querida oyente, nuestra relación ya no funcionaba y después de todo ese beso ha sido lo único que necesitaba para reaccionar y dejar de forzar un destino que no es el mío. Ahora viene la peor parte: ¿Qué pasa con Dani? Llevamos una semana muy raros los dos. Es como si quisiéramos fingir que ese beso jamás existió; pero no es así. Y no vamos a poder seguir con esta pantomima por mucho más tiempo.

—Dani, esto... ¿cuando me lleves a casa puedes subir dos minutos?

—Si es para excusarte por lo que pasó el otro día...

Entra Elena como un huracán interrumpiendo la que, probablemente, sea la conversación más importante de mi vida. ¡Mierda y mil veces mierda! Y por si eso no fuera poco... ¡me besa! Pero un beso de esos que me daba mi abuela y me absorbía los mofletes dejándolos babosos.

— ¡Estoy tan feliz!

— Ha catado varón —Murmura Dani por lo bajinis.

Dudo mucho que Elena lo haya oído, pero a mí me entra la risa.

—Mil gracias, Lola, por tus valiosísimos consejos; tenías razón.

¿Podría la gente dejar de decir eso? Mis consejos son una mierda y jamás sirven para mí. ¿O si no por qué ahora mismo me encuentro en tan penosa situación sentimental?

—Pascual y yo...

No se atreve a decirlo, me hace gestos como tiene por costumbre hacer mi madre para expresarse. ¡Oh, Dios! Dani tiene razón: Pascual ha debido pegarle un buen revolcón porque en mi vida la había visto tan eufórica.

—Te voy a estar eternamente agradecida. Créeme que, en cuanto pueda, te devuelvo el favor.

Y me vuelve a dar otro de sus besos de abuela. Una vez en el coche, repaso mentalmente la conversación que quiero mantener con Dani. Podría abrir la boca en este momento y soltárselo todo de golpe, pero ahora mismo está conduciendo y quiero mirarle a los ojos directamente cuando lo haga; así sabré las respuestas correctas aunque no salgan de su boca. En la radio vuelven a poner la canción de Tito el Bambino y la tensión entre ambos sube porque su letra lo dice todo: «Me quedé con las ganas de hacerte el amor cada madrugada...». Si no lo hubiera detenido, habríamos acabado en la cama. ¿Y sabéis qué es lo peor de todo? Que no estaría arrepentida de nada. Suena mi móvil y, como no me lo esperaba, y menos a esas horas, casi voto en el asiento.

— ¿Qué pasa? —Pregunta Dani preocupado al ver mi cara de espanto.

—Pablo está en el hospital.

— ¿Qué le ha pasado?

—No sé —digo nerviosa— la enfermera se explicaba fatal. Le están haciendo pruebas. Por favor, llévame al hospital, necesito verlo.

La incertidumbre de no saber exactamente qué le pasa, me está matando. Llegamos allí y nos dejan en la sala de espera, sin noticia alguna. Finalmente llaman a los familiares de Pablo Martínez al box número cinco. Por fin me

dejan verlo.

—Cielo, has venido... —Dice un Pablo abatido que reposa en una camilla.

— ¿Cómo te encuentras?

—Agotado. Tengo mucho sueño.

—Es el efecto de la medicación —Dice la doctora.

Me explica que Pablo tiene un cuadro de ansiedad agudo. Que, a consecuencia de ello, ha sufrido un síncope y la pérdida de visión temporal, pero que ahora se encuentra estable. En cuanto tengan todos los resultados de las pruebas, podremos irnos a casa. Ahora Pablo necesita llevar una vida tranquila y tomar medicación para la ansiedad. Me hacen volver a la sala de espera hasta que le den el alta definitiva. Dani el pobre sigue allí esperando muerto de sueño.

—Ya te puedes ir; nos mandan a casa. Ha sido una crisis de ansiedad.

—Me alegro de que no sea algo peor.

—Muchas gracias por todo, Dani.

Le doy un fuerte abrazo, pero lo noto rígido.

—Lolita, ¿de qué querías hablar en tu casa?

—Olvidalo.

—Si es por el beso, te prometo que no se volverá a repetir.

—Dani, yo... Jamás te haría daño. Me importas demasiado. ¡Perdóname!

Nos volvemos a abrazar y esta vez sí lo siento muy cerca. Siento su corazón latir junto al mío y lloro porque a veces no es suficiente con tener las cosas claras; a veces la suerte nos da la espalda. Ahora que sé que no quiero estar con Pablo, que lo que realmente quiero es... otra cosa, la vida me obliga a permanecer a su lado. No puedo dejarlo en estos momentos. Si vuelve a tener una crisis por mi culpa y le pasa algo grave, jamás me lo perdonaría.

«Si te vas, yo también me voy,
si me das, yo también te doy, mi amor;
bailamos hasta las diez
hasta que duelan los pies.
Con él te duele el corazón
y conmigo te duelen los pies».
(«Duele el corazón», Enrique Iglesias).

«Esta canción nos la solicitaba nuestro misterioso Caballero Solitario, a

quien nuevamente invito a que venga al programa. Estaremos encantados de que participe en nuestra sección: Hay una cosa que te quiero decir».

Aparte de dedicarme la canción (cosa que no he dicho por antena porque Pablo ya está bastante mosqueado con el tema y hasta quiere contratar un detective privado para que averigüe quién es el loco que me acosa), también me manda una nota y otra pieza de puzzle. Yo no considero que me acose. Si bien es cierto que a veces me mosqueo porque no sé quién es, pero no me siento amenazada. Solo son notas de amor. En esta última me ha escrito: «Te mereces un hombre que solo haga que te duelan los pies de tanto bailar; jamás el corazón». Lo cierto es que la nota es muy bonita y razón no le falta. Pablo se ha venido a vivir temporalmente a mi piso para que pueda cuidarlo mientras se recupera. Dicen que la convivencia puede romper una relación y eso es absolutamente cierto. Pablo es tan maniático que por momentos me resulta insoportable. No le gusta nada de lo que hago. Critica mi comida, la distribución de mis muebles, mis costumbres, etc. Es que me recuerda tanto a Carlos que me duele el corazón. ¡Dios! ¿Cómo no me di cuenta antes? Estoy aguantando porque no es el momento, pero en cuanto se recupere y regrese a su piso, le pediré un descanso. No quiero dejarlo definitivamente porque temo hacerle daño, pero... lo cierto es que no tengo ninguna intención de volver con él. Pablo me ha decepcionado tanto... Ayer sin ir más lejos, tuvimos una discusión. Me puso tan nerviosa que acabé por preguntarle:

— ¿Realmente hay algo que te guste de mí?

—Eres preciosa.

Lo que yo pensaba: soy la novia trofeo. Me mordí la lengua porque no quiero que sufra otra crisis por mi culpa, pero esta situación es insostenible.

—Lolita —me dice Dani cuando salimos de la radio—, discúlpame con Pablo, pero no vamos a ir a la «Happy Party» de cumpleaños de tu suegra ya que no tengo el gusto de conocerla y Elsa y yo no pintamos nada en esa reunión familiar.

—Querrás decir el disgusto.

Los dos nos echamos a reír. No sé por qué Pablo ha tenido la absurda idea de invitarlos. Igual es para congratularse conmigo después de la pequeña pelea de ayer.

La «Happy party» de mi suegra (como dice Dani), se celebra el domingo después de misa. Ha invitado a mi familia al completo a comer a su casa. Para tal ocasión, me pongo el vestido de los domingos, pero aun así me siento

fuera de lugar. Pablo va todo trajeado. ¡Por Dios, con el calor que hace! Y mi suegra lleva un traje de chaqueta tan dorado que me he tenido que poner las gafas de sol para que no me deslumbre. Y os juro que no es una exageración. No sé si lo había comentado alguna vez, pero odio comer con mi suegra porque se pasa todo el rato observándome y analizando cada uno de mis movimientos. Hasta se sonríe y se atreve a comentar en voz alta:

—Viéndote comer, cualquiera diría que estás de antojos.

—No te preocupes mamá, eso será después de la boda —Le dice Pablo.

¡Aaarrrrgg! Tengo ganas de gritar, de abofetear a mi suegra y de paso a mi novio. Me siento como si fuera una yegua a la que tienen que montar para criar potrillos. Pero me contengo porque veo la cara de mi padre y está a punto de soltar una de las suyas. Mi padre es guardia civil y siempre ha sido muy estricto. Su mayor defecto es que no se calla nada que le moleste y no sabe disimular cuando alguien no es de su agrado. Pero eso no es lo peor, mi querido suegro y él no se llevan muy bien que digamos... antiguas rencillas de pueblo que nunca me han llegado a contar bien. Así que ya os podéis imaginar la situación... Estoy deseando que acabe la comida para largarme de aquí. Antes de los cafés, sacan la tarta que ha hecho mi madre. Es una tarta impresionante (lo dice una experta en tartas). Un bizcocho de chocolate cubierto con fondant blanco y rematado con unas rosas también de pasta dulce. No sé por qué se ha esforzado tanto; total, es para mi suegra, que no digamos que es demasiado simpática con mi madre. Hasta se saca ella misma la tarta. Pablo me sostiene del brazo y me anima a levantarme. En unas breves décimas de segundo, me doy cuenta de que algo no marcha bien, pero ya es demasiado tarde para reaccionar. Mi suegra, con una sonrisa que más bien me recuerda a Cruela de Vill, deja la tarta delante de nosotros.

— ¡Enhorabuena!

¿Por qué me felicita? Lo descubro muy pronto. Pablo me toma de las dos manos y me mira directamente a los ojos. Miro al resto de comensales. Mi madre también sonríe satisfecha. Mi padre tiene cara de circunstancias, Antonio bufá resignado y Martina está a punto de aplaudir y tirarnos el arroz directamente.

—Lola, creo que ha llegado el momento de que formalicemos nuestra relación. He hablado con el párroco y podría casarnos el doce de octubre. A mi madre le haría mucha ilusión esa fecha porque coincide con su santo.

¡Dios mío! ¿De verdad se está escuchando? Empiezo a marearme. Siento un sudor frío y me tiemblan las manos. Me suelto de Pablo y me llevo la mano a

la boca.

—Lo siento.

Salgo corriendo en busca del aseo. Es inminente el hecho de que voy a vomitar.

—Ten cuidado y no vayas a vomitar en el parque.

Odio a mi suegra. Y no me hubiera importado vomitarle en el parque, pero soy educada y lo hago en el váter. ¡Dios mío! ¿Qué me pasa? ¿Estoy teniendo una crisis de ansiedad? Tengo que detener esto. ¡No me voy a casar con Pablo! La situación es patética: estoy encerrada en el aseo de mis suegros, tirada en el suelo y llorando desconsoladamente. Obviamente, no tardan en venir a buscarme.

—Lola, ¿cómo estás? ¿Puedo pasar?

Es Pablo. Me lavo la cara y abro la puerta.

—Me has asustado. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Solo he vomitado. Tu madre tiene razón: no debería comer tanto.

—Olvídate de mi madre. Creo que tenemos que hablar de nosotros. Me ha dado la sensación de que no estás muy feliz con el compromiso.

— ¿Todos lo sabían, verdad? Todos menos yo, obviamente. El cumpleaños de tu madre solo ha sido una excusa.

—Quería sorprenderte.

—Pues créeme que lo has logrado. Lo siento Pablo, no me voy a casar contigo. No has entendido nada... Te pedí que fuéramos despacio y ya estás hablando de una boda inminente cuando solo llevamos cinco meses juntos y, además, nos pasamos la vida discutiendo.

—Perdóname. Es que no veo la hora de que estemos juntos. En estos días de convivencia he sido muy feliz.

—Pues a mí no me ha dado esa sensación.

—Perdóname. Iremos despacio, como tú quieras.

Vuelvo a llorar porque no quiero hacerle daño a Pablo, pero ya no puedo más. No lo quiero y nunca lo voy a querer. Esta situación es absurda e insostenible.

—Lo siento, Pablo, esto jamás va a funcionar —Le doy un beso en la mejilla

— Perdóname.

— ¿Me estás dejando?

—Sí.

—Bien.

Pablo sale del aseo dando un portazo. Ya no me quedan fuerzas ni para llorar.

Regreso al comedor donde todos me esperan para que les dé una explicación. Por lo visto, Pablo se ha ido de casa hecho una furia.

—No va a haber boda. Pablo y yo hemos decidido terminar con nuestra relación.

Patricia me sostiene para que no me derrumbe. Veo a mi madre echarse a llorar y me duele mucho porque sé que no está de acuerdo con mi decisión. Pero no me da tiempo a pensar en cómo se sienten los demás o cómo me siento yo. Me preocupa la actitud de Pablo y lo que vaya a hacer ahora. Si le ocurre algo por mi culpa, no podré perdonármelo.

—Siempre supe que eras una libertina —Casi escupe mi suegra—. Y desde luego esto es lo mejor que le podía pasar a mi hijo, nunca estuve de acuerdo con esta boda. Pero él estaba muy ilusionado con el compromiso y dudo mucho que la decisión de romper haya sido también suya. Así que, si le pasa algo por tú culpa, ¡lo vas a pagar!

—¡Vámonos! —Dice mi padre.

Patricia me empuja hacia la calle y toda mi familia, a excepción de Martina, me siguen. Ella se queda con su tía a consolarla. Es normal, aunque en cierto modo me siento traicionada. Martina siempre ha sido mi mejor amiga y siento que acabo de perderla. Por lo menos nos informa cuatro horas después de que Pablo ha aparecido en estado de embriaguez pero se encuentra bien (más o menos). Mi madre no me habla, no ha querido saber nada, así que me encierro en mi habitación y ni siquiera bajo a cenar; se me ha cerrado el estómago por completo. Le mando un breve mensaje a Dani en el que le informo de que Pablo y yo hemos terminado. Y él me pregunta si estoy bien.

«Más o menos... El amor no se hizo para mí».

Llaman a la puerta. Es mi hermano Antonio.

—No has bajado a cenar.

—No tengo hambre. Además, mamá me mira con cara de perro y casi ni me dirige la palabra.

—Se le pasará. Tu suegra, perdón, exsuegra va a despotricar por todo el pueblo de nuestra familia. Y ya sabes cómo es mamá, le importa mucho el qué dirán.

Llaman de nuevo a la puerta. Para mi sorpresa es Fran que viene con la tarta de fondant.

— ¡Oh! Llévate eso de aquí, por favor.

Fran me ignora y saca tres cucharas. Se sienta con nosotros en la cama y nos reparte un trozo de pastel a cada uno.

—Vamos a celebrar el no compromiso.

—Pensaba que te gustaba Pablo —Digo sorprendida—. Es el primo de tu mujer.

—Lo quiero tanto como a su tía Pilar o como a un dolor de barriga.

Inevitablemente me hace reír.

—Yo quiero lo mejor para ti, Lolita. ¡Prueba el pastel!

Al final lo pruebo y está buenísimo. Mi madre es una gran repostera.

—El amor no es para mí. Debería admitirlo y ahorrarme más problemas.

—O deberías admitir que quieres a Dani y solucionarlo —Dice Antonio.

—¿Se me nota demasiado?

—¡Ya lo creo! —Dice Fran—. Dani no me cae bien. Pero extrañamente te hace feliz.

—Entre Dani y yo ya no puede existir nada más que una simple amistad porque él está enamorado de Frozen.

Suena mi móvil y el cotilla de mi hermano Antonio mira la pantalla. Como lo tiene más cerca, lo lee antes que yo.

«Y tú qué sabrás... Te quiero, Lolita. Nos vemos mañana (emoticono besucón)».

—Pues creo que te acaba de confesar que te quiere.

—Solo es una forma de hablar. Siempre me lo dice —Les aclaro a ambos.

—Ya... Claro —Dice Antonio—. Te recuerdo que Dani es mi amigo. Os conozco perfectamente a los dos y sois unos tontos enamorados. ¡No seas tonta, Lolita, y haz algo!

—O acabarás por perderlo —Concluye Fran.

De momento lo único que se me ocurre es contestar al mensaje. Y me doy cuenta que a Pablo jamás pude decirle «te quiero» y a Dani se lo he dicho tantas veces sin ni siquiera darme cuenta...

«Y yo a ti».

Acabo con mi trozo de pastel y me seco las lágrimas. Nunca quise hacerle daño a Pablo y esta historia ya ha durado demasiado tiempo. Es hora de pasar página y luchar por lo que quiero. Con todas mis fuerzas lanzo el plato contra la pared y se rompe en mil pedazos. Mis hermanos se asustan.

—¡Dios, estás loca! —Dice Fran.

—Y lo bien que te quedas...

Le quito su plato y también lo estampo contra la pared. Antonio me ofrece el suyo para que haga lo mismo. Después los tres nos reímos y por un momento olvido todo y, de verdad, creo que la felicidad me está esperando en alguna

parte.

«Al diablo con lo que dice la gente,
al diablo la moral que nos detiene.
Al fin y al cabo no es ningún delito,
darle al corazón lo que merece.
Al diablo con lo que dice la gente,
que hagan leña de nosotros, que critiquen
vivir escondiendo nuestro amor,
eso sí es un crimen».
(«Al diablo», Joel Santos).

«Esta canción se la dedicaba Javier a Marta, el amor de su vida. Ambos han querido salir del anonimato. Después de varias semanas siguiendo los consejos de Lola Cupido acerca de su relación sentimental, Javier quiere que hagan pública su relación, pues no están haciendo nada malo y tienen derecho a vivir su amor libremente».

Me conmueve tantísimo que haya sido él quien diera el paso de defender su amor ante todo y ante todos, que sin poder evitarlo se me escapa una lagrimilla. Llevo una semana muy sensible y no es para menos. Pablo hasta me ha bloqueado en el móvil y mi madre apenas me habla. Encima Antonio me ha contado que Pilar y ella discutieron a la salida del rosario. Un motivo más para que esté enfada conmigo. Me sabe fatal por mi madre. Ella es muy remirada para estas cosas. Este fin de semana iré al pueblo para arreglar las cosas. No soporto la indiferencia de mi madre. Al menos Martina ha reaccionado bien. Me envió un mensaje de apoyo. Me quedé bastante sorprendida. Desde un principio pensé que se posicionaría del lado de Pablo y de su ofendida tía, pero no fue así. Lo malo es que no hemos podido hablar tranquilamente porque ella y Fran están de viaje.

—Lolita, últimamente eres muy aburrída, se te está quedando cara de Mona Lisa —Bromea Dani—. ¿Ya te has arrepentido de dejar a Pablo?

—En todo caso estoy arrepentida de no haberlo hecho antes y dejar que las cosas llegaran tan lejos porque en el fondo siempre supe que no encajábamos. ¡Y por favor, no me digas que te lo dije!

—Yo no he despegado mi pico.

—Que hablen de mí lo puedo soportar, pero que humillen a mis padres, eso

no lo permito.

Le cuento lo que pasó entre Pilar y mi madre a la salida del rosario.

— ¡Caray con la suegrita! Menos mal que no fui a su «Happy Party».

— ¡Ex! Y por desgracia... Mañana me voy al pueblo e intentaré arreglar las cosas con mi madre. Tengo una opresión en el pecho... Esto me supera.

— ¿Quieres que te acompañe?

— ¿Y Elsa?

— Está muy liada con la campaña electoral, trabajando codo con codo con el Meapilas. Por cierto, está bien. De muy mala hostia, pero bien. Y tranquila, no se ha dado al alcohol y a las drogas.

— ¿Harías eso por mí?

— Ya lo sabes.

Si lo hubiera pensado detenidamente, me lo estaría replanteando pues no acaba siendo la mejor idea. Cuando mi madre lo ve aparecer, inmediatamente ata cabos y se encierra en su habitación a llorar y rezar por mi conducta irreverente. Antonio reacciona rápido y se lleva a Dani al bar a tomar unas cañas antes de la comida. Papá y yo nos encerramos en la cocina; por lo visto hoy cocinamos nosotros mientras me relata el incidente con Pilar.

— Hija, no te lo había dicho, pero gracias; no sabes el gran alivio que he sentido al saber que no tendremos que emparentar con esa señora.

— ¿Por qué os lleváis tan mal? Nunca me lo habéis contado.

— ¡Oh! Historias del pasado. Muy viejas... tanto como nosotros. Enrique, en su juventud, estaba muy enamorado de tu madre. Se querían, pero a él lo obligaron a casarse con Pilar ya que pertenecía a una familia mucho más pudiente. La familia de Enrique no veía con buenos ojos a tu madre; no estaba a la altura de su flamante hijo, con un futuro prometedor como notario.

— Esa historia me suena... no sé por qué... —Digo irónica.

— Tu madre se olvidó muy pronto del Meapilas pues la había desilusionado enormemente. Y al poco tiempo empezó a salir conmigo. El resto de la historia ya la sabes.

Me río muy a gusto por el sobrenombre con el que se dirige a mi exsuegro. Supongo que ha sido cosa de mis hermanos.

— Y por eso Pilar nos odia tanto, hija. Envidia a tu madre tanto que no es capaz de disimularlo. Enrique, por cobarde, perdió a una mujer maravillosa para casarse con una bruja.

— Gracias, papá, por comprenderme —Le doy un beso.

— Yo solo quiero que seas feliz. Y ahora ve con tu amigo y tu hermano. Yo

me encargo de la comida.

No paso por alto el tonito picarón en el que dice: «tu amigo».

En el bar me reúno con Antonio, Dani y Patricia, que se ha unido a ellos. Nos sentamos en la terraza; hoy está bastante concurrida. Noto algunas miradas escrutadoras y, la verdad, me hacen sentir incómoda. Como tardan en atendernos, entro al bar para pedir directamente en la barra. A mitad de trayecto, me encuentro con Javi el Gordo. He intentado evitarlo, pero... imposible; debe tener un detector que pita cada vez que yo estoy cerca.

—¡Hola, Lola! Te veo muy bien —Dice con cara de lascivia mientras me soba el brazo.

—Gracias.

—Dos besos por lo menos, ¿no?

Le doy dos besos por compromiso y me deja las babas en la mejilla. Para ello ha creído necesario abrazarme y posar su mano en la parte más baja de mi espalda, justo en el sacro casi rozándome el culo.

—Oye, ahora que has dejado al relamido ese, ¿quedamos, no? Tenemos una cita pendiente y otra cosa... —Dice guiñándome un ojo.

— ¡Hola! —Dice Dani que viene en mi rescate—. Lola, ¿has pedido ya?

—No, todavía no. Te presento a Javi; creo que ya os conocéis.

—Sí —Dice Javi con cara de asco—. Es el tío con el que salías antes.

— ¡Hemos vuelto! —Proclamo entusiasmada y, para que resulte creíble, me abrazo a Dani.

—No tenéis futuro —Dice el muy gilipollas—. Tío, esta mujer se te queda grande. Lola, cuando busques un hombre de verdad, llámame.

Y me entrega su tarjeta de personal trainer. Este tío es increíble. Dani, que ya se ha cansado de escuchar tantas tonterías, le contesta:

—Ya tiene un hombre de verdad, ¡payaso!

Y para demostrárselo me agarra fuertemente y me da un beso tan apasionado que me deja temblando. Yo en esos momentos me olvido del bar lleno de gente, de Javi, de las murmuraciones y de las consecuencias que este acto loco puede acarrear. Correspondo a ese beso con toda mi pasión y esos sentimientos que despierta en mí, que todavía no he llegado a confesarle. No sé si se habrá dado cuenta o simplemente forma parte del espectáculo que ha querido regalarle a Javi, pero para mí este beso lo es TODO porque por primera vez nos hemos besado, siendo yo consciente de lo mucho que lo amo. Dani se separa de mí. Y, si no estuviera tan aturdida, hasta me reiría de la cara de gilipollas que se le ha quedado a Javi el Gordo. Antonio viene a

buscarnos.

—Chicos, será mejor que vayamos a casa. Ahora mismo salís pregonados en el bando municipal.

Patricia, a sus espaldas, se ríe. Dani, como si nada, me coge de la mano y me saca del bar. No sabría decir si es más rápida la velocidad de la luz o un chismorreo de pueblo porque, todavía no nos hemos sentado a comer, cuando recibimos una visita inesperada, a la par que desagradable.

—Buenas, Pilar —Dice mi madre abriéndole la puerta.

— ¡¿Dónde está la fulana de tu hija?!

Mi madre le corta el paso y, por primera vez, le veo perder la compostura.

—No te permito que vengas a mi casa a insultar a mi hija.

Con los gritos, salimos todos al encuentro. Y cuando repara en la presencia de Dani, mi exsuegrita monta en cólera.

—De modo que es cierto —casi escupe—, has dejado a mi hijo para revolcarte con este perroflauta.

— ¡Pilar! —Ahora es mi padre quien pierde los papeles— no eres bien recibida en esta casa. Y te pido, ya que te las das de «Santa», un poco de respeto a mi hija y mis invitados. Ahora, si nos haces el favor, márchate, pues nos disponíamos a comer.

— ¡Me voy! Pero porque yo quiero. Esta familia ha elegido el camino de la perdición. ¡Sois todos iguales! —Nos vocifera antes de marcharse.

Mi madre le cierra la puerta en las narices. Y por primera vez en la vida le escucho pronunciar una palabra mal sonante.

— ¡¡ZORRA!!

Yo me pongo a llorar porque no quería que todo esto sucediera por mi culpa. Entonces ocurre lo más inesperado, mi madre me abraza y me da un beso.

«Se va muriendo el corazón y no hay remedio,
por más que intento no lo puedo conformar.
Le pido a Dios que me ilumine desde el cielo,
que la llovizna no se vuelva tempestad.
Si tú no vuelves, si tú no vuelves morirá
y yo también con su dolor me moriré».
(«Si tú no vuelves», Alejandro Fernández).

«Amigos oyentes, ¡ya tenemos ganador del fantástico crucero por el Guadalquivir! En este caso ganadora: Gladis Azcárraga. ¡¡Enhorabuena!! Desde la dirección de la radio nos pondremos en contacto contigo en breve para hacerte entrega de tus pasajes».

¿Un fantástico crucero por el Guadalquivir? ¿Por el Guadalquivir! Me suena a una broma más que a otra cosa. ¿Con desembarco en la Giralda?

—¿De qué te ríes, brujita? —Me pregunta Dani.

—De la mierda de viaje que acabamos de regalar. Si por lo menos fuera un crucero por las Islas Griegas...

En esos momentos entra Elena por la puerta y me callo ipso facto.

—Chicos, tengo una fantástica noticia que daros. ¡Nos vamos de crucero por el Guadalquivir!

— ¡Fantástico! —Proclamo con ironía.

—Hoy todo es fantástico —Bromea Dani.

—La compañía naviera quiere promocionar la ruta del Guadalquivir y ha llegado a un contrato con la emisora. Vamos a emitir el programa en directo desde el barco, la próxima semana.

¡Oh, Dios mío!

Dani empieza a tararear la sintonía de la serie Vacaciones en el mar. ¡Me voy de viaje! ¡Con Dani! Bueno, es un viaje de trabajo... ¡Y con mi jefa! ¡Ay, Dios mío! No sé si estoy feliz o aterrada.

—Ya podéis ir preparando vuestras maletas. Por cierto, nos acompañará la ganadora del concurso. Voy a hablar con ella. Quiero que sea nuestra próxima invitada de: Hay una cosa que te quiero decir.

— ¡Genial!

Elena sale del estudio y yo me dejo caer en el asiento derrotada.

—No pareces muy feliz —Observa Dani.

—Es todo tan... inesperado. Pero creo que después de las últimas semanas,

me vendrán bien unas semivacaciones en un barquito que navega por el Guadalquivir.

Me vuelvo a reír porque lo encuentro ridículo.

—Te prometo que vas a tener las mejores vacaciones de tu vida. Por cierto, tu Meapilas también está de viaje. Se ha ido a Egipto.

— ¡Cabrón! Espero que coma mucha tierra.

Me siento mal porque nunca quise hacerle daño a Pablo, pero... no me merezco tanta indiferencia por su parte. Ni las humillaciones de su familia. Y ahora lo del viaje... Me ha sentado como una patada en el culo, lo reconozco. Para viajar conmigo no tenía tiempo y ahora sí, ¿no? Encima hace el viaje que yo había planificado para nosotros.

—Lolita, te felicito; lo estás llevando muy bien —Dice Dani irónico—. Cuando acabe el programa, podemos ir a tomar una copa; es viernes por la noche. Celebremos nuestro inminente viaje.

— ¿No vas a quedar con Frozen? —Pregunto sorprendida.

—Ha estado muy ocupada con la campaña electoral, necesitaba salir y divertirse un poco. Ha quedado con sus amigas. Ya tendremos tiempo para estar juntos.

Me está ocultando algo; lo percibo en su mirada. Pero ya hablará cuando se sienta preparado. Igual no quiere comentarme nada porque sabe que no soy la mayor fan de Elsa. No quiero hacerme demasiadas ilusiones, pero, ¿y si lo dejan? Entonces tal vez tendría alguna oportunidad con Dani. Todavía no he podido olvidar el beso de la semana pasada, aunque fuera todo puro espectáculo para darle en los morros a Javi el Gordo.

Mi hermano Fran y Martina ya han vuelto del viaje y tenemos comida familiar para que nos enseñen las fotos y nos cuenten anécdotas. Se ven tan felices... que siento hasta un poquito de envidia porque a veces me pregunto si yo llegaré a ese estado de felicidad algún día. Parece que el amor no se hizo para mí. Después de los cafés, Martina y yo salimos a dar un paseo por el río. Dice que necesita bajar la comida porque en el viaje ha engordado por lo menos dos kilos y en verano no se puede permitir que se reproduzcan los michelines. Todo me suena a excusa porque lo que realmente quiere es que nos quedemos a solas para hablar de mi fracaso amoroso.

— ¿Cómo lo llevas?

— ¡Oh, muy bien! ¡Genial! Mejor de lo que esperaba.

—No mientas, Lolita; Antonio nos contó el incidente con mi querida tía. Me siento tan avergonzada con tus padres...

— ¡Oh, no! Martina, tú no eres responsable de los actos de esa mujer. Es verdad, lo llevo mejor de lo que esperaba. Me sentía muy culpable por haber dañado a Pablo de esta manera, pero... por lo que sé, él está disfrutando de un fabuloso viaje y no creo que sufra ya por mí.

—Pablo es especial para expresar sus sentimientos. No creas que no está afectado; te quería, a su modo egoísta. Pero no le des más vueltas, Lolita, yo en el fondo siempre supe que lo vuestro no tenía ningún futuro, sencillamente porque tú estás enamorada de Dani.

—Sí.

Lo reconozco porque a estas alturas ya me parece absurdo negar lo que es más que evidente.

—Pero entre Dani y yo... ya nada puede ser. Tiene novia. Y si alguna vez tuvimos una oportunidad, ya la perdimos.

— ¡Tonterías! Aprovecha ese viaje, estaréis los dos solos. Confíesale tus sentimientos. No seas tonta, Lolita. Si lo quieres, lucha por él.

— ¡Eh! Eso me suena.

—Lo dices tú muchas veces por la radio.

—Es un viaje de trabajo. No es momento para...

— ¡Ya estas poniendo excusas! —Martina me toma de los hombros y me hace que le mire fijamente a los ojos—. Prométeme que se lo dirás.

—Te prometo que lo intentaré.

Luego me abraza y tengo que contenerme para no echarme a llorar.

—Os envidio —Le confieso—. Ojalá algún día sea tan feliz como vosotros.

—Es que... —dice nerviosa— todavía no hemos dicho nada pero... estamos tan felices porque... no solo he engordado por la buena comida...

— ¡Oh, Dios mío! ¿Es lo que me imagino?

— ¡Sí! Vas a ser tía.

Ahora sí que lloro. La estrujo tanto con mi abrazo efusivo que temo por el bebé.

— ¡Voy a ser tía!

— ¿Desde cuándo...?

—Bueno, no me ha vuelto a bajar la regla y... he tenido angustia. Pensé que sería un virus, pero anoche el predictor confirmó nuestras sospechas.

Algo en mi interior, una pequeña alarma, se enciende. Es como un pensamiento que se abre paso velozmente para gritarme a la cara: «La última regla...».

—Nosotras siempre hemos estado muy compenetradas. Hasta las reglas las

teníamos a la vez. ¿Cuándo dices que fue tu última regla?

Me tengo que sentar en un banco. Empiezo a marearme ante la realidad inminente. Esto no me puede estar pasando a mí. Dios mío, no puedes permitir que esto suceda. Es una broma de muy mal gusto. Mi madre se moriría del disgusto y yo no estoy preparada. ¡No!

—Lolita, no me asustes, ¿qué te pasa? Te has puesto blanca de repente.

—Martina —digo con lágrimas en los ojos—, creo que yo también estoy embarazada.

«Qué quieres que le haga
si cuando me clavas la mirada
se vuelve loco mi pensamiento,
nunca lo digo pero lo siento.

En cada momentito
que tú me tienes y estás conmigo
lluvia de estrellas que se disparan,
dilo bajito que me hace falta».

(«Uno por uno», Manuel Carrasco).

«Os recordamos, amigos oyentes, que el próximo lunes estaremos retransmitiendo en directo desde el barco. ¡Nos vamos de crucero!».

Me gustaría sentir más emoción, pero no puedo. La duda de si estoy o no embarazada me está matando. ¿Por qué todo me tiene que salir mal?

—Lolita, no has abierto la carta.

—Ya sé de quién es.

Es otra pieza de puzle con alguna nota del Caballero Solitario. Ahora mismo mi cabeza no está para más misterios. Dani se dispone a abrirla por mí, pero no le dejo. Lo envió a por los cafés y, cuando me quedo sola, le envío un WhatsApp a Martina. Me ayudó a realizarme un test de embarazo. Dio negativo, me alegré tanto que hasta lloré de alivio. Pero han pasado cinco días y sigo sin tener noticias de mi menstruación. Cada vez estoy más gorda y, como he cometido la estupidez de investigar por internet, he descubierto que los test de embarazo no son fiables al 100 %. ¡Vamos! Que si estoy gorda, no tengo la regla, solo me apetece comer y tengo cambios bruscos de humor, es una señal inequívoca de que estoy embarazada. Y así se lo hago saber a Martina. Abro la carta de mi misterioso admirador.

«Se enamoró de quien no imaginaba, de quien no esperaba, de quien no estaba buscando. Desde ese momento aprendió que el amor no se elige. Es él quien nos elige a nosotros».

Y esto es así, por mucho que nos esforcemos en buscar al hombre ideal. Pienso en Dani y en todas las cosas que nos alejan; tengo ganas de llorar.

—Su café, señorita.

Dani reaparece en el estudio y me pilla en mi momento de bajón.

— ¿Qué te pasa, Lolita? ¿Tan mal escribe que te hace llorar?

—Creo que estoy embarazada.

Se lo suelto así, a bocajarro. Necesito hablar con alguien ya que Martina no me contesta. Dani tira el café accidentalmente.

— ¡Qué putada!

Luego me abraza y lloro entre sus brazos. Ya veo absurdo controlarme, pues necesito desahogarme.

—Lolita, has dicho «creo». Si no lo sabes seguro, no te crees un problema innecesario. ¿Te has hecho alguna prueba?

—Sí.

Le cuento lo del negativo y la poca fiabilidad de ese tipo de test.

—Hazte un análisis y sal de dudas; por tu bien.

Es lo mismo que me aconseja Martina momentos después.

—Sí, lo haré.

¡Odio que me saquen sangre! Y encima con el estómago vacío. Casi no he pegado ojo en toda la noche, lo cual me ha venido bien porque he aprovechado para hacer las maletas. A primera hora, Dani me recoge y vamos a la farmacia a extraerme sangre. Efectivamente, la farmacéutica confirma mi teoría de que los test de embarazo no son al 100% fiables y según mis síntomas podría estar embarazada pese al falso negativo. En cuatro días tendré los resultados. ¡Por Dios! Van a ser los cuatro días más largos de mi vida. Después vamos a desayunar porque estoy muerta de hambre, pero lo hacemos en la estación de tren mientras esperamos la salida del nuestro.

—No le des más vueltas, Lolita, y come.

—¿Y si estoy embarazada? No es que no quiera ser mamá, siempre me ha hecho ilusión tener una familia numerosa. Pero no es el momento, ¿vale? Y no quiero que Pablo sea el padre de mi bebé. Soy una persona non grata para él. ¿Te imaginas la situación? Es capaz de quitarme la custodia de mi hijo. Por no hablar de lo penoso que resultaría como padre... Si como novio ya dejaba mucho que desear.

—Lolita, te estás haciendo conjeturas innecesarias. Lo más probable es que no estés embarazada. Dio negativo el test.

—No tengo la regla —Alego en mi defensa.

—Seguro que hay una explicación. Espera a los resultados de los análisis antes de seguir desvariando y... ¡disfruta del viaje!

Bufo con desgana. Si es que cada vez que lo pienso... Un crucero por el Guadalquivir. Avisan por megafonía que los pasajeros con destino a Sevilla ya pueden subir al tren. Llega Elena a la carrera arrastrando una maleta. Le sigue un señor de mediana edad, bastante atractivo (me recuerda a Richard Gere), arrastrando el resto del equipaje.

—¡Hola equipo! —Saluda Elena jovial—. Casi perdemos el tren. Os presento a Pascual. Ellos son Lola, mi locutora estrella, y Dani, el técnico de sonido.

Pascual nos saluda. Parece simpático. Los miro y parecen una pareja de quinceañeros. Apuesto a que este es su primer viaje juntos.

—Pues sí, ya estamos todos... —Dice Dani—. ¡Sevilla nos espera!

Todos le seguimos, pasamos los controles de seguridad y subimos al tren. Dani se sienta a mi lado y Elena y Pascual a nuestra misma altura pero al otro lado del pasillo. Abro el libro e intento concentrarme en la lectura, a ver si así me relajo. Al cabo de hora y media de viaje empiezan a cerrármese los ojos.

—Lolita —dice Dani tímidamente—, quiero que sepas que... suceda lo que suceda... cuentas conmigo.

Sus palabras hacen que me despierte de golpe de mi sopor; tengo ganas de llorar.

—Gracias, Dani. No sé qué haría sin ti.

Jamás me arrepentiré de haberte elegido a ti cada una de las veces que la vida me ha puesto a prueba. Pero eso por el momento no se lo puedo decir.

«Sobreviviré, buscaré un hogar
entre los escombros de mi soledad,
paraíso extraño donde no estás tú.
Y aunque duele quiero libertad
y aunque me haga daño...».

(«Sobreviviré», Mónica Naranjo).

«Son las diez y media de la noche y, después de esta canción que nos deja la inigualable Mónica Naranjo, vamos a dar paso a la llamada de una oyente».

La llamada se corta y Dani da paso a otra canción. Estamos teniendo muchos problemas con las llamadas en directo. El barco por las noches atraca en los puertos, así que en teoría no tendría por qué fallar la cobertura. Ahora mismo nos encontramos en Cádiz, pero hace un par de horas que hemos atracado y todavía no he podido bajar del barco para visitar la tierra gaditana.

—Curiosa selección de canciones —Comenta Dani.

— ¿Qué tiene de curioso?

Tampoco le he prestado demasiada atención al listado de temas musicales que nos pasó Gladis, nuestra oyente protagonista de esta semana.

—Es una recopilación de canciones gais: Mónica Naranjo, «Como una flor» de Malú, OBK, «Mujer contra mujer» de Mecano...

— ¿A dónde quieres llegar?

— ¿De verdad no te has dado cuenta que Gladis y Jessica son pareja?

Me quedo a cuadros. Ni se me había pasado por la cabeza, pero ahora que lo pienso detenidamente... sí, puede que Dani esté en lo cierto. Conocimos a Gladis, la ganadora del concurso del fantástico crucero por el Guadalquivir, y a su acompañante Jessica, al poco de embarcar, minutos antes del simulacro de emergencia. Gladis es una niña de diecinueve años, delgadita, pero rubio oscuro, ojos negros, monísima y muy simpática. Su amiga Jessica es un poco más seria, dándole una personalidad más madura, pues se notan los cinco años de diferencia con Gladis.

— ¡Chist! Baja la voz que nos van a oír.

—No lo creo; están todos de fiesta en la cubierta, mientras nosotros estamos aquí currando.

La naviera es francesa y con estricto horario francés, es decir, cenamos todos los días a las ocho. Después, Dani y yo emitimos el programa en directo desde el barco, eso sí, variando el horario de emisión durante el viaje. El capitán cena en nuestra mesa todas las noches. No os asustéis, como ya he comentado, por las noches el barco atraca en los puertos. Eso nos permite salir del barco para conocer las noches de la tierra andaluza. Cosa que anoche me fue imposible porque cenamos cocido madrileño a las ocho de la tarde. Al finalizar el programa, estuve vomitando lo que no está escrito. Y me queda la duda si fue a causa de la cena copiosa o por mi inminente embarazo. Dani se portó muy bien conmigo, estuvo a mi lado toda la noche, cuidándome; es un amor. Al principio me molesté bastante porque nos asignaron el mismo camarote y encima las camas estaban juntas. Lo comuniqué al servicio de habitaciones y me enseñó su hoja de servicio en la que estábamos inscritos

como pareja. Me cabreé muchísimo porque eso no había sido un error, sino más bien una bromita de mal gusto de mi jefa. La muy bruja ni se molestó en negarlo, al contrario, afirmó muy risueña:

—Dani y tú solo necesitáis un empujoncito. Aprovecha este viaje.

¡Por Dios! ¿Es que todo el mundo se ha olvidado de que Dani ya tiene una novia? Afortunadamente se solucionó; solo tuvieron que separar las camas. Algo del todo inútil pues, como me encontraba fatal, Dani acabó durmiendo conmigo en la misma cama. ¡Vale! No es algo que estuviera del todo bien (y mejor que Frozen nunca se entere), pero... no hicimos nada de lo que debamos arrepentirnos.

Salimos a dar una vuelta por Cádiz. Es la primera vez que estoy en esta ciudad y me roba el corazón a primera vista. Estoy deseando que llegue mañana para recorrerla a la luz del día y bañarme en sus playas. Elena y Pascual deciden quedarse en el barco a descansar. Dani bromea al respecto. Yo también creo que van a celebrar su luna de miel particular. Gladis y Jessica nos acompañan en nuestra excursión nocturna. Entramos en un tablao flamenco y nos tomamos unas copas de vino mientras vemos la actuación en directo. Dani pide también unas tapitas y me saben a gloria bendita pues ya hace horas que terminé la digestión. Además, esta noche la cena no era de mi gusto: sopa de rabo de toro. ¡Un asco! Suena la guitarra y me enamoro de los primeros compases.

«Cai, por la madrugá

como me huele a sal mi Cai.

Cai, que se despierta por la mañana

me llena el cielo de gaditanas».

Veo por el rabillo del ojo cómo Jessica le toma la mano a Gladis y se la acaricia. Dani estaba en lo cierto. Intento concentrarme en el espectáculo, no quiero ser la típica vieja chismosa que se escandaliza al ver a dos chicas en situación cariñosa. Dani me llena otra copa.

—No debería beber más si estoy...

No me deja terminar la frase.

—Ni lo pienses. ¡Disfruta!

Y tal vez por el efecto del vino o vete tú a saber, acabamos los cuatro paseando descalzos por una playa de Cádiz, compartiendo confesiones nocturnas. Gladis y Jessica ya no se esconden de nosotros y acaban cogiéndose de la mano. Dani y yo inconscientemente hacemos lo mismo. Les hablo de mi reciente ruptura y de mi posible embarazo.

—Vaya —dice Jessica—, pensé que erais pareja.
—No, solo somos amigos —Dice Dani.
—Dani ya está pillado —Les digo intentando sonar graciosa, aunque trago amarga saliva al hacerlo.
—Nosotras estamos juntas, pero nadie lo sabe —Dice Gladis tímidamente.
—Sus padres no aceptan la condición sexual de Gladis y, por lo tanto, dudo mucho que vayan a aceptarme a mí.
—Eso no lo podréis saber nunca si Gladis no se sincera con sus padres. Es mejor que les digas la verdad.
— ¡Estás loca! Mi madre se moriría.
— ¿Y vas a vivir toda la vida así? —Le pregunta Dani.
—Me voy a ir a estudiar fuera y... Jessica vendrá conmigo —Dice dándole un tímido beso a su pareja.
—No puedes vivir en una mentira, Gladis —Le digo de entrometida—. No es justo para Jessica y mucho menos para ti. No estás haciendo nada de lo que debas avergonzarte.
—No conoces a mis padres...
—Si te quieren lo aceptarán.
Apenas pego ojo por la noche. Tener a Dani tan cerca y a la vez sentirlo tan inalcanzable, me está matando poquito a poco. Salgo a dar un paseo por la cubierta. Y, para mi sorpresa, me encuentro con Gladis.
— ¿Tú tampoco puedes dormir? —Le digo.
—He estado pensando en lo que me dijiste y... tienes razón. Esto no es justo para Jessica.
—Ni para ti.
—Ella me quiere de verdad. No se merece un amor clandestino. Si mis padres no nos aceptan, me dolerá muchísimo..., pero... esto es lo que hay... y, si de verdad me quieren, este es el momento de demostrarlo.
—Tengo una idea. Podemos aprovechar el programa para prepararles el terreno... Te sinceras conmigo en antena y... bueno, luego en persona les cuentas toda la verdad.
— ¿En serio harías eso por mí, Lola?
— ¡Claro! Soy Lola Cupido. Mis consejos de amor son infalibles (excepto para mí) —Digo bromeando.
—No me puedo creer que Dani tenga novia y no seas tú. Lo he visto mirarte y... eso es amor de verdad.
—Lo nuestro ya es un amor imposible. Si alguna vez tuvimos una

oportunidad, se esfumó.

—Pues serías muy tonta si lo dejaras escapar sin plantar batalla.

Regreso al camarote pensando en lo que me ha dicho Gladis. Y tiene razón, soy una cobarde. Dani se despierta somnoliento.

—Lolita, ¿no puedes dormir?

—Ya sabes lo que me gusta darle vueltas a la cabeza... —Digo forzando una sonrisa.

—Ven aquí —Dice señalando su cama.

Me tumbo junto a él y me abraza. Así es como quiero pasar el resto de mi vida: entre sus brazos.

«La gente me señala, me apunta con el dedo,
susurra a mis espaldas a mí me importa un bledo,
qué más me da, si soy distinta a ellos,
no soy de nadie ni tengo dueño...
A quién le importa lo que yo haga,
a quién le importa lo que yo diga,
yo soy así y así seguiré, nunca cambiaré».
(«A quién le importa», Thalía).

«Tenemos con nosotros a Gladis, nuestra protagonista de hoy en HAY UNA COSA QUE TE QUIERO DECIR. Eres muy joven todavía, Gladis, pero lo suficientemente madura para hablarnos de tus sentimientos».

—Estoy enamorada de una persona maravillosa que me ha enseñado que el amor muchas veces lo encuentras donde menos te lo esperas, con la persona que menos esperas, pero es único y mágico —Dice Gladis por antena.

—Eso que dices es precioso, Gladis.

—Hay que ser valiente para amar sin reservas y luchar por ese amor hasta el final.

—Y yo te digo que esa lucha la tienes ganada, Gladis. Tu forma de ser, tu dulzura y esa determinación tuya hará que alcances lo que tanto ansías.

—Gracias Lola.

Termina el programa por hoy. Solo falta que Gladis les diga la verdad completa a sus padres: que esa persona que ama es su amiga Jessica. Después de la emisión, celebramos en cubierta, ya que hoy no podemos salir del barco porque estamos navegando por alta mar, de regreso de Portugal. Aunque ver,

lo que se dice ver, hemos visto poco. Han improvisado un karaoke y Jessica y Gladis destrozan la canción de Thalía. Muy monas ellas, pero como cantantes no tienen futuro. Cuando todo el mundo se ha ido a dormir, nos paseamos por el barco, pero se mueve tanto que acabamos sentados en el suelo, tirados por un pasillo hablando entre susurros para no despertar al resto de pasajeros.

—Estoy muuuy mareada —Dice Gladis—. Creo que tendré que regresar gateando a mi camarote.

Y se ríe escandalosamente. Dani le llama la atención porque nos van a echar del barco.

—Oye, guapo, no nos has hablado de tu novia. Tengo curiosidad por saber cómo es —Pregunta Jessica.

— ¡Es Frozen! —Me adelanto a contestar.

Dani sonríe pero noto que está incómodo con el tema.

—Se llama Elsa. Es una tía estupenda.

—Y... —insiste Gladis esperando saber más, pero Dani calla—. ¡Venga! Danos más detalles. ¿Es rubia, morena... qué edad tiene?

—Rubia. De vuestra edad más o menos. Es actriz y bastante buena. Y llegó a mi vida en el momento que más la necesitaba.

—Pero... —Dice Jessica—. Porque hay un pero, ¿verdad? Te lo noto en la mirada.

Salen unos pasajeros a llamarnos la atención y, ¡maldita sea!, me quedo con las ganas de saber si realmente hay un «pero». No me quiero crear falsas esperanzas. ¿Y si fuera verdad que Dani no es tan feliz con Frozen? ¿Sería posible que yo tuviera mi oportunidad? Entonces lo recuerdo, ¡mierda!, si estoy embarazada mi vida cambiará radicalmente y no es justo para Dani incluirlo en esos planes. Por fin mañana sabremos la verdad y recuperaré mi vida... o no.

El barco atraca en el Puerto de Santa María. Hoy tenemos una excursión programada; iremos a una bodega en Jerez de la Frontera. Por lo menos podré pegar una cabezadita en el autobús porque casi no he pegado ojo dándole vueltas a la cabeza. Dani tampoco ha dormido bien porque su aspecto es taciturno.

— ¿Me vas a contar qué te pasa? Y no me digas que nada porque no te creo —Le pregunto.

Entonces llega Gladis con la resaca del siglo e interrumpe nuestra conversación. De hoy no pasa que Dani y yo hablemos seriamente. Llamo un par de veces a la farmacia, pero no me atienden la llamada, así que hasta que

no termine la visita a la bodega no podré volver a intentarlo. La angustia que siento en estos momentos me está matando.

Las pequeñas pulgas que habitan en la bodega disfrutan de lo lindo llenándonos de picotazos. Tenemos que buscar una farmacia con urgencia para comprar Alergical. Yo de momento ya me he contado quince picaduras y, con el calor que hace, esto es desesperante. Los ingleses, con sus pieles tan blancas, han salido más perjudicados que nosotros.

—Por favor, Dani, ráscame en la espalda que no llevo —Le pido desesperada.

—No voy a hacer tal cosa. Mira, ya te has hecho una herida de tanto rascarte. Voy a ponerte crema y te prometo que se te pasará.

— ¿Por qué a ti no te han picado?

—Porque hierba mala nunca muere. ¿Has vuelto a llamar a la farmacia?

—Sí, pero no lo cogen —Digo con fastidio.

—Inténtalo de nuevo.

— ¿Por qué no llamas tú? —Le propongo.

¡Vale! Estoy acojonada. En el fondo no sé si siento cierto alivio cada vez que no me lo cogen porque por lo menos ahora vivo en la incertidumbre, pero, ¿y si el embarazo se convierte en una realidad? No estoy preparada para ello.

— ¡Anda! Dame el teléfono.

Dani llama y... ¡se lo cogen! La llamada es muy corta, pero esos cinco segundos el corazón se me encoge en un puño intentando descifrar cada gesto de Dani.

— Muchas gracias.

Dani cuelga y se queda callado.

— ¡Oh, por Dios, dilo de una vez!

Sonríe y lo sé. No hace falta que siga. ¡Dios mío, gracias!

—No estás embarazada.

Lo abrazo tan fuerte que hasta se lamenta. Sin darme cuenta me he puesto a llorar.

— ¿Lo ves? No tenías por qué preocuparte tanto.

—Pero sigo sin tener la regla.

—Pues ves al ginecólogo.

— ¿Y si tengo algo malo?

—Para, Lolita, te conozco y ya te estás montando películas. No tienes nada malo. Iremos al ginecólogo y seguro que existe una explicación plausible para nada catastrófica.

— ¿Me acompañarás? ¿Harías eso por mí?

—Sabes que sí.

—Te adoro.

Lo vuelvo a abrazar y luego le doy un dulce beso en la mejilla.

—Te advierto que si sigues por ese camino me voy a poner tonto —Dice bromeando.

Luego la guía turística nos llama para que regresemos al autobús. Esta vez feliz. Tan feliz que hoy puede suceder cualquier cosa.

Última retransmisión del programa y, por fin, dos días de relax para disfrutar por completo lo que nos queda de viaje. Las chicas esperan a que terminemos el programa para bajar del barco y visitar el Puerto de Santa María. Esta vez Pascual y Elena nos acompañan. Nos tomamos unas copas en un pub. Yo puede que beba un poco más de la cuenta debido a mi estado de felicidad, pero la excusa es que tengo mucho que celebrar. Suena la nueva canción de Marc Anthony con Alejandro Sanz y las chicas salen a bailar. Ya no les importa que las vea la gente demostrarse lo mucho que se quieren. Yo, animada por los litros de alcohol que corren por mis venas, me atrevo a sacar a Dani a la pista.

«Tú eres una necesidad y solo con un par de besos
tú puedes derretir mi fuego,
puedes incendiar mi mar.
Si no me das un beso ya,
tu boca se la lleva el viento
y como le digo lo siento
a este cuerpo que quiere amar».

—Deja que te bese —Me canta Dani al oído.

—Creo que esto es peligroso, Dani.

— ¿Qué es peligroso?

— ¿Me vas a hablar de ese «pero»? Jessica tiene razón, ¿qué te pasa con Elsa?

—Pues... quiero mucho a Elsa, pero... creo que no lo suficiente.

—Yo no veo que estés enamorado de ella realmente, porque cuando amas a otra persona, te brillan los ojos y tienes constantemente una sonrisa que no puedes disimular.

— ¿Como cuando te miro a ti? —Dice Dani rompiendo todos mis esquemas.

Este es el momento que había esperado tanto tiempo, así que es ahora o nunca. Soy completamente sincera con él y conmigo misma.

—O como cuando yo te miro a ti.

Dani no me vuelve a pedir un beso como dice la canción, directamente me lo roba. Un beso cálido y apasionado. Me abraza fuertemente y deja de bailar. Se escucha otra canción, pero sigo perdida en sus labios. ¡Dani me quiere! Ya no puedo ser más feliz.

«Libérate hoy,
dame un beso que no sea de amigos.
Quiéreme como te quiero
empecemos de cero a dar el corazón.
Quiéreme no tengas miedo
a mí también me han lastimado sin razón».
(«Quiéreme», Johnny Sky).

«Acabamos de escuchar una apasionante bachata de Johnny Sky, que le dedicaba un oyente anónimo a la mujer que le ha robado el corazón».

Miro a Dani, que está en cabina, y mediante gestos le digo lo tonto que está y lo mucho que lo amo. El oyente anónimo es él y la canción era para mí. Estos cuatro últimos días de mi vida han sido los mejores y los más apasionados. Le he demostrado a Dani con cada beso, cada caricia, cada contacto, cada parte de mi piel, lo mucho que lo amo. No me siento muy orgullosa de ser su amante (porque ahora mismo es lo que soy), pero resulta que Frozen está de viaje con sus amigas y no es cuestión de que rompa con ella por teléfono. A veces me siento mal por ello, pero luego Dani me besa y de inmediato me entrego a sus caricias perdiendo por completo la cordura. Llega un mensajero con un enorme ramo de flores. ¡Qué raro! Es del Caballero Solitario, pero él solo me envía flores los viernes y estamos a martes. Abro el sobre intrigada y extraigo la última pieza de puzle que completa el cuadro de Il primo Bacio de Bouguereau. La imagen representa una escena de amor entre Cupido y Psique. Es una imagen preciosa que me recuerda bastante a Dani y a mí. Porque nuestro amor nos ha dado alas para volar y se ha impuesto a la razón. Dani sale de su cabina para quitarme la carta. Tiene intención de romperla sin dejarme que la lea.

—Adiós a Don Juan Tenorio. Ya está bien de psicópatas en tu vida.

— ¡Estás celoso! —Digo sorprendida.

—No son celos. Pero ya es momento de que acabes con esta absurda situación y, si no lo haces tú, lo haré yo. Voy a llamar a la floristería esa...

Entra Elena y se ríe al ver a Dani tan alterado.

— ¡Vaya, Romeo! Veo que te ha dado fuerte. ¡En fin! Así es el amor...

— ¿Es que a nadie le parece sospechosa la actitud de este tío?

Elena y yo seguimos riéndonos muy a gusto.

— ¡Anda, trae! Déjame al menos que lea la carta antes de que la destruyas. Es una carta de despedida, muy sencilla.

«No existen las coincidencias. Nosotros caminamos cada día hacia lugares y personas que nos esperaban desde siempre. No importa dónde te lleve tu camino; sé feliz».

—No voy a volver a tener noticias tuyas; lo pone en la carta. Dani, ya tienes lo que querías.

En cierto modo, siento un poco de pena, pues me alagaba que alguien estuviera pendiente de mí cada semana. En estos tiempos que corren, el romanticismo se está perdiendo.

—Cierto, Lola, te quiero a ti y esta historia se te empezaba a ir de las manos. No podría soportar que nada malo te sucediera.

Me besa y vuelvo a temblar como lo hice con el primer beso en la boda de mi hermano. No quiero ni imaginar la cara que pondrá cuando le diga que nuestra relación ahora es de verdad.

Sigo teniendo malestares y mi menstruación sigue sin manifestarse. Dani me acompaña a la ginecóloga. Es una sensación extraña y agradable a la vez. Siempre he acudido sola a la consulta y, en cierto modo, envidiaba a todas esas mujeres que venían acompañadas de sus parejas. Por primera vez no estoy sola en esto. Le explico a la doctora toda la situación. Da por sentado que Dani es el supuesto padre y yo no lo desmiento porque ¿qué iba a pensar de mí? Acabo una relación y ya estoy con otro hombre cuando podría estar esperando un hijo del primero.

—Bueno, Lola, el embarazo queda totalmente descartado. Ahora hay que averiguar el origen de la amenorrea que padeces. Probablemente se deba a un estado de estrés al que has estado sometida durante bastante tiempo.

—La verdad es que los dos últimos meses han sido bastante intensos y sí, he tenido los sentimientos en un constante tiovivo.

—Te diré lo que vamos a hacer: te voy a recetar ansiolíticos durante quince días. Vas a llevar una vida más relajada, buena alimentación, practica deporte y, sobre todo, disfruta. Y tú —le dice a Dani— controla que siga todas mis indicaciones al pie de la letra. Te vas a repetir las analíticas, esta vez más completas, y nos vemos en un mes. ¡Relájate, Lola! No hay nada de qué preocuparse.

Salgo feliz de la consulta. Dani inmediatamente empieza a hacer planes para los dos. Un fin de semana romántico. Se le olvida que todavía tiene una novia y ese es un punto que me agobia bastante. Pero no voy a pensar en ello ahora

mismo porque me gustan sus planes y quiero pensar que sí, que juntos vamos a ser muy felices. Miro el móvil y tengo un montón de llamadas de Jessica y un WhatsApp:

«Gladis ha desaparecido».

Llamo a Jessica inmediatamente y me cuenta todo lo sucedido. Gladis habló con sus padres, discutieron y se fue de casa. Han pasado más de doce horas y el teléfono lo tiene desconectado. No saben dónde está y sus padres van a poner una denuncia. Intento tranquilizar a Jessica, pero yo misma estoy preocupadísima. Gladis es muy joven y temo que vaya a cometer alguna locura. Directamente de la consulta nos vamos a la radio porque va a empezar el programa y hoy casi no hemos podido prepararlo. Elena me informa de que tengo una visita. Me espera en su despacho.

— ¡Gladis! ¿Sabes que tus padres van a denunciar tu desaparición?

—Me he quedado sin batería.

Está a punto de echarse a llorar, así que le doy un fuerte abrazo y le dejo que se explique. Tal vez lo que estoy a punto de proponerle es una locura, pero...

—Lo primero que vamos a hacer es llamar a Jessica y después a tus padres. Les dices que estás bien y te vas a quedar unos días conmigo hasta que solucionéis las cosas.

— ¿Me estás diciendo que me quede en tu piso?

— Sí, eso creo haber dicho —Repito con una sonrisa.

— ¡Oh, Lola! Eres genial.

Me abraza efusivamente.

—Si no estuviera loquita por Jessica creo que podría enamorarme de ti.

— ¡Vaya! Gracias... pero tengo novio. Técnicamente amante.

En esos momentos aparece por la puerta.

—Siento interrumpir, pero o empezamos ya a preparar el programa o nos despiden, Lolita.

Cuando acaba el programa, Dani nos lleva hasta casa.

— ¿De verdad no me puedo quedar? —Pregunta Dani con cara de pena.

— ¡No! Es noche de chicas, ¿recuerdas?

—Por mí te puedes quedar —Dice Gladis picarona—. Además, tenéis muchas cosas que contarme.

Dani pasa de mí y, dándome un beso muy efusivo, se cuela en mi piso. En estos momentos soy tan feliz que a veces pienso que esto es solo un sueño y en cualquier momento voy a despertarme.

«Escondidos, solo por amor
una oscura habitación,
tu cuerpo, el mío,
el tiempo de un reloj.
Escondidos solos tú y yo,
atrapados sin poder salir
del interior, de tu interior
mientras que hacemos el amor».
(«Escondidos», Chenoa y David Bisbal).

«Una oyente anónima nos lanza la siguiente pregunta: “Querida Lola, tengo pareja con la que estoy muy a gusto, pero... conocí a otra persona y lo ha movido todo en mí. Me duele reconocerlo, pero le he sido infiel a mi chico y lo peor de todo es que no me arrepiento de haber vivido esta aventura. ¿Qué debo hacer?”. Querida amiga oyente, en primer lugar, aclara tus sentimientos y, en base a ellos, sé sincera con esos dos hombres. Y lo más importante, sé sincera contigo misma».

Tengo hasta sudores fríos. Cuando Dani pone la siguiente canción me escapo al aseo. Ahora mismo no puedo ni mirarlo a la cara porque no podría mentirle y creo que mis gestos me delatan. La oyente anónima no es tan anónima; reconozco enseguida la dirección de correo electrónico de Elsa. Diría que estoy alucinando en colores y esto ha sido muy atrevido por su parte, la verdad, pero es que tarde o temprano iba a suceder y mejor que sea cuanto antes; por mi bien. Antes que nada, voy a ponerlos al día de todo lo que ha sucedido en la última semana.

Por fin llegó mi menstruación y lo hizo a lo grande: con bombo y platillo. Creí que moriría de dolor. Estuve dos días lamentándome y visitando el baño cada media hora. Gladis estuvo a mi lado todo el tiempo, pendiente de mí. Preparándome chocolate, drogas para el dolor y pelis romanticonas para llorar y reír a lo loco. Mis hormonas estaban descontroladas. Dani, por desgracia, no pudo estar conmigo como hubiera deseado y, no precisamente porque Frozen hubiera regresado (que lo hizo), sino porque lo avisaron del hospital de que su padre había sufrido un infarto y estaba en estado crítico. La Multifunciones, como era de esperar, en vista de que el viejo la palmaba y no iba a pillar cacho, desapareció del mapa dejando a Dani con todo el marrón.

Su padre se iba a ir de este mundo sin que llegaran a reconciliarse. Me sentía fatal por Dani y esto hacía que llorara más todavía si cabe.

El domingo por la tarde tuve una visita inesperada.

—Hola... Elsa... Me dijo Dani que ya habías vuelto. ¿Qué tal las vacaciones? Por la cara que traía, sospechaba que se olía algo de los cuernos que lucía gracias a mí.

—Inolvidables.

Pues por su tono de voz no lo parecía.

Gladis fue rápida y empezó a revisar toda la casa, escondiendo cualquier prueba de que Dani estaba viviendo con nosotras.

—Perdón, no os he presentado. Ella es Gladis, está viviendo conmigo temporalmente.

— ¡Ah! Tú eres la lesbiana...

—Y tú debes ser la simpática novia de Dani —Dijo Gladis molesta—. Aunque, ahora que te conozco, no me lo pareces tanto.

—Lo siento, no quise... —Rio nerviosa—. Estoy un poquito atacada de los nervios. Esto... Lola, ¿podríamos hablar a solas?

— ¡Vale! Capto la indirecta. Lola, si necesitas algo, me llamas.

Gladis me dio un pico solo por fastidiar a Frozen. Lo que me fuera a decir me tenía los nervios a flor de piel.

— ¿Estás enferma? —Se dio cuenta Elsa—. Lo siento, no quiero ser una molestia. Es que necesitaba urgentemente una amiga con quien hablar.

¿Y yo era la mejor opción? Estaba alucinando; igual por el efecto de la medicación. Lo que estaba claro es que de momento no pensaba matarme por robarle al novio.

—Le he sido infiel a Dani. ¡Ya lo he dicho! ¡Uff!

— ¡¿Qué?!

Y nosotros sintiéndonos mal por ella. ¡Qué fuerte! Pero claro, no podía decírselo. Así que me limité a escuchar.

—Lo sé, Dani no se merece esto, pero... simplemente sucedió. Y lo peor de todo es que no estoy arrepentida.

Por segundos empeoraba la cosa. Vale que yo no era tampoco una santa, pero, en resumidas cuentas, yo no había engañado a nadie pues no tengo pareja; soy libre de estar con quien yo quiera. Y en vista de lo sucedido, Dani tampoco había hecho nada que Elsa no se mereciera.

—Sabes que soy la mejor amiga de Dani, ¿no? ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Aún no he terminado.

— ¿Hay algo más que pueda sorprenderme?

—Se trata de Pablo...

— ¿Qué pasa con Pablo? ¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Tú eres una zorra!

¡Se lo había montado con Pablo! Y nosotros sintiéndonos mal por ella... Y a saber desde cuándo nos ponían los cuernos... porque han sido muchos meses de campaña. ¡Qué fuerte!

—Lo siento, Lola. Por eso quería que lo supieras. Pablo es... Me encanta y quiero intentarlo.

—Mira, no estoy celosa por lo de Pablo, ¿vale? Hace tiempo que me di cuenta que ni lo quiero ni lo he llegado a querer realmente nunca, pero... Lo que le habéis hecho a Dani me duele mucho. Y sigo sin entender por qué me cuentas esto a mí.

—Porque sé que eres la única capaz de comprenderme y no juzgarme. Porque en el fondo te alegras ya que, seamos sinceras, nunca te gusté para Dani. Y porque, bueno, sé reconocer cuándo he perdido. Dani siempre ha estado enamorado de ti y no quiero ser más un estorbo para vosotros. Deberíais aclarar vuestros sentimientos. No te equivoques, Lola, no sois los mejores amigos del mundo. Bueno, sí lo sois. Pero entre vosotros hay mucho más y no deberíais desaprovechar esa magia dejando entrar en vuestras vidas a otras personas que no forman parte de la ecuación.

Me quedé sin palabras. Había construido una frase muy teatral, hasta sospeché que la hubiera sacado de algún libreto suyo. ¡Qué situación más violenta! Le hubiera dicho que Dani y yo... ya habíamos aclarado nuestros sentimientos y teníamos clara la fórmula de nuestra felicidad, pero debía ser Dani quien primero hablara con ella; así que me mordí la lengua.

—Por cierto, dile a Gladis que se le ha olvidado esconder la novela de Dani. Se la regalé yo.

Me quería morir... ¡Qué situación!

—Me la ha dejado para que me la lea estos días. Estoy con las hormonas revolucionadas... problema de mujeres.

Elsa se levantó y, cogiendo su bolso, me dio dos besos regalándome una sonrisa.

—Casi cuela, Lola. De corazón, os deseo que seáis tan felices como Pablo y yo.

No sé por qué, pero me vino a la mente aquella situación en el restaurante mexicano, cuando el camarero confundió las parejas. Dijo algo así como:

«Soy mariachi, canto al amor y sé reconocer una pareja de enamorados en cuantito los veo». Por lo visto aquel hombre estaba en lo cierto y el tiempo no ha hecho más que darle la razón.

—No le digas nada a Dani —Me dijo Elsa antes de irse—. Quiero hacerlo yo cuando la situación con su padre... bueno... cuando vea el mejor momento.

Regreso al estudio. Dani se preocupa porque llevo demasiado tiempo en el aseo.

—Lolita, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Me han llamado del hospital. Mi padre ya ha salido de la UCI. Lo han subido a planta.

Lo abrazo y creo que esta es de las pocas veces que veo a Dani llorar.

—Todo va a salir bien, mi amor.

—Lo sé. Ahora tú estás conmigo.

«No importan tus amores,
no importa tu pasado,
tus pequeños errores
ya los he perdonado
mucho antes de pecar.
Y no hay nada que hacer,
yo nací para amarte
y amarte sin final».

(«Yo nací para amarte», Alejandro Fernández).

«Y aquí se terminó por hoy nuestro programa. Que tengáis dulces sueños y que el amor no falte en vuestras vidas. Se despide de vosotros, vuestra amiga: Lola Cupido».

Acaba el programa y recojo mis cosas rápidamente. No quiero que Dani se entretenga. De hecho, le digo que no hace falta que me lleve a casa, que puedo coger un taxi. Pero él insiste en llevarme personalmente. No quiero que se retrase porque su padre está solo en casa y sé que Dani se preocupa. Todavía está muy débil y el médico nos advirtió que puede repetirse el fallo cardíaco. Pero Elena parece ignorar que, dadas las horas que son, estamos deseando salir de la radio, y viene a informarme de la gala de la radio que se está organizando en el hotel más caro de la ciudad. Debería emocionarme

pues este es el evento más importante al que he asistido en mi vida y además coincidiré con mi amigo El Búho. Pero veo las caras de Dani y me impaciento.

—Elena, mañana si quieres quedamos un poquito antes y me cuentas. Ya es tarde... —Digo a ver si lo pillas.

— ¡Oh! Por cierto, Dani, ¿cómo está tu padre?

—Demasiado bien... —Dice con ironía.

Dani y su padre se pasan el día discutiendo por cualquier excusa. Si bien, cuando creía que su padre se iba a morir, Dani dijo perdonarle todos sus errores del pasado, lo cierto es que no los ha olvidado y las heridas se abren constantemente.

— ¿Y tu novia, la rubia de los pechos grandes? —Le preguntó ayer sin ir más lejos.

Yo estaba en la cocina preparando la comida, pero hice como que no había oído nada, aunque sinceramente el tema me afectaba.

—Elsa y yo acabamos nuestra relación.

— ¿Por qué? Que una mujer así se fijara en ti me resultaba extraño, pero ya que lo habías conseguido, ¿por qué la dejaste escapar?

—Papá... —Le recrimina Dani—. Estoy saliendo con Lola.

— ¡¿Con esa?!

¡Vale! Hice como que no había oído nada aunque creo que empezaba a odiar a mi suegro tanto como lo hacía Dani.

—Me alegro de que no te guste, así me aseguro que esta vez no te la llevarás a la cama.

Interrumpí la conversación porque se les estaba yendo de las manos y, saliendo de la cocina, les pedí que me ayudaran a poner la mesa.

No le he contado a Dani la conversación que tuve con Frozen, pero, al parecer, la muy bruja no le ha contado la parte en la que Dani lleva una cornamenta digna de un vikingo. Y cuando se entere de que precisamente fue con el Meapilas, que se preparen los bomberos porque arderá Troya.

Cuando llego a casa, Gladis me espera despierta. Está muy preocupada y no para de moverse de un lado a otro de la estancia.

— ¿Qué ha pasado?

—He hablado con mis padres.

— ¡Oh! Eso es genial.

—Quieren conocerte.

¡Vale! Eso ya no es tan genial; pero no se lo digo, bastante preocupada está

ya.

—Y quieren ver el lugar donde vivo; ya sabes... para asegurarse que no escondes drogas, que no me prostituyes y esas cosas...

— ¡Ah! Genial.

Mi vocabulario parece haber desaparecido, no sé qué decir aparte de genial.

—Los he invitado a comer mañana. ¿Te parece mal?

—No... Me parece... genial.

¡Y una mierda! Vaya idea más mala. Me despierto temprano para limpiar el piso de arriba a abajo, no vaya a ser que se encuentren una mínima mota de polvo y se piensen que por las noches nos hacemos rayas de coca. Luego intento hacer la comida siguiendo las recetas de mi madre, pero cuando del horno empieza a salir un olor sospechoso ha chamuscado, acepto que la cocina y yo no empatizamos y llamo al restaurante de la esquina para que me traigan la comida. Gladis baja al horno a por unos dulces. Me arreglo más que de costumbre porque quiero dar la impresión de ser una locutora de radio profesional y respetable. Da la sensación de que quiera conquistar a mis suegros, aunque ahora que lo pienso casi me dan ganas de echarme a reír porque precisamente a mi actual suegro le caigo tan mal como a los anteriores. Definitivamente, nunca seré la nuera perfecta. Los padres de Gladis son puntuales en extremo. Soy yo quien les abre la puerta y les invita a pasar a mi piso. Son muy jóvenes, no me los esperaba así, de hecho, me llevo la misma edad con Gladis que con sus padres. Visten muy modernos, pero desprenden pasta por cada uno de los poros de su piel. El cutis de la madre de Gladis es del mismo tacto de la porcelana y el rubio del tinte casi parece natural. Su padre es alto y robusto, me recuerda bastante a mi hermano Fran. Pero lo que no son ninguno de los dos es demasiado amables. Me saludan por cortesía y a su hija le dan un beso muy frío. Pobre Gladis, esto va a ser una merienda de negros. Lo primero que hace su madre es visitar el baño. Seguro que quiere registrar mi armario para comprobar que no guardo allí la droga. Después nos sentamos a comer. No les gusta demasiado mi elección de menú porque apenas lo prueban. Mi teoría oscila entre que son anoréxicos o que tienen miedo a que los envenene. Gladis se precipita a sacar los postres y yo me encierro en la cocina a preparar los cafés; no aguanto ni un segundo más bajo sus miradas escrutadoras.

— ¿No es muy mayor para ti? —Dice su padre.

—Bueno, sí, Lola es mayor que yo, pero nos llevamos muy bien. Se ha portado conmigo como una amiga de verdad, pese a conocernos desde hace

poco tiempo. Ella me apoya, no como vosotros.

—Me vas a matar de un disgusto —Resopla su madre—. Te hemos dado la mejor educación para que ahora acabes de... amante de una locutora de radio mediocre.

— ¡Mamá!

Ahora encima soy mediocre... no creo que haya escuchado mi programa en su vida, pero ya me ha juzgado y crucificado. ¡Estupendo! Lo cierto es que he acabado ya de preparar los cafés, pero paso de salir ahí fuera a que me sigan vilipendiando.

—LOLA NO ES MI AMANTE —Dice Gladis lo suficientemente claro.

— ¿Y por qué estás viviendo con ella?

— ¡Ay, Dios mío! —Dice su madre—. Que se entiende con dos mujeres a la vez.

— ¡¿Me queréis dejar hablar?! Lola ni siquiera es lesbiana. Os recuerdo que vosotros me echasteis de casa y ella se ofreció a ayudarme. Es una gran amiga, la mejor.

—Pero no es tu amante —Insiste su madre para comprobarlo una vez más.

— ¡No! Mi novia es Jessica.

— ¡¿Jessica?! —Exclama su padre—. Pero si es hija de un notario...

—No me lo puede creer...

La madre de Gladis sigue en estado catatónico. Entonces decido salir con los cafés antes de que se enfríen. El cambio en la actitud de la madre de Gladis hacia mí es notorio. Al final de la comida hasta me da las gracias por cuidar de su hija y me pide perdón por si ha dicho algo que pudiera ofenderme. En el fondo me da pena, pues ser madre no tiene que ser nada fácil.

Dani me recoge para que vayamos juntos a la radio. Cuando subo al coche, lo encuentro en estado furibundo.

— ¿Qué ha pasado?

—No me apetece hablar de ello. ¿Qué tal la comida con los padres de Gladis?

—Muy bien, la verdad. Se piensan que soy la amante de Gladis y que soy una locutora de radio mediocre. No sé lo que tengo que a todos mis suegros les encanto —Digo con ironía.

—Bueno, confórmate con saber que para tu novio eres la mejor de todas. Y que cada día se enamora un poquito más de ti.

Se le dibuja una sonrisa en la cara y yo le regalo un beso por esas hermosas palabras.

—Estás más guapo cuando sonríes. Te quiero.

—De todas formas, tu suegro ya no será un problema; hemos discutido y vuelve a su casa. Contratará una asistenta. Probablemente una lo suficientemente joven para que pueda realizar servicios extras.

Los dos nos reímos. Me gustaría decirle que lo siento mucho, que me encantaría que él y su padre se llevaran bien y esas cosas, pero después de conocer a mi suegro, creo que cuanto más lejos, mejor. No quiero que a Dani se le borre la sonrisa de la cara nunca más. Él vale mucho y no se merece que nadie, ni su propio padre, le haga creer lo contrario.

«Si te amé, ya no sé ni tu nombre,
ya no existes en mi piel,
si lloré, no recuerdo cómo fue.
Si te amé, pudo ser
un momento de locura y esta vez
no hay después,
descubrí que estoy a prueba de ti».
(«A prueba de ti», Malú).

«Me tenía totalmente controlada. Yo creía que lo hacía porque me quería, pero con el tiempo me fui dando cuenta que sus celos eran enfermizos y nuestra relación se podía llamar de cualquier manera... pero aquello no era amor».

Estoy fascinada con la historia que nos ha contado nuestra protagonista de la semana en Hay una cosa que te quiero decir. Por antenna no lo ha contado todo, pero en privado se ha sincerado con Dani y conmigo. Hasta se me ha nublado la vista con las lágrimas que amenazaban por salir. Ese ex suyo me ha recordado tanto a Carlos e incluso a Pablo que he sentido un gran alivio al saber que por fin salí de todas esas relaciones dañinas para acabar encontrando a un hombre de verdad, que me complementa, que me hace sentir más mujer, a su altura, que me hace feliz cada segundo del día con su sola presencia.

En el pueblo ya son las fiestas y quiero aprovechar la ocasión para hablar con mi familia porque, esta vez, Dani entrará en mi casa pero lo hará como mi pareja y, ¡por Dios!, espero que mi hermano Fran y mi madre no le hagan ningún desaire. Cuando llegamos al pueblo a eso de media mañana, mi

familia está en los encierros y nos vamos a buscarlos. Me siento con Martina en las gradas.

—Ha venido Pablo —Es lo primero que me dice.

—Bueno, tarde o temprano tendrá que enterarse de que Dani y yo estamos juntos. Además, él no tiene ningún derecho moral a reclamarme nada.

—Lo sé. Ha venido con una chica.

¡Oh, Dios! Tengo una ligera sospecha de quién se trata. Esto puede acabar muy mal; tengo un pálpito muy fuerte y no me gusta.

— ¿Cambiamos de tema? ¿Cómo está mi sobrino/a?

—Va bien. Es muy inquieto. Ha empezado a moverse y no para. Son cosquillitas ligeras, como si tuviera la solitaria.

— ¿Ya habéis pensado en nombres?

—Sí —sonríe—. Pero hasta que no sepamos el sexo del bebé, no diremos nada.

—Pues vaya... —Replico con fastidio.

Comemos un poquito tarde porque después de los toros nos vamos a almorzar. Mi madre, para variar, se molesta con nosotros. A Dani le ha preparado la habitación de invitados, aunque seamos pareja (cosa que todavía no sabe), mientras no estemos casados queda totalmente prohibido dormir juntos bajo el mismo techo.

—Estoy deseando que se lo digas —Me susurra Fran al oído cuando nos cruzamos en las escaleras.

— ¿De qué hablas?

— Vamos a ver, Lolita, está cantado que Dani y tú ya habéis probado el sexo. Lo gritáis con la mirada. Solo te falta un letrero luminoso en la cabezota esa que tienes.

Me da una colleja y yo lo aparto de un manotazo.

— ¡Payaso!

—A mamá no le va a hacer ni puñetera gracia. No es que tenga nada contra Dani, pero... el escándalo...

—Pablo ya me ha buscado sustituta y se la ha traído a las fiestas. La gente ya tiene de qué hablar.

Fran se ríe con sorna y promete que será una noche muy divertida. Yo en estos momentos solo puedo centrarme en la reacción de mi madre, pues puede que Fran esté en lo cierto y arda Roma con Santiago. Voy a buscarla a la cocina y me ofrezco a ayudarle con los preparativos de la comida. Se extraña porque no es algo usual en mí (el entrar en la cocina), dada mi poca

gracia en el arte culinario.

— ¿Ya sabes la última? Pablo ha traído a su nueva novia. Una cría de esas que parece sacada de un reality televisivo.

—Sí, ya me lo han contado.

De hecho... creo que la conozco bastante. Pero eso no se lo voy a decir a mi madre.

—Yo... tenía que contarte algo, mamá... No te enfades, ¿vale?

— ¿Todavía me crees tan tonta? Desde la primera vez que trajiste a Dani a esta casa, supe que algún día acabaríais juntos. No es que me guste especialmente... pero me he acostumbrado a él. Y te hace feliz, cosa que no ha logrado ningún otro hasta ahora. Lo único que te pido, por favor, es que no deis más escándalos. Estoy en boca de todo el pueblo por culpa de Pilar y su querido hijo. Lolita, prométeme que vas a ser menos impulsiva y más responsable.

—Te lo prometo, mamá. Gracias por aceptar a Dani.

Nos abrazamos y le doy un beso. De verdad no me puedo creer que todo haya sido tan fácil. Por primera vez, nos sentamos todos juntos a la mesa: mis hermanos, sus parejas, mis padres y, por supuesto, mi novio. Es todo tan perfecto que creo que ya nada malo puede ocurrirme.

Craso error; porque los momentos perfectos no duran para siempre. Bajamos al baile las tres parejas. Mis padres se quedan en casa porque dicen estar cansados, aunque lo cierto es que mi madre no tiene ganas de enfrentarse a las murmuraciones y menos todavía con Pilar. Yo tampoco quiero encontrarme con su hijo, pero... no tengo tanta suerte. Encima el muy... capullo... me aborda cuando se da cuenta que Dani y mis hermanos se van a la barra a pedir y me dejan sola con las chicas.

—Ya me he enterado de la noticia.

Supongo que se refiere a que Dani y yo estamos juntos.

—No te vas a salir con la tuya —Sigue diciendo bastante cabreado.

— ¿De qué vas, Pablo?

—Ese hijo no es mío y no me vas a cargar el muerto, ¡¿me oyes?! A saber con cuántos has estado.

Le cruzo la cara con todas mis fuerzas. Será gilipollas...

— ¡Pablo! —Le grita Martina—. Te estás equivocando con esa actitud.

—Me equivoqué hace tiempo al tratar a «esta» como si fuera una señora.

— ¡Vete a la mierda! —Le grito.

En cuestión de segundos, veo a Dani abalanzarse sobre él y acaban los dos en

el suelo dándose de hostias. Mis hermanos intentan separarlos. Mientras, a mis espaldas, aparece Frozen notablemente afectada.

—Por favor, ¡que alguien haga algo! —Chilla con voz de pito.

—Brillante idea... Presentarte en el pueblo con Pablo, sin antes contarle a Dani que estáis liados.

—No sabía que vendríais.

— ¿Perdona? Por si no lo recuerdas... ¡vivo aquí! —Le digo como si fuera tonta.

Que en el fondo sigo pensando que lo es, pero en estos momentos me da más pena que otra cosa; su novio es un imbécil y su suegra mucho peor si cabe. ¡Que la fuerza la acompañe! Finalmente consiguen separarlos y Martina, enfurecida, le grita a su primo:

—Si no te disculpas con Lola ahora mismo, olvídate de mí para siempre. ¡Ah! Y para tu información, la que está embarazada SOY YO.

Pablo se queda pasmado cual muñeco de cera. Elsa va en su auxilio y entonces Dani se da cuenta de todo y su mirada... ¡uff! su mirada me asusta. Está a punto de agarrarse a golpes con Pablo, nuevamente. Así que actúo rápidamente.

—Vámonos de aquí, Dani; el espectáculo se ha acabado.

—Dani... Yo... Te debo una explicación —Le dice una Elsa afectada.

— ¡Olvídate de mí! —Casi le escupe Dani a la cara.

Acabamos de dar el espectáculo del siglo justo cuando le he prometido a mi madre que no haría nada parecido. Pero ahora lo que más me preocupa es Dani. Está igual que cuando se enteró que su padre se entendía con la Multifunciones.

—Ese tío es gilipollas —Vocifera calle abajo.

—Olvídate de él. Dani, ¿estás bien? —Le digo obligándole a que me mire a la cara.

—No le voy a permitir que te siga humillando, Lola. Además, esto ya es algo personal.

—Le dije a Elsa que hablara contigo, pero...

— ¡¿Lo sabías?! —Casi grita.

Es tontería negarlo, así que asiento.

— ¡Lo sabías! Y no me has dicho nada... ¡Dios!

Dani se suelta de mi brazo y regresa a casa a paso ligero.

— ¡Daniiii! Perdóname.

Estoy gritando en mitad de la calle como si estuviera loca, pero total, para

nada, porque dudo mucho que Dani me escuche... Al paso que va, ya debe haber llegado al final del pueblo. Corro tras él, aunque con tacones por estas cuevas es toda una proeza.

— ¡Dani! —Digo llegando a su altura, sofocada—. ¿Vas a permitir que discutamos por esto? A mí me da lo mismo lo que hagan esos dos porque TE QUIERO, ¿vale? Te quiero a ti y todo lo demás me da igual. Tú y yo estamos juntos y eso es lo único que importa.

Dani me abraza y vuelvo a respirar; hasta ese momento no soy consciente de que estaba conteniendo el aire de mis pulmones.

—No me vuelvas a ocultar nada nunca más.

Luego me besa apasionadamente y me entrego a él sin pensar en nada más. Solo importamos nosotros dos. Así que me da lo mismo que mi madre nos haya puesto habitaciones separadas porque esta noche vamos a deshacer la cama juntos. Tengo muchos besos y muchas caricias para darle.

«Y a que no me dejas,
a que hago que se caigan las murallas de tu pena,
a que te beso y te entregas
sin que ni siquiera te des cuenta.
Y si quieres apostamos corazón».

(«A que no me dejas», Alejandro Sanz y Alejandro Fernández).

«Todos alguna vez hemos quedado ciegos de amor, como dice Alejandro Sanz en la letra de su canción; por eso yo os aconsejo, queridos oyentes, que aprendamos a amar con los ojos abiertos: esa es la fórmula del amor verdadero».

Solo que por desgracia no todo lo que vemos es la realidad; eso es algo que no tardaré mucho en descubrir.

Mañana no emitiremos el programa en directo porque es la fiesta de la radio; y aquí estoy: haciendo horas extras y pinchándome café en vena para aguantar. Entra Elena en el estudio como un huracán que lo arrasa todo.

—Aquí tenéis vuestras acreditaciones. Por cierto, Dani. ¿Tendrás un traje decente, no?

En otra ocasión hasta me hubiera reído, pero ahora me molesta un poco, la verdad. Lo cierto es que no, ya sabéis cómo es Dani... Pero la semana pasada fuimos de compras y mi chico va a ser el más guapo de toda la fiesta.

—Tranquila, jefa —Le digo guiñándole un ojo—. Está todo controlado.

—Has hecho un buen fichaje, Daniel —Le dice Elena—. Más te vale cuidarla.

El viernes me levanto más tarde de lo que tenía previsto. Dani ya está en la cocina con nuestros desayunos preparados.

—Sus tostadas: en su plato —Remarca con cierta intencionalidad—. Y su café con leche, señorita. ¡Que aproveche!

—Gracias, amor.

Me ha gustado el detalle de que me sirviera las tostadas en el plato que me regaló. Desayuno deprisa y me despido de Dani con un beso; mejor dicho, lo intento. Porque el beso va subiendo de intensidad y acabamos de nuevo en la cama.

—Voy a llegar tarde a la peluquería.

— ¡Qué más da! Tú siempre estás guapa.

No voy a contradecirlo, pero... mejor que no me pierda mi cita con la peluquera o seré la única en la fiesta que parezca una traficante de estupefacientes.

La cena tiene lugar en el mismo hotel. A Dani y a mí nos sientan junto a Elena, Pascual, y el resto del equipo de radio. Aquí la gente va tan arreglada que siento que estoy en la gala de los Goya. Para la ocasión he elegido el vestido de la boda de mi hermano y... he debido de acertar porque Dani, nada más verme, me dice:

— ¡Guau! Estás realmente impresionante.

— Tú tampoco estás nada mal... Quien te ha elegido ese traje tiene muy buen gusto.

Dani se ríe y me contesta:

—Es todo cuestión de percha.

Después del brindis, llaman al director general de la cadena, cuya sede está en Madrid, para que nos dé el discurso de aniversario. Justo en ese momento, Pascual se levanta para ir al aseo. ¡Qué inoportuno! No sé por qué Elena no le llama la atención. Pero, en vez de dirigirse hacia el final del pasillo, ¡sube al escenario! Me quedo mirando a Elena perpleja.

— ¿Tienes algo que contarme?

—Luego hablamos —Dice guiñándome un ojo—. Escucha a Pascual que va a pronunciar su discurso.

Me pongo enferma por segundos. He estado con mi jefe en un montón de ocasiones y no lo sabía. ¡Dios mío! No habré soltado alguna de mis barbaridades. Calma, Lolita, de ser así ya estarías despedida.

—Quiero hacer una mención especial a una de nuestras locutoras de radio locales —está diciendo Pascual por el micrófono—, Lola Hermosilla, con su programa El amor está en el aire ha despuntado los límites de audiencia. Lola, tienes un futuro prometedor por delante.

Todo el mundo (y cuando digo todo el mundo me refiero a absolutamente todos los presentes en la fiesta) se gira y me observa. ¡Socorro! Cuando Pascual baja del escenario y se reincorpora a la mesa, estoy tan cortada que no me sale ni la voz.

—Gracias por sus palabras, jefe.

—Lola, ¿ahora me vas a hablar de usted? —Dice riéndose.

—No, claro... Es solo que...

—Olvídate de que soy tu jefe, muchacha. Para ti sigo siendo Pascual, un amigo.

Sonrío. No me lo puedo creer. De verdad que todo esto es surrealista y no me está pasando a mí. Después dan paso al baile y Dani y yo nos dirigimos directos a la barra. Necesito una copa urgentemente para asimilar todo lo que está sucediendo esta noche. El Búho se acerca a saludarme. Me alegro muchísimo de reencontrarme con él.

—Así que finalmente estáis juntos —Me dice—. No sabes cuánto me alegro. Es algo que se veía venir. ¿Cómo está tu hermano?

—Feliz. Se declaró a la chica en cuestión y, bueno, ya se han ido a vivir juntos y todo. Y mi hermano Fran va a ser papá.

—Veo que todo te va estupendamente. No sabes cuánto me alegro. ¡Ah! Y enhorabuena por tu nuevo programa. Estaré encantado de compartir contigo estudio.

— ¿Qué estás diciendo? Creo que te confundes.

—No, Lola. ¿Todavía no te han dicho que te trasladan a Madrid?

Doy un fuerte trago a mi copa para digerir la noticia.

— ¿Cómo?!

Voy en busca de Elena inmediatamente. Esto me lo tienen que aclarar Elena y Pascual.

— ¿Me podéis explicar qué es eso de que me voy a Madrid?

— ¡Síííí! ¿No te parece una fantástica noticia? —Grita Elena efusiva—. Es la oportunidad de tu vida, Lola.

—Sí.

De repente soy consciente del peso de la noticia. Pero en lo único que se me ocurre pensar es en que...

— ¿Dani viene conmigo?

—Esto... No, Lola —sigue hablando Elena—, por el momento no. Lo siento.

Miro a Pascual, pero él no tiene nada que añadir. De pronto siento que me empieza a faltar el aire. Separarme de Dani en estos momentos es algo que me parece impensable. Dani me pregunta si me encuentro bien.

—Vámonos a casa ya, por favor.

No me encuentro nada bien. De pronto siento un peso en el corazón y un mal presentimiento que presagia lo peor. Nos quedamos en su piso porque está más cerca del hotel. Aún me siento un poco incómoda sabiendo que Elsa y Pablo se encuentran al otro lado de la pared. Bueno, no sabemos si ahora mismo están en el piso, pero... es raro. Entonces Dani empieza a besarme y me olvido de todo momentáneamente.

—Lola, es fantástico que te asciendan y reconozcan lo mucho que vales.

—Un momento. ¿Te parece fantástico? Dani, eso significa que nos tenemos que separar y no creo que pueda soportarlo.

Dani se ríe y me besa. No sé qué le parece tan gracioso. Sin dar importancia a mis miedos, empieza a bajar la cremallera de mi vestido.

—No seas tonta. Estamos a menos de tres horas de distancia. Pienso dormir contigo todos los fines de semana.

— ¿Y mi familia?

—Bueno, pues nos veremos en el pueblo. Solo que en ese caso tendrás que hacerme una copia de la llave de tu cinturón de castidad porque tu madre no creo que nos deje dormir juntos en pecado; ya nos pilló la última vez y casi me castran.

Me río y eso aligera un poco mi carga. Quizás no sea tan mala la separación. Cinco días pasan rápido y mi programa se va a retransmitir a nivel nacional. De pronto empiezo a sentirme feliz, eufórica y así se lo demuestro a Dani entregándome por completo.

—Te quiero.

—Y yo a ti, Lola Cupido.

Pasado el primer sueño, me despierto en una vorágine de pensamientos. Dani duerme plácidamente. Jamás pensé que llegaría a querer a alguien de esta manera. Pero nunca me salen las palabras para expresarle a Dani todo lo que me hace sentir. Tengo una idea un poco cursi y romántica. Por eso me levanto en busca de papel y boli. Le dejaré a Dani una nota que solo podrá abrir cuando yo esté instalada en Madrid. Rebusco en su despacho y encuentro en uno de los cajones unos sobres que me resultan familiares. Son similares a los que utilizaba el Caballero Solitario en sus notas. El corazón empieza a palpitarme y siento un fuerte dolor en las sienes. Sigo buscando sin saber muy bien qué espero encontrar. Pero ahí dentro están todas mis respuestas. El suelo se abre bajo mis pies y siento una oscuridad insondable que empaña mi felicidad. Un fuerte dolor en el pecho y manos temblorosas con las que tomo unas facturas con la dirección de la floristería que ya conozco por sus encargos semanales que recibía de mi admirador secreto. Al fondo del cajón se encuentra un pequeño libro con citas de William Shakespeare. Las lágrimas empañan mi vista y tengo unas ganas enormes de gritar y sacar fuera toda esta rabia, este dolor e impotencia, esta decepción... ¿Tan difícil resultaba que yo por una vez fuera feliz? ¡Dios mío! Todo este tiempo Dani se estuvo burlando de mí: El Caballero Solitario es él.

«Que cuando lloro por ti lo hago tan para dentro
que mi piel sabe cierto que muero pensando en ti.
Que no, que no, que no, que no,
que nunca podrás saber
si todavía te quiero o te dejé de querer.
Que cuando lloro por ti lo hago siempre en silencio».
(«Si a veces hablo de ti», Moncho y Niña Pastori).

«Buenas noches, queridos radio oyentes. Yo soy LOLA CUPIDO y para mí es un placer dirigir este espacio. Os espero todos los días a la misma hora en... EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE».

Mi primer día en el estudio de Madrid está siendo muy duro, como todo lo que me acontece últimamente. He perdido la ilusión y las ganas de vivir. Solo tengo ganas de llorar, pero como dice la canción: «Cuando no hay nadie que te lo pueda decir». Nos hacen creer que sabes que has conocido al amor de tu vida cuando tienes a esa persona cerca de ti y de pronto se te corta la respiración. Con Dani eso jamás me pasó. ¿Y sabéis por qué? Porque, cuando el amor es verdadero, el aire empieza a faltarte cuando esa persona ya no está a tu lado y entonces realmente crees morir. Y así estoy yo. Solo que me tengo que olvidar de este amor porque por mi parte sí fue verdadero pero Dani, durante todo este tiempo, estuvo burlándose de mí. Cada vez que lo pienso, las lágrimas nuevamente asoman a mis ojos y eso me da mucha rabia. El técnico de sonido (un crío con el pelo tintado de azul que parece autista, que apenas me dirige la palabra y al que todavía no le he visto signos de empatización con la raza humana), debe pensar que estoy completamente pirada. Aunque, por otro lado, creo que va tan colocado que puede que ni se haya dado cuenta. Por ahí he oído que trabaja de DJ en un antro de Madrid. No sé, pero me enferma por segundos porque ni una sola vez ha puesto la música a tiempo. Seré paciente porque es nuestro primer día juntos y yo tampoco estoy en mis mejores momentos. Recibo un WhatsApp de Martina que es exactamente igual al de Fran. Seguramente ha hecho copia y pega. «Enhorabuena por tu nuevo trabajo (emoticono bailarinas de claqué). Esperábamos que te despidieras de nosotros por lo menos (emoticono lacrimógeno). No te lo tomes a mal, vale... pero ¿estás loca?! (Emoticono de espanto). Sabes perfectamente que Dani te quiere (emoticono corazones).

Puede que lo de los anónimos estuviera un poco feo, pero si lo piensas detenidamente... ¡Es tan romántico! (Emoticono enamorados). Déjale al menos que te dé una explicación. No seas tonta, Lolita. Vas a perder al hombre de tu vida (emoticono lacrimógeno). El único que te ha hecho ser feliz por completo. Y lo vas a hacer por una tontería... TE QUIERO AMIGA (emoticono besucón). Recapacita por favor (emoticono plegaria)».

Bueno, en el mensaje Fran se ha comido la parte de: «Te quiero». Pero ya hubiera cantado mucho porque él nunca me dice esas cosas. Más tarde me envía algo que solo él y Antonio saben...

«Si no has roto el plato, todavía estás a tiempo».

A lo que yo le contesto:

«El plato no se rompió (emoticono lacrimógeno). Nos vemos el fin de semana (emoticono besucón)».

Creo que estáis esperando que os cuente qué pasó con Dani. Es fácil de suponer... Rompí con él. Y me vine a Madrid antes de tiempo para evitar que me convenciera de lo contrario. Cuando descubrí en su cajón la factura de la floristería y el libro de citas, fui directa a la habitación y lo desperté de muy malos modos, golpeándole con los almohadones.

— ¡Despierta, mentiroso!

Dani estaba alucinando. En principio pensó que se trataba de una broma, pero cuando le lancé el libro de citas directo a la cara, se levantó de la cama de un salto y palideció como si hubiera visto un fantasma.

—Lolita, te juro que tiene una explicación.

— ¡Ya lo creo que la tiene! Eres un cerdo mentiroso, cobarde, que por mucho tiempo me ha tenido engañada. Espero que te hayas reído de mí muy a gusto porque se te acabó la bromita.

Me vestí rápidamente dispuesta a marcharme. Pero Dani intentó detenerme tomándome entre sus brazos. Lo aparté de un empujón con una fuerza brutal que no sabía que poseía.

— ¡No me toques! Tengo la sensación de que no te conozco para nada. Ahora mismo es mejor que guardes las distancias.

—Lola, mi amor, soy yo.

— ¿Y quién eres tú en verdad? ¡Dime! ¿El Caballero Solitario, mi amigo Dani o un mentiroso que se ha burlado de mí?

—Iba a decírtelo, de verdad. Pero me daba tanta vergüenza reconocerlo... que siempre me faltaba el valor para...

— ¡Cállate! De verdad, Dani, ya no te conozco y eso me asusta mucho.

Dani logra detenerme y me obliga a que le mire a los ojos.

—Lolita, solo soy yo, el hombre que más te ama. El que daría la vida por ti sin pensárselo dos veces.

Empecé a llorar y temblaba todo mi cuerpo. Dani me abrazó, pero enseguida me deshice de él. No podía tenerlo tan cerca porque me confundía más.

—Dani, necesito pensar. Necesito espacio. Me voy. Creo que... ahora no es buen momento para hablar de esto. Dame tiempo, por favor.

Di media vuelta y salí de allí huyendo.

—Lola, ¡Lola, por favor!

Dani salió corriendo tras de mí e intentó detenerme en las escaleras. Elsa, al oír tanto escándalo, salió al rellano.

— ¿Qué os pasa?

Momento que yo aproveché para zafarme de él y bajar corriendo las escaleras como en las películas de acción.

— ¡Mierda! —Gritó Dani.

—Déjala, es mejor que habléis cuando esté más tranquila.

El resto de la conversación ya se me escapó porque salí a la calle dejando atrás lo más bonito que me había pasado hasta ahora, aunque, después de todo, no era más que una mentira. Y como esa niebla que se disipa al amanecer, la verdad se estaba haciendo cada vez más clara y me tocaba afrontarla. Pero no estaba preparada para ello. Al pasar por el horno de la esquina, entré a por un buen trozo de tarta de chocolate con mermelada de arándanos. El disgusto al menos no me había quitado el apetito. Llegué a casa abatida y Gladis al verme se preocupó mucho.

— ¿Qué ha pasado?

Empecé a llorar como una tonta y le conté absolutamente todo.

— ¡Me parece superromántico!

— ¿De verdad has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho? — Pregunté sorprendida.

— ¡Sí! Lola, ¿no te das cuenta? Dani siempre te ha querido y, como no podía estar contigo, te amaba en silencio. Esa era su forma de hacerte partícipe de sus sentimientos. ¡Piénsalo bien! No hagas una estupidez. Vas a perder a uno de los pocos hombres que merecen la pena.

Gladis se fue porque había quedado con Jessica y me dejó sola con mis dudas y miedos. Me serví el trozo de pastel en el plato que Dani me había regalado. Lo hice a conciencia. Después de acabar con mi desayuno entre lágrimas (y por qué no reconocerlo, moqueando un poco), estampé el plato con todas mis

fuerzas contra la puerta de la cocina.

—Adiós, Dani... para siempre.

Pero el plato no se rompió. Lo golpeé contra el suelo, pero nada. ¡Puto plato!

¿De qué material estaría hecho que ni mi furia pudo con él?

—No me puedes hacer esto —Le hablé al plato ya rendida.

Cuando consideré que mi derrota era absoluta, me arrodillé en el suelo y abracé el maldito plato, pues esa frase que contenía, la que había leído tantas y tantas veces, acababa de convertirse en mi sentencia:

«Ámame u ódiame, ambas están a mi favor. Si me amas, siempre estaré en tu corazón; si me odias, siempre voy a estar en tu mente». El gran William Shakespeare.

«Camino de rosas
para quien lo sabe,
camino de espinas
pa'l que llega tarde.
Camino despacio
que todo me asombre
después de esta cita
me aprendo tu nombre».

(«Camino de rosas», Alejandro Sanz).

«Solo quedan dos entradas para el concierto de Alejandro Sanz. ¿A qué esperas? Envíanos un mensaje de voz contándonos la frase de amor más bonita que te han dicho nunca».

Recuerdo cada una de las notas que recibía de mi Caballero Solitario (que no era otro que Dani) y el coraje me nubla la vista en forma de lágrimas. Acaba el programa y cojo un taxi que me lleva al piso del Búho. Llegué a Madrid tan precipitadamente que ni tiempo tuve de buscarme un apartamento. Estoy quedándome con él provisionalmente. No quiero ser un estorbo y menos ahora que acaba de empezar una relación. Le envío un WhatsApp a Pascual. Mañana a primera hora necesito hablar urgentemente con él. Quiero que me cambie el técnico de sonido porque el chico del pelo azul vive constantemente en un universo paralelo. Cada dos por tres deja los micros abiertos y hoy, si no reacciono a tiempo, los radioyentes hubieran disfrutado de lo lindo con las confesiones que le he hecho a mi madre. Me ha llamado

para contarme que Pilar dijo en la iglesia que su hijo está saliendo con la exnovia de Daniel. Y añadió que, si ella lo había dejado, es porque alguna tara debe tener y la tonta de Lolita va y lo recoge. Como si Dani fuera un mueble o algo parecido. Me indigno. Dani no tiene ninguna tara; de hecho, es estupendo y así se lo hago saber a mi madre.

— ¿Y por qué lo has dejado tú también?

—Porque me mintió. ¿Tan difícil es de comprender?

—No te mintió, simplemente no te dijo la verdad.

— ¿Y no es lo mismo?

—Técnicamente, no. Pero si tan bueno dices que es, deberías escucharlo al menos. Alguien que es capaz de hacer algo así por ti, debe de quererte mucho. Se habrá gastado un sueldo en flores.

—Te dejo mamá, que estoy trabajando. Gracias por el consejo.

El Búho ha conseguido unas entradas para el concierto de Alejandro Sanz. Esto, quizás, sea lo único que logre levantarme el ánimo. Antonio me envía un mensaje diciéndome que están en Madrid. También vienen al concierto. Quedamos un poco antes, en un bar, para tomar unas copas. Sé lo que me espera: Antonio es amigo de Dani y también piensa que estoy loca por haberlo dejado.

—A veces eres demasiado impulsiva, Lolita —Es lo primero que me dice.

—Hemos venido al concierto. Queda absolutamente prohibido hablar de Dani.

—Vale... pero te arrepentirás.

—Lola —dice Patricia—, déjame darte un consejo. No importan las formas; Dani te ha demostrado que te quiere de verdad. No seas tonta, el orgullo nunca es buen consejero en estos casos.

—Lo tendré en cuenta, Patricia. Y ahora, por favor, dejemos el tema de Dani. El Búho nos lleva directos a los camerinos.

— ¿Dónde vamos? —Pregunta Patricia alucinada.

—A saludar a un amigo —Le dice él.

Lo que omite es que ese amigo es, ni más ni menos, que el mismísimo Alejandro Sanz. Cuando me saluda, yo me quedo desencajada y sin palabras. Solo me ha faltado gritar para parecer la típica adolescente del club de fans.

—Hola, Lola, encantado de conocerte. Me han hablado muy bien de tu programa y estaría encantado de ser tu invitado especial.

—Yo también estoy encantadísima de conocerte en persona. ¡Tengo todos tus discos!

Me escucho a mí misma y siento vergüenza de mis propias palabras. He sonado tan ridícula...

—Gracias. De hecho, estoy pensando seriamente en convertirte en la protagonista de uno de mis temas.

— ¡¿YO?! —Pregunto alucinada.

—Tu amigo me ha contado tu historia de amor y me parece tan romántica que se merece una canción. ¿No te parece?

Apunte mental: voy a matar al Búho mientras duerme. ¿Quién es él para hablar de mis problemas amorosos? Y con el mismísimo Alejandro Sanz. ¡Yo alucino!

—Esto... Estaré encantada de que seas mi invitado especial en: HAY UNA COSA QUE TE QUIERO DECIR —Me salgo por la tangente.

Afortunadamente, Patricia insiste en que nos fotografiemos con el cantante y dejamos a un lado el incordioso tema de Daniel. El resto de la noche intento disfrutar del concierto sin pensar demasiado en mi Caballero Solitario, Daniel o quién quiera que sea en realidad. Sí, por mucho que me duela reconocerlo, lo quiero y lo extraño tanto que duele. Y todas y cada una de las letras de Alejandro Sanz me lo recuerda. Para colmo de males, casi al final del concierto, estalla la bomba.

«Esta canción va dedicada a mi amiga Lola. Sabes perfectamente lo que tienes que hacer: escucha a tu corazón».

Intento pasar desapercibida, pero, Patricia, en un arranque de efusividad, no deja de señalarme como la susodicha Lola a la que el mismísimo Alejandro Sanz acaba de dedicarle el siguiente tema. ¡Tierra trágame!

«Lola, tú ya no estás sola aquí estoy yo.
Hazme un sitio en tu canción.
Lola la y lo
Lola, deja tu tristeza y vámonos juntos los dos.
Tengo un lugar mejor.
Que nadie te castigue en un rincón,
las tragedias deja que se vayan, vales más.
Ya no serás... Lola soledad».

Que escuche mi corazón... Y mi corazón solo sabe gritarme una cosa. Le envió un audio a Dani antes de que sea demasiado tarde para arrepentirme,

pero mi móvil decide bloquearse justo en ese momento. Lo reinicio y me indica que tengo menos de un 10% de batería, con lo cual se vuelve a apagar automáticamente. Lo interpretaré como una señal. Acéptalo Lolita, ni Lola Cupido ni leches... sigues siendo Lola soledad.

«Te perdiste mi amor
y yo, y yo te estaba amando.
Te perdiste mi amor llorando,
dejaste mi cama llorando.

Te perdiste mi amor
y hoy podemos remediarlo.

No sé qué nos pasó;
por qué no lo intentamos de nuevo».

(«Te perdiste mi amor», Thalía y Prince Royce).

«El tema que acabamos de escuchar, se lo dedicaba... nuestro amigo LIBRA a... la mujer que le ha robado el corazón. Le pide una segunda oportunidad para empezar de nuevo».

Apago el micrófono y tomo aire. Juro que voy a matar al técnico de sonido. Me lo acabo de inventar absolutamente todo. ¿Por qué narices ha puesto esa canción? No aparece en el guion que teníamos preparado.

-Oye, Raúl, ¿por qué has puesto ese tema?

Me enseña una nota que, por supuesto, no es mía. ¿Quién narices le ha pasado esa nota? Bueno, no me puedo cabrear con él (al menos esta vez), porque no ha sido culpa suya. Pero me mosqueo. La verdad es que desde ayer estoy atacada de los nervios. Recibí un correo electrónico de Frozen. Vamos, lo último que me esperaba. En resumen, me dijo que estoy loca (cosa que opinan todos en general), que tengo que hablar con Dani y aclarar la situación, que si fuimos capaces de dejar a nuestras respectivas parejas para estar juntos es porque lo nuestro es más fuerte que todo lo demás. Aunque técnicamente no fue así; yo dejé a Pablo porque no lo quería y lo hice incluso sin saber si Dani correspondía a mis sentimientos. Pero lo peor de todo no es eso, porque bueno... eso que me dijo es la misma cantaleta que me dicen todos... Lo peor es que... ¡Dani se ha ido! Sí, ha alquilado su piso a unos estudiantes y ha desaparecido sin dejar rastro. De pronto siento miedo de

verdad y un vacío horroroso. Acabo de perder a Dani definitivamente. Una parte de mí, la más romántica y estúpida, todavía esperaba que Dani viniera a buscarme. Pero supongo que, ante mis negativas de escucharlo, ha decidido poner tierra de por medio. Dani, ¿dónde te has metido?

Llega un repartidor con flores y el corazón me da un triple salto mortal recordando a mi Caballero Solitario. Vienen acompañadas por una nota que abro desesperada. Casi me caigo de la silla al leerla.

«Sí, la canción iba dedicada para ti. Te quiero... y lo sabes. Simplemente Dani».

No puedo dejar de llorar y el inútil de Raúl acaba de abrir los micros.

«Perdonad, a veces me emociono», les digo a mis radioyentes. «Acabo de recibir una nota de... uno de mis oyentes. Gracias por tus palabras. Hay un pasaje de la Biblia que la mayoría de la gente desconoce por ser algo religioso, cuyo manifiesto de amor sea el único que ha perdurado durante siglos. Dice así: “El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no es presumido ni se envanece; no es maleducado ni egoísta; no se irrita ni guarda rencor; no se alegra con la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, soporta sin límites. El amor no pasa nunca”».

Cuando acaba el programa, Elena me felicita porque el llorar en antena, por lo visto, hace subir los índices de audiencia. Yo solo pienso que acabo de hacer el ridículo más grande de mi vida. Y, salvo por las flores y la nota, sigo sin tener noticias de Dani. Desconozco su paradero y eso me mata de dolor.

—Por cierto —me dice Elena—, Pascual dice que lo que le pediste está hecho.

Me van a cambiar de técnico de sonido; algo bueno, al menos. Me sabe mal por Raúl porque se va a quedar sin trabajo por mi culpa. Ahora encima tengo remordimientos de conciencia.

— ¿Qué vais a hacer con...? —No quiero hablar muy alto por si nos oye. La mayor parte del tiempo la pasa en su realidad paralela, pero... nunca se sabe.

—Lo pasamos al programa de las tardes con Fermín.

Siendo así, me quedo más tranquila. Un programa de música sin interrupciones le hará gastar menos neuronas. Tomo un taxi de regreso al piso del Búho. Necesito contarle lo de la nota y las flores porque me muero de ganas de enviarle un mensaje a Dani, pero por otra parte no sé ni qué decirle. Cuando estoy subiendo en el ascensor, me llega un WhatsApp y el corazón se me para al leer en la pantalla del móvil: mensaje de Dani. Lo abro

inmediatamente y leo:

«Recuerdo lo mucho que me reí con ese pasaje de la biblia en la boda de tu hermano. Estabas muy graciosa (emoticonos risas lacrimógenas). Siempre supe que eras un poco beatilla (emoticono guiño). Pero lo que más me gustó de ese día fue nuestro primer beso. Jamás lo olvidaré y... espero perder la cuenta de todos nuestros besos (emoticono besucón)».

Cuando el Búho me abre la puerta y me ve llorando, se preocupa.

—Lola, ¿qué te pasa?

Le enseño mi móvil como única respuesta.

—O le contestas tú o lo hago yo. Qué pena que no sea gay porque te aseguro que no lo dejaba escapar.

—Trae mi móvil.

Le escribo: «Hola, dónde estás?».

Contesta: «Muy cerca de ti».

«Dani... perdóname. Me gustaría que siguiéramos siendo amigos».

El Búho se enfada conmigo y me quita el móvil.

—Lola, ¡eres tonta! ¿Cómo le pones eso? ¡No erais amigos! Siempre habéis sido algo más.

Y se pone a escribir como si fuera yo.

— ¡¿Qué haces?! ¡Dame el móvil!

No solo no me lo da, sino que se encierra en el baño para que no pueda quitárselo. Por más que insisto, no me abre la puerta.

—Que sepas que me vengaré —Le grito a una puerta que sigue cerrada.

Al rato sale y me devuelve el móvil diciendo:

—Algún día me darás las gracias.

«Éramos algo más que eso», ha puesto Dani. Y yo (bueno, el Búho en mi nombre), ¡qué fuerte!, ha escrito:

«Es verdad, éramos algo más y me gustaría que lo siguiéramos siendo porque todavía te quiero».

«(Emoticono de sorpresa) Lola, quién tiene tu móvil?».

Al leer esto, no puedo evitar reírme a carcajadas. Dani me conoce perfectamente.

«Perdón, el Búho me ha quitado el móvil, como has podido adivinar (emoticono sonrisa forzada). Pero sí me gustaría que habláramos personalmente... si eso fuera posible. Tenemos muchas cosas que aclarar».

«Pronto, Lolita, muy pronto. Descansa guapa. Mañana sabrás más cosas. Te quiero (emoticono besucón)».

Dani me deja descolocada. No me gusta que me siga ocultando cosas. Pero esta vez voy a confiar en él, porque si hay algo que me ha quedado claro es que Dani me quiere y yo lo quiero a él.

«Eres la persona correcta en el momento equivocado,
pero también eres lo más bonito que me ha pasado.

Vivámoslo... Acéptalo...

Escúchame, olvida el mundo, esto es de dos.

Vivámoslo, la vida es solo un momento.

Atrévete, pocas veces pasa esto.

Acuérdate que vida solo hay una, amor.

O nos ponemos cobardes o le hacemos caso al corazón».

(«Eres la persona correcta en el momento equivocado», Río Roma).

«A veces hacemos lo fácil difícil, simplemente por miedo».

Miro a la cabina y trago saliva. Tengo mucho calor, me tiemblan las manos y creo que me voy a quedar en blanco. Dani me sonríe y entonces prosigo:

«Paulo Coelho dijo en una de sus citas: “A veces la vida separa a las personas para que puedan darse cuenta de cuánto significan el uno para el otro”».

Desde hace exactamente una hora y treinta y cinco minutos, mi pequeño mundo está patas arriba. Cuando he llegado al trabajo y no he visto a Raúl, le he preguntado a Elena y me ha dicho simplemente que hoy conocería a mi nuevo compañero. La muy bruja... Qué calladito se lo tenía... Cuando he visto aparecer a Dani por la puerta, se me ha parado el corazón. En mi fuero interno quería correr a sus brazos, agarrarlo del cuello y besarlo hasta quedarme sin aliento. Pero simplemente me he quedado parada (muy parada), sin saber qué hacer. Un simple «Hola» ha sido lo más elocuente que me he atrevido a pronunciar.

— ¿No me vas a dar por lo menos un abrazo?

—Sí... claro.

Nos abrazamos, pero estoy tan nerviosa que es un abrazo torpe y rápido.

—Me alegro de volver a verte.

Aunque realmente lo que tengo ganas de decirle es que lo he echado tanto de menos que duele y que lo quiero con toda mi alma.

—Bueno —dice Elena entrando por la puerta—, ¿nos ponemos en marcha? Tenemos que estar en el aire en menos de una hora.

Dani y yo nos miramos diciéndonos sin palabras todo lo que nuestras bocas callan, durante todo ese tiempo en el que Elena insiste en preparar un programa para el que no estoy preparada. No le estoy prestando atención, ni

me estoy enterando de nada.

— ¿Todo claro, Lolita?

—Sí... esto... ¿Podemos hablar? En privado, por favor.

Nos vamos al aseo de señoras que es el único lugar en el que podemos hablar tranquilamente.

—Ha sido cosa tuya, ¿verdad? La nota con la canción dedicada, que Dani esté sustituyendo a Raúl...

—Sí —Confirma sonriente—. Es lo menos que podía hacer por ti; gracias a tu ayuda, Pascual y yo estamos viviendo juntos y... soy tan feliz...

—Gracias, Elena —Le doy un fuerte abrazo y hasta un beso—. Me has devuelto la vida.

—No seas tonta y solucionad lo vuestro. Pero después del programa. En cinco minutos te quiero en el aire.

— ¡A sus órdenes, jefa! Y... te debo una cena.

—Pero quiero que sea para cuatro; ya sabes lo que tienes que hacer.

Y aquí estoy, deseando que termine el programa para poder hablar con Dani sin ningún tipo de interrupciones. Pero no va a ser posible por el momento... (maldigo mi suerte). El Búho viene a buscarme con la excusa de que es viernes noche y deberíamos darle a Dani una bienvenida como se merece: yéndonos de copas. Por más excusas que pongo, ninguna me sirve, así que acabamos en un pub emborrachándonos.

— ¿Dónde te estás alojando? —Le pregunta el Búho a Dani.

—En un apartamento cerca de la radio. Está muy bien porque puedo ir andando. Elena se encargó de gestionarlo todo. La verdad es que voy a estarle eternamente agradecido por todo lo que ha hecho por mí —Esto último lo dice mirándome intensamente.

Yo también voy a estarle eternamente agradecida, pero ya le vale, llevo un mes viviendo con el Búho y a mí no me ha ayudado a buscarme piso.

—Yo... —dice el Búho— me alegro mucho de que seas nuestro nuevo compañero de radio y estoy muy a gusto con vosotros, pero... creo que vengo sobrando.

Se levanta dispuesto a marcharse.

— ¿Dónde vas?

—Lola, ¿de verdad quieres que sea sincero?

No por favor, cállate, cállate, ¡cállate! Pero yo solita me lo he buscado. Sigue diciendo:

—Tú lo quieres. Él te quiere. Dejad de hacer el tonto y hablad las cosas. Nos

vemos mañana.

Se despide de Dani con una palmadita en la espalda. A mí me da dos besos y me susurra al oído:

—Ni se te ocurra aparecer por casa. Dale una alegría al cuerpo, Lola. No seas tonta.

Cuando el Búho se va, los dos nos quedamos callados.

—Bueno... —Intento romper el silencio.

Pero Dani me coge de la mano y me saca de la sala. No me da tiempo ni a preguntar dónde me lleva. Subimos a una terraza (supuestamente para fumadores) en la que la música es más tenue.

—Ahora me vas a escuchar y te juro que, como abras la boca y me interrumpas, voy a comértela a besos hasta que no te quede nada por decir.

—Vale, prometo...

No me da tiempo de acabar la frase. Dani me besa y yo siento que muero en sus labios. Lo echaba tanto de menos... Me abrazo fuerte a su cuerpo y hundo mis manos en su cabello. Aprieto más sus labios contra los míos, que se abren paso explorando cada rincón de mi boca.

—Te quiero, Lolita. Te he querido siempre, desde el día en que te conocí. Pero yo no era tu tipo. Sin darme cuenta, me convertí en tu mejor amigo y, una vez que juegas en esa liga, es imposible pasar a otro terreno de juego. El único modo que encontré para expresarte mis sentimientos fue convertirme en el Caballero Solitario. Nunca pretendí burlarme de ti. Solo demostrarte todo mi amor de forma anónima. Después de ese primer beso, creí que entre nosotros habría alguna posibilidad. Pero llegó Pablo, él era el hombre perfecto. Y me di por vencido. Por eso empecé una relación con Elsa y, me duele confesarlo, pero podría haber sido cualquier otra chica porque lo único que quería era olvidarte a como diera lugar. Y esa es mi única verdad, Lola. TE QUIERO. Perdóname si en algún momento te has sentido engañada porque, desde luego, no era esa mi intención.

—Perdóname tú a mí porque reconozco que mi reacción fue un tanto exagerada. Digamos que mi historial de novios no ha sido el mejor, y eso te hace volverte un poco desconfiada.

—Lo cierto es que ya te había dado por perdida hasta que recibí ese mensaje tuyo.

— ¿Qué mensaje? ¡Oh, Dios! El del concierto... No me acuerdo ni qué dije. Además, pensé que no te había llegado. ¡Dios, qué vergüenza!

Dani me enseña el mensaje. Escuchar mi propia voz lastimosa es mucho peor

de lo que me imaginaba.

«Cuando me decías te quiero, ¿lo decías de verdad? Es muy importante para mí saber si al menos en eso fuiste sincero».

—Pues gracias a ese mensaje estoy hoy aquí —Dice Dani.

Me besa y me susurra al oído: «TE QUIERO».

— ¿Te he parecido lo suficientemente sincero?

Como única respuesta le doy un beso y, por un momento, me olvido de que estamos en la terraza de un local y que no estamos solos.

—Dani, vámonos a tu piso.

—A nuestro piso, querrás decir. Aunque por el momento es mejor que tu madre no se entere que vamos a vivir en pecado.

Inevitablemente me echo a reír. Dani produce ese efecto en mí. A veces cuesta descubrir el amor, aunque lo tengamos delante de nuestras narices, porque nos llenan la cabeza con absurdas ideas sobre lo que supuestamente debes sentir cuando llega esa persona a tu vida. Pero realmente el amor es algo muy simple: ¿te hace feliz con su sola presencia? ¿Te hace sonreír a cada instante, incluso al pensar en él? Pues... no lo dudes: eso es amor de verdad.

«He abierto mis ojos,
cancelando mis enojos
y he sentido que te tengo un poco más.
Aprovecho y me cuelo
enredándote en mi pelo,
insistiendo en que me vuelvas a buscar.
Noventa minutos no puede durar el amor;
pídeme más».

(«Noventa minutos», India Martínez).

«Queridos oyentes, hoy tenemos con nosotros a una gran cantante, con una larga trayectoria musical, que además ganó el Goya a la mejor canción de película en el 2015. Ella es la inigualable INDIA MARTÍNEZ. Gracias por acompañarnos esta noche. Pero no ha venido a hablarnos de su música; tenemos el honor de que sea la protagonista de nuestro espacio: HAY UNA COSA QUE TE QUIERO DECIR. India, cuéntanos, la letra de la canción que acabamos de escuchar, Noventa minutos, ¿está inspirada en alguna

historia personal?».

India Martínez, además de ser una de mis cantantes favoritas, es una mujer sencilla y cercana. Estoy emocionada de poder entrevistarla y de que se esté abriendo tanto a mí y a los oyentes. Debería estar acostumbrada a entrevistar a famosos, ya que Alejandro Sanz fue el primero, pero... debo reconocer que sigo poniéndome muy nerviosa. Mi pequeño espacio de radio ya hasta se anuncia en televisión. Jamás pensé que llegaría tan lejos. Pero lo que realmente me hace feliz no es mi carrera como locutora de radio, sino seguir al lado de la persona que amo. Dani y yo llevamos seis meses viviendo juntos y todavía no nos hemos matado. No hay nada nuevo que contar sobre nuestra convivencia dado que ya estuvimos compartiendo piso en el pasado y... nada ha cambiado: yo sigo quemando la comida, él sigue dejándose la tapa del váter levantada y, bueno, sigue desconociendo el funcionamiento de una plancha, pero para eso estoy yo. A cambio, Dani, me complace en otras cosas... que no voy a decir por no suscitar envidias malsanas. Mis padres saben que vivimos en pecado y... bueno, de momento, no me han excomulgado. Mi madre es feliz porque me han nominado a los premios Onda y con eso ya tiene para presumir delante de Pilar y el resto de beatas del pueblo. Lo único que me pide es que no llegue con un bombo antes de la boda. ¿Qué boda? Ya empezamos con el temita... Ni Dani, ni yo, tenemos en mente casarnos. Al menos por el momento. Él no es creyente y yo estoy muy a gusto así. Ahora mismo una boda, al estilo de las que le gustan a mi madre, no entra dentro de nuestros planes. Más bien nos vamos de viaje a Egipto. Sí, a donde Pablo no quiso llevarme. Ya no le guardo rencor por ello. Más bien le estoy agradecida porque, gracias a lo que hizo (o lo que no hizo), me di cuenta que jamás podría quererlo porque simplemente yo ya estaba enamorada de Dani. Por cierto, hablando de Pablo... he de deciros que me pidió perdón. Fue muy raro porque no me lo esperaba. Después quedamos a cenar en pareja y todo... no fue mal la velada, pero Dani me hizo jurarle que no se volvería a repetir. Ha prometido estrangular a Pablo con su propia corbata en la próxima ocasión. Así que... digamos que no habrá próxima. Soy consciente que la artífice de esta reconciliación (por así decirlo) fue Martina. Porque, bueno, Pablo es el padrino de mi ahijada y supongo que no quería que acabáramos matándonos frente a la pila bautismal. ¡Sí! Ya se me ha escapado: ¡soy tía! Tengo una sobrina absolutamente preciosa. Nunca he experimentado los placeres de la maternidad, pero esto debe ser lo más

parecido. Sí; la amo con locura. Se llama Martina (muy original...) aunque me recuerda tanto a su madre que siento que entre nosotras hay un lazo especial que nos conecta desde mucho antes de que llegara a este mundo. Martina es mi hija del corazón. Y lo que más me agrada es que adora a Dani. A veces, cuando llora sin motivo (algo muy típico en ella porque ha salido tan puñetera como su padre), solo se calma si Dani la toma en brazos. Eso le fastidia un montón a mi madre, pero especialmente a mi hermano. Sé que con Dani algún día formaré una bonita familia. Puede que sea un auténtico desastre para muchas cosas, pero también sé, a ciencia cierta, que será un buen padre.

Otra de las novedades acontecidas en estos seis meses fue la boda de Elena y Pascual. Una ceremonia muy discreta, en una casa de campo a las afueras de Madrid y con un número muy reducido de invitados. Dani y yo fuimos los testigos porque, según Elena, gracias a mí, su amor imposible se hizo realidad. A lo que yo siempre le contesto: «Gracias a ti, Dani y yo nos reconciliamos. Estamos en paz».

Y bueno... ¡estoy nominada a los premios Onda! Se me había escapado antes, pero no os he comentado lo emocionada que estoy con la nominación. Jamás soñé con algo así. Bueno... quizás en algún momento muy iluso, sí, pero sin llegar a creer que fuera a ser posible. Ni siquiera espero ganar, pero, para mí, esta nominación ya es el éxito absoluto en mi carrera.

Entra Dani en el estudio con cafés para ambas y una rosa para mí.

—Gracias, amor.

— ¡Feliz medio aniversario! —Dice Dani besándome.

Me va a decir algo más, pero como está India presente y sonrío del gesto tan romántico que acaba de tener conmigo, finalmente se corta. Dani abre los micros.

«Os recordamos, queridos oyentes, que el próximo jueves estaremos en la entrega de los premios Onda. Gracias a vuestra fidelidad, EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE tiene dos nominaciones a: mejor programa radiofónico y mejor locutora de radio. En agradecimiento, vamos a sortear veinte entradas para el concierto de nuestra invitada de hoy: INDIA MARTÍNEZ, que tendrá lugar el próximo 12 de mayo en el Teatro Real de Madrid».

Dani cierra los micrófonos y pone el siguiente tema de la cantante invitada: Todo no es casualidad. Vierto el sobre de azúcar en el café y algo cae dentro de mi taza, salpicándome la blusa blanca. Entonces caigo en la cuenta de que el sobre ya estaba abierto...

—Dani, ¿qué llevaba el sobre de azúcar? Ha caído algo dentro de mi café y me he manchado la blusa.

—Lola —dice nervioso—, lo que te quería decir era que...

Me entrega el sobre de azúcar vacío.

— ¡Toma! Lee el sobre.

«Nada dura para siempre. Por eso quiero que seas mi nada», Frida Kahlo

Dani toma mi taza y rebusca con la cuchara.

— ¿Qué haces?

Hoy está tan extraño... Saca algo de la taza y lo limpia en su pantalón. Tan desastre como siempre. Me hace reír, pero de pronto se me hiela la sonrisa al mostrarme lo que ha sacado. Es un anillo.

—Lolita, quiero que seas mi nada... SIEMPRE. ¿Qué me dices?

—Dile que sí —Me anima India.

Esto es, quizás, lo más romántico que nadie haya hecho por mí nunca. Lo abrazo fuertemente y, antes de comérmelo a besos, le contesto:

—Que seremos la nada el uno del otro... PARA SIEMPRE.

India nos aplaude y afirma que este momento se merece una canción. Canta las estrofas de la última canción que está sonando en la radio, mientras Dani sigue llenándome de besos. Puede que Lolita Hermosilla fuera la persona con más mala suerte en el amor que haya existido. Pero... ¿quién dijo que de Cupido nadie se enamora?

BIOGRAFÍA



Vanessa González Villar nació un 20 de agosto de 1979 en Tavernes Blanques (Valencia). Su afición por la lectura se la debe a su madre que desde bien pequeña no hacía más que regalarle cuentos. Lo que más le gusta es leer, escribir, cantar y bailar. Amante de las fallas, dedica la mayor parte de su tiempo a trabajar por su comisión y a disfrutar de esta fiesta. Uno de sus mayores sueños se vio cumplido en el 2013 cuando fue fallera mayor de la Falla Santiago Rusiñol. Le gusta escribir desde que tenía aproximadamente diez años. Primero se centró en la poesía y aunque participó en varios concursos de relatos e intentó dar a conocer su trabajo, pasó a otra etapa de su vida dedicada a la música y el teatro. Sus primeros guiones fueron obras teatrales que representaba en el grupo de teatro familiar TEATRE ISLAVA. Estudió solfeo y clarinete siendo miembro de la Agrupación Artístico musical de Tavernes Blanques más de diez años. Fue cantante de orquesta durante una larga temporada haciendo de su hobby una profesión. Aprendió diferentes tipos de baile e hizo distintos cursos de interpretación. Centrada en sus estudios de Técnico administrativo estuvo siete años dedicándose a ello. Siendo voluntaria dentro del programa infancia hospitalaria durante cinco años, descubrió que su carrera profesional iba en otra dirección.

Obtuvo el grado superior en Educación infantil que es a lo que se dedica

desde hace más de doce años. Tras escribir y codirigir el grupo de teatro infantil de la falla Santiago Rusiñol, decidió dedicarse de pleno a su mayor afición: la escritura.

NOVELAS PUBLICADAS:

- COSAS QUE SÓLO ME PUEDEN PASAR A MÍ (comedia romántica) Leibros editorial 2016
- EL LUTO DE LA NOVIA (histórica romántica) Multiverso editorial 2016
Premiada en el 2º concurso de novela Multiverso.
- EN EL MAR DE TUS OJOS (relato romántica) 2017
- EL AMOR ES UNA... (comedia romántica) reedición 2017

Puedes conocer más acerca de la autora en su blog y página oficial de facebook:

vanessagonzalezvillar.blogspot.com.es

Vanessa González Villar – escritora

AGRADECIMIENTOS

Lolita para mí es muy especial porque con ella he hecho un poco de auto-análisis sobre mis relaciones amorosas. No intentéis buscar parecidos porque soy escritora y tengo una imaginación muy productiva. Al margen de todo eso, espero que esta novela (que es la más romántica que he escrito hasta ahora), sirva como guía para todas aquellas personas que, como Lolita, andan perdidas en el amor. Como cito en la propia dedicatoria y en el libro: «El amor no se busca, simplemente te encuentra». Pero hay que estar atentos a las señales.

Como todos sabéis, empecé una nueva etapa en mi vida literaria, por así decirlo, un resurgimiento que ha sido maravilloso y todo gracias a vosotros: mis lectores.

Tengo muchas personas a las que agradecer, y si me dejo a alguien, por favor, que no se lo tome a mal. Empezaré por mi familia, especialmente mi madre y mi hermana; por levantarme las veces que me he caído. A Rosana Ample por ser la LUZ (ella me entiende). A Ginés J. Vera por enseñarme tantas cosas; no basta con escribir una novela, además hay que saber venderla a los lectores. A mis MUSAS LITERARIAS: Cris, Ana y Mireia. Porque son una parte muy importante en mi renacimiento. A mi equipo de lectores cero: María, Nacho, Isabel y Manuel. Os prometo que cuando vayan en auge las ventas nos vamos a celebrarlo. Y no me quiero dejar a M^a José, gracias por esas primeras correcciones. También quiero agradecer a mis compañeros escritores, especialmente a mis editores de Multiverso y Leibros, por apoyarme en todo momento. Y cómo no, a vosotros lectores porque sois los que realmente hacéis que yo sea escritora. GRACIAS DE CORAZÓN.

Table of Contents

[AMIGOS LECTORES](#)

[DE CUPIDO NADIE SE ENAMORA](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)